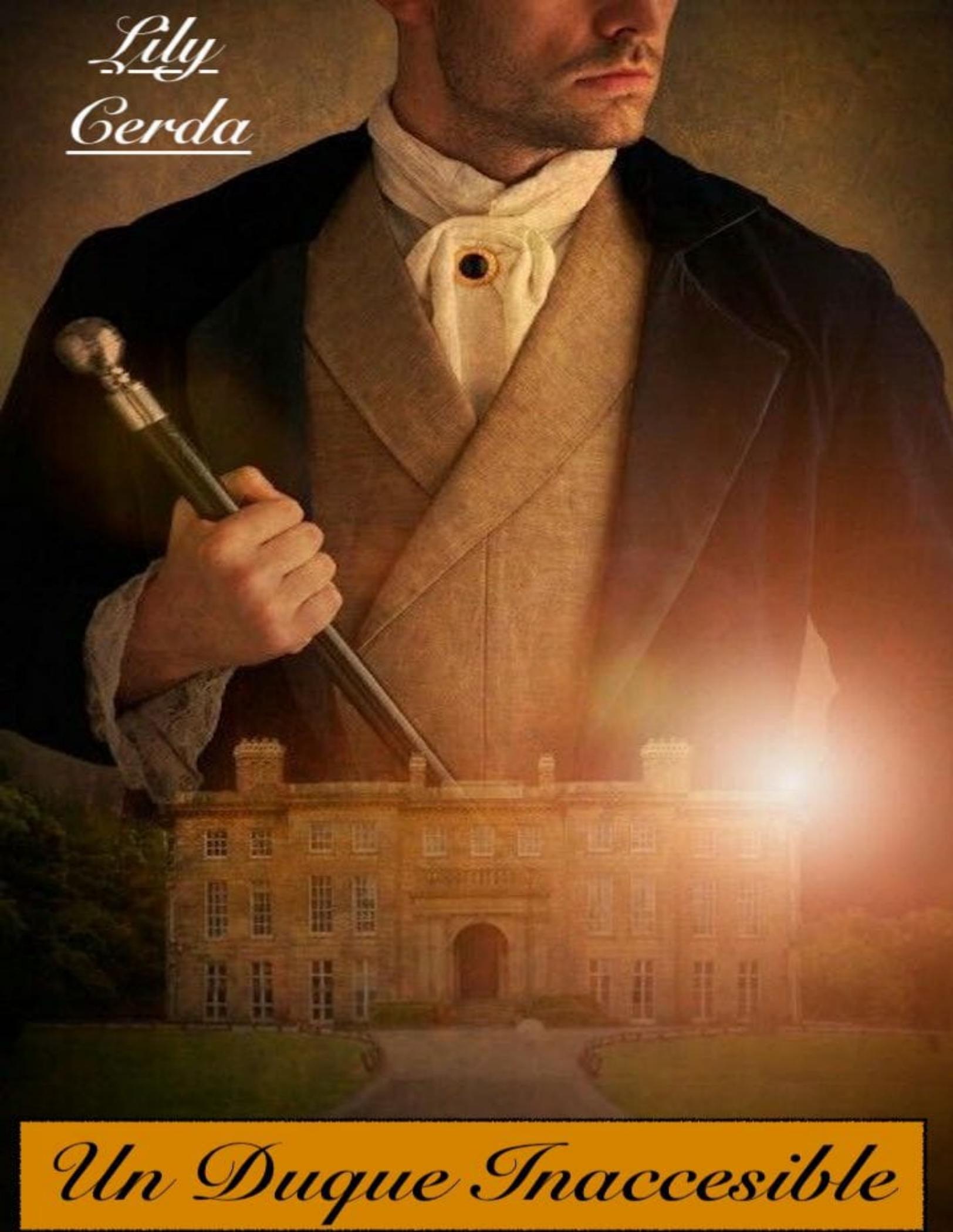


*Lily
Gerda*



Un Duque Inaccessible

Un Duque

Inaccesible

Por: Lily Cerda

Derecho de Autor

Un Duque Inaccesible © 2016 por Liliana Cerda.

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibido, sin autorización escrita de la autora y los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos del autor, Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o difundida, en ninguna forma o ningún medio, sin el permiso previo y por escrito del Autor.

Dedicatoria

Esta historia la dedico ha a los amigos, aquellos que sabiendo como realmente somos, siempre están a nuestro lado, en las buenas y en las malas, son aquellos que disfrutan de nuestros triunfos y lloran nuestros fracasos.

Mis amigos son muy valiosos en mi vida, no es lo que les diga, sino cómo los trato, en especial a mi esposo Chris Cerda que es mi amigo cotidiano.

Jesús es el mejor amigo que tengo, y hoy deseo compartirlo contigo, Él es un buen amigo, es fiel, siempre esta hay cuando todos se han ido, conócelo y nunca se arrepentirá de su amistad.

Os querré siempre y para siempre.

L.C

Tabla de contenido

Un Duque
Inaccesible

Derecho de Autor

Dedicatoria

Síntesis

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Epílogo

FIN

Síntesis

Lady Sophia Headfott, estaba en Londres disfrutando su primera temporada, pero como era una dama peculiar, y con una dote no muy sustanciosa, no era muy popular, y sumado a eso, estaba también la reputación de su tío Roger, el Vizconde de Laughton, de caballero fuerte y sin ningún respeto por las normas, cuando se trataba de que algo o alguien le hiciera daño a él, o a su familia.

Al finalizar la temporada, el nuevo heredero al Ducado de Thornwell, un caballero de una elegancia y porte sin igual, el cual, se caracterizaba por no asociarse con nadie, a menos que no fuese él, quien se aproxima primero, y la sociedad Londinense sabía que dejaría a caballeros y damas con la palabra en sus labios, si osaban hacerlo. En esa ocasión ofreció su primera gala como Duque de Thornwell, como lo hacía su difunto padre, para cerrar la temporada, y como había hecho el antiguo Duque, él de la misma forma, eligió una dama para que bailara el último vals, esa dama fue Lady Sophia Headfott, la cual, le había pedido que sacara a su amiga la señorita Pamela Lucas, pero el Duque no atendió a su petición, sino que la eligió a ella.

Desde ese día, la joven dama, quedó prendada del apuesto Duque, al igual que todas las jóvenes de esa temporada, lo cual, la convertía en una más de las jóvenes ilusionadas, por el apuesto Duque Inalcanzable.

Lady Sophia Headfott, desde ese vals se quedó suspirando y soñando con el caballero, a su retorno a las tierras de su abuelo, su carruaje sufre un accidente y es el apuesto Duque de Thornwell quien le da albergue en su villa. ¿Podrá Sophia hacer realidad su sueño? O continuará siendo el caballero un Duque inalcanzable.

Capítulo I

La señorita Sophia observaba como su amiga Pamela Lucas, disfrutaba de la última gala de la temporada, en compañía del Conde de Stewart, cuando de pronto, la música paró de sonar y todos los presentes en la sala, se voltearon para observar hacia las dos grandes puertas de caoba labrada, que en aquel instante, se abrían, permitiendo la entrada al majestuoso Duque de Thornwell.

Un caballero imponentemente alto, con porte de aristócrata, la elegancia en su vestir, se le asemejaba a un Rey. Él levantó su mano derecha y la música continuó. No obstante esta vez, no muchos estaban en la pista de baile, ya que la gran mayoría de la nobleza, deseaban saludar al anfitrión de la última gala de la temporada.

Los rumores se hacían más fuertes, cuando él pasaba por la sala, todas las damas decían:

—Ese es el Duque Inalcanzable.

—Creo que todas las damas sueñan con él, pero es conocido, que él se enlazará con una princesa Irlandesa.

La señorita Sophia escuchaba los comentarios y cotilleos a su alrededor, pero aún así, se quedó impresionada por el Duque de Thornwell.

El caballero era elegante y su porte de gran señor, le confería una distinción distinta, así mismo, estaba el hecho de que al caballero la nobleza no le imponía sus normas. Ya que el Duque no había asistido a ninguna gala de esa temporada, habiendo rechazado cualquier invitación a estas, cosa que llamó la atención de los noble, sobre manera. No obstante, cuando se supo que él daría una fiesta, como acostumbraba hacer su padre, todos los aristócrata estaban presentes, e incluso algunas familias que acostumbran a viajar temprano a sus mansiones en el campo, habían retrasado su salida.

El Duque saludó a los presentes con la cabeza, exclusivamente se aproximó algunos caballeros mayores, no se allegó a ninguna dama.

Pamela Lucas se allegó a Sophia, inmediatamente que finalizó el baile:

—Oh Sophia, ¿Viste al Duque?

—Sí Pamela, es un caballero muy elegante.

—Me explicó el Conde, que es la primera vez que se presenta en sociedad como Duque, después del fallecimiento de su padre.

—¿Eso quiere decir que hace poco que feneció?

—En verdad ya han pasado varios años de la muerte del padre.

—¿Años?

—Sí, se dice que el difunto, era muy duro con todos los que lo rodeaban, menos con su hijo.

—Pues debió de ser verdad —. La dama miró en dirección donde estaba él, su amiga de igual forma lo hizo, en aquel tiempo le expresó:

—Sophia, escuché que el antiguo Duque, cerraba las galas, bailando con una dama, cree usted que sería mucho pedirle a Dios, que si este Duque continúa las normas de su padre, que el caballero prefiriera mi compañía para ese último baile.

—¡Pídeselo Pamela! Pues para Dios, no hay nada imposible.

—Sí amiga, se lo pediré.

En ese instante, otro caballero se aproximó a ellas, reclamando el siguiente baile a la señorita Pamela, la joven se marchó una vez más, ya que la joven dama había sido la sensación de esa temporada, en cuanto a belleza se refería, a pesar de eso, ningún caballero había hecho alguna proposición a la tía de ella, ya que, la señorita Pamela no poseía dote, los caballeros solamente galanteaban a su alrededor.

La señora Gertrudis Lucas le hacía de dama de compañía, a su sobrina y a la señorita Sophia, no obstante la dama aún era joven.

El Duque ingresó al amplio salón de baile, fue anunciado. De inmediato, paró los músicos de tocar y él formó una reverencia colectiva, e hizo un ademán con la mano a la orquesta. Estos continuaron con la música y después se vio rodeado de muchos nobles que lo deseaban saludar. Él sin ningún deseo, saludó a los presentes, al levantar el rostro, observó a su amigo de Cambridge, el Conde de Stewart, bailando con una bella dama, de pelo color miel. Él caviló para sí, que aquello le parecía extraño, ya que después de que la prometida de Nathaniel se marchara a américa y rompiendo el compromiso,

el caballero no se había interesado en otra dama.

Posteriormente, se aproximó a Sir. Lifford, un anciano que por su creencia y lengua afilada, todos los de la alta sociedad respetaban, deseando estar lo más lejos de él.

—Juzga su excelencia que todos desean un pedazo suyo.

—Como bien sabrá usted, Sir. Lifford lo que en verdad desean la mayoría es para presumir ante los demás de nuestra amistad.

—¡Jajaja! Mi buen amigo, usted posee la audacia de su padre, este nunca se dejó influenciar por la sociedad y mucho menos participaba de sus tretas.

—Mi padre fue un caballero diferente, después que usted le habló de sus creencias.

—Su excelencia, no es simplemente una creencia es una nueva vida.

—Usted es muy convincente, mire que persuadió al Conde de Stewart para que participara de esta temporada.

—Eso no es persuasión es convicción. Su amigo, llegó a la conclusión, de que la vida no es nada, si el vacío que llevamos en nuestro interior no se llena.

El Duque observó por un instante al anciano Sir. Lifford, y después giró su rostro hacia su amigo, Nathaniel Follie, Conde de Stewart que se allegaba a ellos, diciendo:

—Su excelencia, cavilé que no se presentaría a su propia gala.

—Es que no esperaba a tantas personas.

—Usted sabe mejor que nadie, cómo se comporta la aristocracia, entre más usted se aísla, más ellos desean saber de su vida.

—Veo que está usted disfrutando de esta temporada.

—¿Se refiere usted a la joven dama que me acompañaba en el baile?

—Sí, es muy hermosa.

Los caballeros echaron un vistazo hacia donde estaba la dama. Ella estaba hablando con otra joven de pelo blancuzco y de la misma altura, a diferencia que la joven de pelo castaño poseía un porte muy esbelto, mientras la otra dama era más delicada y remilgada.

—Su nombres es Pamela Lucas y su amiga es la sobrina del Vizconde de Laughton.

—Sobrina de nuestro amigo.

Apuntó el Duque un poco asombrado.

—Sí, es la joven dama de pelo blanco, casi plateado.

En ese instante Sir. Lifford entró a la conversación de los jóvenes y expresó:

—¿Esa joven es la nieta del Marqués de Laughton?

—Sí ¿lo conoce usted?

—Sí, en mis tiempos, fue un caballero muy erudito e inteligente, se dice que él fue quien ayudó al Rey a redactar las nuevas enmiendas del Parlamento.

—¿De verdad?

—Oh sí, después se fue al campo, y desde allí está escribiendo constantemente los discursos del rey.

—Pero si la joven es su nieta, ¿Por qué no le ha dado una buena dote para que contraiga nupcias con un caballero de nobleza?

—Por lo que les acabo de expresar, el Marqués desea un caballero de noble corazón para su nieta, no un noble, por esa razón la dote de la joven no es tan abultada.

—Pero a la dama no la he visto bailar en toda la temporada.

Expresó el Conde un poco abrumado.

—No se preocupe usted, el caballero que vea más allá de lo que está al frente de sus ojos, se fijará en ella y se llevará una joya, y es mejor que este sola, que en compañía de algún canalla que la haga sufrir.

El Conde sin más indicó:

—Creo Sir Lifford que ningún caballero que aprecie su vida, haría algo así con la sobrina de Roger...

Los caballeros sonrieron y miraron una vez más hacia donde estaban las jóvenes damas, pero el Duque se quedó estático y un poco retraído mirando a la muchacha, No obstante, no hizo ningún movimiento y continuó escuchando la conversación de sus amigos, hasta que los dos se separaron de él.

Caminó alrededor del salón, saludando con un movimiento de cabeza a los invitados, pero estos exclusivamente le devuelven la cortesía, ya que todos conocían que el nuevo Duque, no le gustaba conversar.

Los caballeros sin más, deseaban que él se le aproximaran para que les dialoga, para así presumir de su amistad con el honorable Duque de Thornwell.

Cuando vio que la nieta del Marqués de Laughton salía a la terraza, con sumo cuidado salió al otro salón. Al salir vio a la joven solitaria, ya que ningún caballero poseía el incentivo económico para seguirla. Y si su belleza era suficiente para ellos, ninguno osaría aproximarse a la joven, ya que ella era sobrina del temible Vizconde de Laughton.

—No es prudente que una dama salga sola a la terraza, sin dama de compañía.

La señorita Sophia se sobresaltó al escuchar aquella voz profunda y al girar el rostro hacia el caballero, su asombro aumentó al ver al imponente Duque de Thornwell a su lado.

Ella de inmediato formó una torpe cortesía, pues estaba muy afectada por la presencia del caballero.

—¡Su señoría! Eh, la señora Gertrudis Lucas ha conocido a un caballero y no deseaba ser importuna y ...

—Me imagino que la señora es su dama de compañía.

—Así es, su excelencia...

—En tal caso, no creo prudente de su parte que salga sola a la terraza.

La señorita Sophia asintió con la cabeza y comenzó a caminar hacia la puerta de cristal que daba al salón de baile. Cuando de pronto se detuvo, y se giró hacia el imponente caballero y le declaró:

—Su señoría, ¿Elegirá usted a una dama para su último baile?

El Duque levantó una ceja al escuchar a la joven. Para él, ella se advirtiera inocente e inofensiva, de seguro que le pediría que la eligiera a ella, y de esa forma sería igual que todas las damas de sociedad.

—Sí.

—Pues en tal caso, si usted cree prudente y no hay otra dama que sea dueña de sus halagos, desearía que eligiera a...

El Duque levantó más la ceja, esperando que ella declarara su nombre,

— A mi amiga Pamela Lucas, ella estará en mi compañía.

—¿Su amiga?, ¿Por qué no a usted?

—Oh no señoría, en verdad no soy aficionada al baile, además, es el último baile y mi amiga es la joven más bella de esta temporada, sé que en su compañía, ella brillará.

El Duque observó a la joven, y opinó que tal vez los nobles estaban intimidados por su tío o por la falta de una dote sustanciosa de la joven, pero ella en verdad poseía una belleza sin igual.

—No le puedo prometer nada, pues deseo bailar con otra dama.

La sonrisa del rostro de la joven se desvaneció por la desilusión, y con voz ligera expresó:

—Como usted desee su excelencia, permiso.

El Duque distinguió como la dama se marchaba y deseó saber el nombre

de ella, aunque sabía su apellido. Él se quedó ponderando en que la dama poseía un carácter y un temple distinto a las demás jóvenes que hasta ahora conocía.

Permaneció un buen momento en la terraza, hasta que su primo se le aproximó:

—Max, ¿Vas hacer lo que su padre instituyó para finalizar el baile?

—Sí Nathan, voy a finalizar eligiendo a una dama.

—¿Puedo pedirle algo?

—No hace falta, no deseo bailar con esa dama.

—¿Usted se dio cuenta?

—Desde luego, creo que usted puede pedirle a la joven que sea su acompañante.

—En tal caso, me próximo a ella, así que me disculpa, debo buscar la compañía de las damas.

El Conde se alejó de su amigo, con una sonrisa en su rostro, cuando el reloj dio las campanadas de las doce, el Duque ingresó al salón, caminando como lo hacía su padre, en busca de una dama para que fuera su acompañante en ese último vals.

La señorita Sophia al escuchar las campanadas, decidió refugiarse detrás de una columna, pues todas las damas, tanto jóvenes, como viudas y ancianas se habían puesto de pie.

Una damas, tal vez, para ser agraciada con bailar con el Duque y otras para ser testigo del acontecimiento.

Cuando ella escuchó los pasos que retumbaban en el brillante piso de madera y los pasos se aproximaban hacia ellos. Ella pidió a Dios que el Duque eligiera a Pamela, si era su voluntad, más si el Conde estaba interesado en su amiga, sería mejor que el Duque no la eligiera.

Al abrir los ojos, vio al Duque que le extendía la mano hacia, sin saber qué decir o hacer, ella lo miró interrogante mente. Él, extendió la mano más cerca y fue así que ella la tomó, de inmediato se puso en pie y formó una cortesía.

El Duque muy galante le dio un beso en los nudillos y juntos caminan hacia el centro de la pista.

En el camino escuchaban las exclamaciones de la gente por la sorpresa

que el Duque la eligiera a ella.

La música comenzó y era el vals era el mismo que su abuelo el Marqués, solía bailar en innumerables ocasiones con su abuela y ella desde niña movía sus pies al ritmo de la música.

Cuando las demás parejas se unieron a ellos, el Duque le expresó:

—Para no saber bailar, creo que usted lo hace demasiado bien.

La voz del Duque retumbó en su interior y eso la hizo estremecer, él se dio cuenta y le comentó:

—No se preocupe, que pronto acabará.

Los presentes solamente cotilleaban de que la joven era la sobrina del Vizconde de Laughton y nieta del Marqués, los caballeros se decían unos a otros:

—Su abuelo al parecer no desean que la joven se enlace ya que su dote es un infortunio.

—Es que tal vez la joven no goza del cariño del Marqués, ya que la muchacha ha alejado algunos caballeros que se le aproximan, pues es demasiado franca en sus opiniones y demasiados concluyentes para ser una dama.

—O tal vez, lo que el anciano desea que se enlace con el tío, ya que la joven es muy bella y posee el mismo carácter que él.

—Es verdad no me había fijado, es muy bella, y eso que no posee el pelo rubio como dicta la belleza, pero su rostro es de una hermosura sin igual.

—Ahora que lo mencionas es muy esbelta y su silueta es exquisita.

—Que lástima que su dote no sea tan atrayente como ella.

Mientras el Duque disfrutaba de la compañía de la joven, ya que está bailaba como si volara, esto hizo que se regocijara del baile, pues especuló que elegir a la muchacha sería una tortura, en cambio, en aquel instante no deseaba que el vals terminará.

La señorita Sophia sentía los nervios, por estar tan próxima al caballero, al escuchar los acordes de la música, fue cuando escuchó la voz del Duque en su mejilla. Esto la estremeció sin poder detener que el caballero se diera cuenta. Él le habló de nuevo y su mente, en ese instante, dejó de funcionar normalmente, ya que bailando en los brazos del Duque se permitió soñar, cosa que no estaba acostumbrada hacer.

Cuando la música finalizó, el Duque no la soltó, sino que colocó su mano debajo de su codo y expresó:

—Buenas noches.

Acto seguido la llevó al lado de la señora Lucas, tomó la mano de ella, y con galantería, depositó un beso en la mano enguantada, a continuación formó una reverencia y salió del salón. Dejando a las damas suspirando por él, y a las madres soñando de que sus hijas fueran la futura Duquesa de Thornwell.

Mientras que esa noche, para sorpresa de Sophia, muchos caballeros se despidieron de ella.

**

En el carruaje las damas estaban muy entusiasmadas, porque el Duque, había sacado a bailar a la señorita Sophia y el Conde de Stewart a la señorita Pamela.

—¡Oh Sophia! Nunca cavile que el Duque la eligiera a usted, ya que estaba muy oculta, parecía como si supiera, que era usted la dama que buscaba —. Expresó Pamela Lucas.

—Pamela, ¿Cómo cree usted que el Duque conocía a Sophia? Si es la primera vez, que se presenta en la sociedad, después del fallecimiento de su padre, conjuntamente, Sophia ha estado escondiéndose de todos los caballeros —, la señora con fingida preocupación continuó —. No sé qué dirá el Vizconde, cuando se entere, que usted no adquirió el ajuar de ropa que él ordenó.

—No se preocupe por eso Señora Lucas, él y mi abuelo están muy ocupados, al retornar de seguro que darán gracias a Dios que ningún caballero se haya fijado en mi.

—No diga usted eso, ellos la desean ver bien enlazada.

—Sí, lo sé, pero deduzco que aún no es mi tiempo.

—Tonterías Sophia, usted ya posee la edad adecuada, y aunque esta sea su única temporada, se que si así Dios lo permite, el caballero que tiene para usted, irá directamente a la mansión del Marqués.

La señorita Sophia sonrió a la señora Lucas para no continuar la conversación, y ella muy audazmente le dijo a su sobrina:

—Al parecer que el Conde de Stewart ha puesto los ojos en usted.

—Tía Gertrudis no creo que el caballero haga posible tal deseo, ya que como usted está al corriente, no poseo ninguna dote y al mismo tiempo, tanto el Conde como el Duque son caballeros inalcanzables.

—No exprese usted eso Pamela, recuerde como dice el Marqués, para

Dios no hay nada imposible.

La joven miró a su amiga, y al ver que la joven estaba sumida en sus cavilaciones, ella simplemente expresó:

—Usted posee toda la razón tía Gertrudis.

Al llegaron al palacete, las dos jóvenes ascendieron las pequeñas escaleras, al segundo nivel, dejando a la señora Lucas en el primero, ya que el primer nivel contaba con una amplia recámara y la señora deseó hospedarse en ella.

Antes de entrar a su recámara, Sophia le expresó a Pamela:

—Deseo hablarle.

Ella asintió y las dos jóvenes se retiraron a sus aposentos.

Cuando estaban vestidas para la cama, la señorita Pamela tocó la puerta de la habitación de Sophia y su amiga entró de inmediato.

La muchacha subió a la cama, tomó la cobija y se quedó atenta a lo que su amiga deseaba decirle.

Al ver que ella no hablaba expresó:

—Usted dirá Sophia.

—Pame, esta noche antes del baile conocí al Duque.

—¿Usted lo conoció?

—Sí, al salir a la terraza me encontré con él.

—¿Usted le pidió que la sacara a bailar? —. Preguntó la joven con gran expectación.

—No.

La señorita Sophia miró al suelo y estrujó sus manos, entonces expresó:

—Le pedí que la sacara a usted.

—¿A mí? ¿Pero por qué?

—Pues usted deseaba bailar con él.

—Jajaja! Deseaba que el Duque me sacara a bailar, solo para que el Conde se diera cuenta que aunque no poseo dote soy hermosa.

—¿Eso quiere decir, que el caballero que le agrada es el Conde?

—Sí, pero después de escuchar la historia de la antigua novia de él, me he dado cuenta que no se fijará en mí.

—En tal caso Pame, únicamente nos resta empacar mañana nuestras pertenencias y retornar a la mansión sin un caballero reluciente que nos salve

de nuestra soledad.

—¡Jajaja! Gracias a Dios que la tengo a usted de amiga.

—Sí, gracias a Dios que nos tenemos una a la otra...

Al día siguiente, las damas comenzaron su retorno a Durham, lo cual, implicaba unas dos semanas de viaje, si las condiciones del tiempo, se lo permitía.

Después de varios días de viaje, Sophia estaba muy cansada y las constantes lluvias no hacían más confortable el trayecto, hasta que una de las ruedas de uno de los carruajes, específicamente en el que ellas transitaban, se trancó. Los lacayos y palafreneros hacían todo lo posible por sacarlo, pero como las damas viajaban en él, el peso no lo permitía sacar las ruedas. Como estaba lloviendo, las damas debían quedarse dentro del carruaje, uno de los lacayos cansados de tratar de mover el carruaje, se aproximó a la puerta y señaló con gesto cansado:

—Lady Sophia la rueda no se puede mover.

—Mentris ¿Qué es lo que ocurre?

—Mi Lady es que con el peso del carruaje, será imposible sacar las ruedas.

—En tal caso Mentris, debemos salir del carruaje.

—Pero Mi Lady se van a mojar.

—Mentris si no lo hacemos estaremos aquí mucho tiempo y la noche se acerca.

—Sí Mi Lady y estos caminos son peligrosos.

La señorita Sophia sin esperar más, salió del carruaje, caminó resuelta hacia el carruaje donde viajaban las doncellas, les indicó que hicieran espacio para Pamela y su tía, hizo todo para que las damas cambiaran de carruaje, y cuando este estaba desocupado se quedó bajo la lluvia esperando a que lo sacaran del fango. Cuando ella advirtió que una piedra impedía el avance de la rueda se agachó en el lodo y trató de moverla, al hacerlo la rueda comenzó a ceder.

Lady Sophia se incorporó y con horror se dio cuenta que su vestido de viaje estaba enlodado. Fue en ese instante que siete carruajes pasaban a su lado, y el penúltimo se detuvo. Para su asombro y vergüenza, vio descender al

Duque de Thornwell con un lacayo a su lado llevando un enorme parasol.

Él se quedó mirándola incrédulo de lo que estaba presenciando, e hizo el mismo gesto que había hecho la noche que lo conoció, él levantó una ceja como quien le reprocha lo que estaba haciendo, y sólo expresó:

—Señorita veo que ha tenido un inconveniente con uno de sus carruajes.

—Así es su excelencia.

—Permítame ayudarla.

La señorita Sophia esperaba que él inspeccionará la rueda, pero en cambio un lacayo se aproximó al carruaje y señaló, empapado de agua:

—Su excelencia el eje de la rueda está roto.

—Eso quiere decir que necesitará un herrero.

—Sí su excelencia, pues no puede correr mucha distancia así.

—Pues en tal caso, deben llevar el carruaje a la villa.

—Sí su excelencia.

En cuanto terminó de tener la conversación con su lacayo y dar instrucción a los de ella como si fuera su amo, el Duque se giró hacia Sophia y dijo en voz ronca:

—Creo que no podrán continuar su camino en estas condiciones, así que deberán pasar la noche en mi villa, no está muy lejos.

—Gracias su excelencia, pero nosotras podemos continuar con los otros dos carruajes.

El Duque levantó una vez más su ceja, mirando con petulancia a la joven, y sin más expresó:

—Si usted cavila que puede viajar con esa ropa empapada y llena de lodo, es su decisión, aunque le advierto que estos caminos son muy peligrosos de noche, por otro lado, la próxima posada está a una distancia razonable de Leeds, creo que ustedes pueden llegar cuando se levante el alba.

La señorita Sophia observó a los lacayos que estaban a espera de que ella decidiera y se retractó, más tomaría la oferta del caballero, ya que, debía pensar en las personas que la acompañaban, en aquel momento, giró el rostro y se encontró con los ojos del Duque que la miraban con un brillo triunfante, y señaló:

—Creó, su excelencia, que debo aceptar su hospitalidad.

El Duque no expresó palabras, sino que asintió con la cabeza y retornó a su carruaje, sin preguntarle nada de cómo ella viajaría, ya que estaba empapada y sucia.

El lacayo del Duque le dijo:

—Mi Lady, la villa de su excelencia no está a mucha distancia, si desea, puede usted viajar en mi lugar, ya que voy a tomar un caballo para llegar antes que ustedes.

La señorita Sophia le sonrió al lacayo y con ayuda de los otros que extendió una pequeña manta en el sillón, subió al carruaje donde ellos viajaban.

No transcurrió mucho tiempo, cuando vislumbra una hermosa edificación, no tan grande como una mansión, pero no tan pequeña para ser una residencia de campesinos.

El carruaje donde ella viajaba llegó primero, pues era el que franqueaba a los demás, de inmediato, el lacayo la ayudó a descender y no esperó a que los otros carruajes llegaran si no que le dijo:

—Mi Lady puede usted entrar, el mayordomo le enseñará su recámara.

—Gracias, señor.

El lacayo formó una reverencia.

Ella se dio cuenta que este sonreía al escuchar como ella lo llamaba.

Tal como le había dicho el lacayo, el mayordomo la esperó con una frazada. Ella enjugó su vestido y secó lo más que pudo, y fue escoltada a una recámara en la primera planta. Esta era demasiado grande, constaba con una sala de estar y un pequeño cuarto, en el cual, pudo observar una hermosa bañera llena de agua caliente.

La señorita Sophia, con ayuda de una doncella, se quitó el traje de viaje y disfrutó del baño.

Ulteriormente de un largo tiempo, la señorita Sophia recordó que no viajaba sola, y que Pamela y la señora Gertrudis viajaban en el carruaje de las doncellas.

La muchacha hizo el intento de al salir al pasillo, pero al darse cuenta que solo llevaba el batín que la doncella le había traído, decidió volver al diván que estaba a un lado de la recámara, al hacerlo, la doncella tocó a la puerta y al ingresar le expresó:

—Mi lady sus pertenencias se la traen en un instante.

—Gracias, y desearía saber ¿Si las damas que viajan en mi compañía están bien?

—Oh sí Mi Lady, ellas están hospedadas en la planta alta, las damas están muy bien, si desea puedo llevarla con ellas, después de que se vista.

—Sí, se lo agradecería.

—Su excelencia no cenará esta noche en el salón de comedor, pero si usted desea, puedo enviar a preparar su cena en la estancia.

—No, creo que estaría bien de mi parte, si me envía una bandeja aquí.

—Sí, Mi Lady.

No bien la doncella salió, cuando dos lacayos trajeron sus pertenencias y su doncella personal entró a su recámara.

—Mi Lady se encuentra bien.

—Oh sí May, estoy bien, pero y ¿Ustedes llegaron bien?

—Sí, todos estamos bien.

—En tal caso, saca un vestido sencillo del baúl y ve a descansar, pues solo deseo saber como están Pamela y su tía.

—Sí, Mi Lady.

La doncella le sacó un vestido muy sencillo, se lo ayudó a poner y después se despidió.

Lady Sophia salió más confiada al pasillo y caminó por este, hasta que se encontró al mayordomo. El anciano le explicó que la villa no contaba con mucha servidumbre, así que él le explicó dónde estaba las recámaras de sus acompañante:

—¿Desea que la acompañe Mi Lady?

—No hace falta, sólo tengo que subir y tomar el pasillo a la derecha y tocar en la primera puerta.

—Así es Mi Lady.

—En tal caso, no hace falta, continúe con sus encomiendas, la encontraré.

El anciano agradeció a la joven dama con una sonrisa.

La joven caminó por el pasillo que le había indicado, y al encontrar la escalera ascendió. Al llegar se encontró con dos pasillos, uno a la derecha y otro que lo dividía una pared. Así que sin pensar mucho, caminó al pasillo que estaba a la derecha y se dio cuenta, que únicamente poseía una puerta, tocó, más no recibió respuesta, así que volvió a tocar con más fuerza.

Al abrirse la puerta, se quedó pasmada, al ver al Duque.

Él con voz fuerte expresó:

—Sí.

Lady Sophia se quedó pasmada al ver al caballero vestido con su batín.

—Lo siento su señoría es que pensé que esta era la recámara de mi amiga.

Él, la vio de arriba a abajo y comentó:

—Veo que ya está limpia.

—Sí su excelencia, gracias.

—Creo que su amiga debe estar en el próximo pasillo.

—Sí, es lo más probable.

Ella formó una reverencia y se alejó.

El Duque la observó alejarse y se dijo para él, que aquella joven no poseía los modales manipuladores de la jóvenes de la alta sociedad, ya que esta era franca y sin ninguna falsa humildad.

Lady Sophia caviló, que era muy torpe, pues ir a tocar a la recámara del Duque, ese caballero que era intimidante, ¿Qué pensaría él?

Tocó la primera puerta del otro pasillo y se dio cuenta que este poseía tres puerta. Esta se abrió y era su amiga Pamela:

—Sophia pase, cavilé que estaba descansando.

Ella entró y advirtió que esa recámara era más pequeña que la de ella, pues únicamente poseía una pequeña ventana.

—Lo estaba, pero deseaba saber como estaban ustedes.

—Bien, llegamos y tía Gertrudis de inmediato se fue a descansar. Solicité a la doncella que nos trajera una bandeja.

—Sí de igual modo requerí una en mi recámara.

—¿Cuál es su recámara? La última.

—No, estoy hospedada en la planta baja.

—En la planta baja, ¿Por qué?

—Debe ser porque entré empapada y llena de lodo.

—Sophia usted debe cambiar. No puede ir comportándose como un caballero, debe dejar esas cosas a los lacayos.

—Pamela, si Dios no nos hubiese enviado al Duque, por lo menos estaríamos de camino a la próxima posada.

La señorita Pamela no expresó palabras.

Al concluir la conversación, ella se despidió y caminó hacia la planta baja, al llegar a su recámara encontró una bandeja de alimentos, los consumió y comenzó hacer su plegarias acostada, pero el cansancio la abatió y se quedó dormida.

Los rayos del sol esa mañana no salieron.

El cielo estaba gris por la melancolía de no poseer el calor de su amado. Las nubes grises se recogían como quien están conspirando para que dos

amantes no se encuentren. Así fue esa mañana, el cielo lloró con fuertes gotas de agua.

Lady Sophia salió de su recámara y se encontró con Pamela y su tía en el salón del comedor.

—Oh Sophia, ¿Usted vio que tormenta más fuerte?

—Sí señora Lucas, al parecer será imposible continuar nuestro viaje hoy.

—Pero su abuelo estará preocupado por la tardanza de nuestro viaje.

—Abuelo sabrá que las lluvias nos han retrasado.

—Sus palabras me traen paz ya que su tío puede ser muy intransigente, aunque el Marqués puede hacer que entre en razón.

—Sí, abuelo hablará con él, lo único que le pido a Dios que pronto podamos continuar nuestro viaje.

Esa mañana el Duque no descendió a desayunar con ellas, así mismo para la hora del almuerzo no se presentó.

En la tarde Lady Sophia estaba decidida a buscarlo y darle las gracias por su hospitalidad y saber cuándo estaría listo el carruaje, así que le preguntó al mayordomo:

—¿Me puede informar donde está el despacho de su excelencia?

—Mi Lady está en la puerta delante de su recámara.

—¿En ese mismo pasillo?

—Sí Mi Lady, pero permítame advertirle que su excelencia no le agrada que lo molesten.

—Pero deseo saber cuándo estará disponible nuestro carruaje.

—No se inquiete usted por eso, él es un caballero muy prudente, estoy seguro que su excelencia se está encargando de que todo funcione como es debido.

—Pero está el asunto de que tendremos que hospedarnos otra noche aquí en la villa.

—Mi Lady, al igual que ustedes el Duque está de paso, así que no se preocupe, cuando les brindó hospedaje de seguro que no puso tiempo.

—Gracias, en tal caso estaré más tranquila, ahora por favor dígame ¿dónde está la biblioteca?

—Está en el mismo pasillo de su recámara pero al final.

Sophia se despidió del mayordomo con una reverencia y se encaminó a la biblioteca.

Al pasar por delante de la puerta del despacho del Duque, deseó tocar, pero se contuvo y continuó a la biblioteca. Al entrar, esta no era muy amplia, poseía una puerta que estaba entreabierta, ella caminó hacia allí y al abrir más la puerta se encontró con un escritorio de caoba tallada.

Al ingresar en la estancia, se quedó estática, el Duque estaba sentado en un mueble tomando algo en la mano y con un retrato en la otra. Él giró su rostro y su semblante se endureció al verla, depositó la foto en la mesa y Sophia se dio cuenta que era una dama, pero no la distinguió bien por la distancia.

El Duque se puso de pie, dejando también el cáliz al lado de la foto:

—Al parecer usted posee la habilidad de interrumpirme con suma facilidad.

Caminó hacia ella y se puso al frente.

Ella aunque se sintió un poco intimidada no lo demostró:

—Su excelencia, estaba en la biblioteca y observé la puerta abierta.

—¿Eso le dio el permiso de entrar?

—No, aunque sentí curiosidad, pues cavilé que era un salón de lectura.

—Usted se ha dado cuenta que es mi despacho, así mismo he prohibido que se use la biblioteca mientras estén alojado en la villa.

—Perdón, en verdad no sabía.

El Duque esperó que la joven dama saliera de su despacho, pero en vez de eso, ella caminó hacia la mesa donde había dejado la foto, ella la tomó y le preguntó:

—¿Quién es ella?

Su primer impulso fue quitarle la pintura de la mano, y decirle a aquella joven que saliera de su presencia, pero la audacia y la valentía de ella lo detuvo, ya que todos se intimidan cuando solo los miraba, los caballeros titubeaban a su voz, pero aquella joven frágil de pelo plateado parecía no tenerle miedo e incluso se veía que ella disfrutaba de su hosquedad.

—Creo que eso no debe interesar.

Sophia no tomó las palabras brusca del Duque, sino que simplemente expresó:

—Debe de ser alguien importante en su vida, ya que tan temprano usted tomó oportu.

Él trató de darle la mirada más despiadada de su repertorio, pero la joven se la sostuvo estoicamente, después, volvió la vista a la foto y comentó:

—Además no es tan bella para hacer que un Duque pierda su cordura tan

temprano, por ella.

Esta vez, el Duque caminó hacia la pintura, la tomó en las manos y observó un rato a la dama, después miró a aquella joven imprudente y le indicó:

—Su tío no le ha enseñado que debe respetar a los caballeros de más rango.

—Claro que me ha enseñado, pero también he visto que esos mismos caballeros, al igual que todos nosotros son humanos y sienten.

—Cuando la encontré en la terraza de mi mansión, nunca cavilé que podía ser usted tan atrevida y entrometida.

—Pues cómo puede usted ver, no siempre somos lo que aparentamos, creí, cuando lo conocí, que era usted un caballero con los pies de plomo, que ningún viento lo podía mover, pero al verlo esta mañana me he dado cuenta que una falda puede hacer que se hunda usted mismo en tierra movediza.

—Usted es muy joven para saber de la vida.

—Tal vez, sólo poseo dieciocho años, usted en cambio debe tener treinta, muchos años recorridos, pero no los suficientes para saber que las emociones del corazón son engañosas...

El Duque le echó una mirada de reproche, como advirtiéndole que no entrara en ese terreno, pero Sophia aunque advirtió el peligro quiso continuar.

—Usted que es un caballero de mundo, que posee riqueza y honra, puede poseer y tener todo lo que desea y anhela, pero desea aquello que le es prohibido, aquello que está fuera de su alcance, pero aun así, su mente y corazón están dispuesto a dejarlo todo por ello, sin saber que es un espejismo, que cuando lo logre será un triunfo más, a la sazón, se dará cuenta que engañoso es el corazón más que todas las cosas y solo hay uno que lo conoce en verdad.

Lady Sophia se detuvo esperando que el Duque le preguntara quién era que lo conocía, pero él sólo caminó a las grandes ventanas, miró el agua caer y después de un instante expresó:

—¿Quién eres?

Lady Sophia se quedó callada al escuchar que el Duque cavilaba que ella pertenecía a las tribus de sus ancestros los monjes, eso quería decir que había dicho algo que era verdad, así que simplemente señaló:

—Soy hija de Dios, su excelencia.

Él giró el rostro hacia ella, la observó un largo tiempo. Mientras tanto la

joven le sostuvo la mirada, hasta que él no pudo más, y se giró volviendo a mirar por los cristales la lluvia, ella formó una reverencia y dejó la estancia sin decir palabra.

Después de aquella conversación, Sophia no volvió a ver al Duque, él se marchó de la villa al día siguiente sin despedirse.

Ellas retornaron a la mansión de su abuelo, en Durham con dos carruajes extras, con el emblema Ducal del Duque de Thornwell por orden de este.

Capítulo II

El tiempo había transcurrido como un abrir y cerrar de ojos. Ya había pasado un año de su debut en la sociedad de Londres y Sophia aún no poseía pretendientes, así como su amiga Pamela, está al igual que ella, permanecía soltera. En cambio la tía, la señora Gertrudis Lucas, se había convertido en la Baronesa de Hexham y se había mudado a esas regiones con su esposo el Baronet.

En ese momento las invitaba para que pasaran una temporada en su residencia, ya que su esposo poseía un heredero muy apuesto y soltero.

—Sophia creo prudente que usted acepte la invitación de la Baronesa.

—Pero abuelo, esas tierras son muy montañosas.

—Eso no quita que pueda cabalgar, además, si su amiga se marcha a Hexham usted se quedará sola.

—Creo que Pamela no desea ir a visitar a su tía.

—Ustedes deben salir de estas tierras hija, usted se la pasa montando a caballos, ayudando a los criados hacer la valla, y esas cosas son obligaciones de caballeros. Después que mi hijo se marchó a Escocia usted ha tomado su lugar y creo que esos son deberes de caballeros.

—Pero abuelo, no deseo que se quede solo.

—Que va, no me quedare solo, posteriormente de la partida de sus padres y posteriormente de su abuela al cielo, he entendido que la vida es corta, y debemos de aprovechar el tiempo que nuestro creador nos regala.

—Sí, lo sé abuelo, no obstante, creo que puedo disfrutarla a su lado.

—No Sophia, usted es joven, necesita salir y conocer otros paisajes, disfrutar de su juventud y gozar de las bendiciones que Dios ha de enviarle.

—Creo abuelo, que Dios me las ha enviado desde que nací, me premió con mis padres, y aunque se marcharon al cielo, sé que él fue misericordioso conmigo dejándome a usted y a tío Roger.

—Su tío pronto conocerá a una dama y ella le dará herederos y esa será su verdadera familia.

Lady Sophia percibía que eso pronto ocurriría, ya que su tío viajaba mucho a las tierras de Escocia para visitar a un Laid, que poseía dos hermosas

hijas, pero ningunas de ella estaban interesadas en los caballeros Ingleses.

Para sorpresa de Sophia, su amiga Pamela aceptó la invitación de su tía a Hexham, y esa misma semana, partió hacia la residencia de la Baronesa.

La dama ansiosa de ver a su sobrina, la esperó en el pórtico delantero de la residencia, cuando el carruaje se detuvo:

—¡Pamela querida que alegría es volver a verla!

—Tía de igual forma es de regocijo volver a compartir con usted.

—Pero entremos querida deseo que usted conozca la residencia y a sus habitantes.

Su tía vivía en una lujosa y hermosa residencia en las afueras del pueblo de Hexham, la cual estaba muy próximo al lago. Está poseía muchos arrendatarios muy prósperos y educados, aunque los caballeros de esas regiones se decían que eran de puños a tomar.

Al entrar en la residencia, se dio cuenta que estaba muy bien decorada y que además era más espaciosa por dentro, de lo que se distinguía por la fachada exterior. El mobiliario y la arquitectura era de un gusto muy refinado y elegante.

Caminaron por el pasillo y a sus costados, Pamela pudo observar, que a cada lado del amplio corredor había diferentes puertas de caoba labrada, las pinturas de el pasillo eran a lienzo de alto relieve, como la nueva tendencia. De igual forma, los pisos de madera estaban bien lustrados.

Al llegar a un salón amplio, con tres chimeneas y tres juegos de muebles dispuestos en diferentes ángulos, distinguió a tres caballeros, uno era el Baronet, su hijo y otro que la dejó sin aliento.

—Señorita Lucas que bueno que aceptó nuestra invitación.

Ella formó una reverencia colectiva a los caballero, el Baronet continuó:

—Usted conoce a mi hijo Jordano Rowling y permítame presentarle al Conde de Stewart, Nathaniel Follie.

La señorita Pamela formó una reverencia al Conde, él contempló expectante a la dama, esperando que expresara que se conocían, pero la joven solamente le hizo la cortesía, fue la Baronesa que expresó:

—Mi sobrina y el Conde se conocieron hace varios años atrás, cuando ella debutó en Londres.

Pamela asintió con la cabeza, afirmando las declaraciones de su tía, pero

sin mirar al Conde, él notó que la joven dama estaba más distante, como si nunca lo hubiese visto o conocido.

—En tal caso, todos somos conocidos, así que no debemos entrar en formalidades —. Indicó el Baronet con una sonrisa pícaro.

—Caballeros, los dejaremos solos unos instantes. Acompañaré a mi sobrina a su recámara, ya que debe estar cansada del viaje.

De inmediato el hijo del Baronet tomó la mano de Pamela y depositó un beso en los nudillos de ella y expresó:

—Creo que el descanso le hará bien a su hermoso rostro señorita.

—Gracias.

La joven se ruborizó, formó una reverencia colectiva y se marchó detrás de su tía.

El Baronet luego le señaló a su hijo:

—Jordano tenga cuidado con la sobrina de mi esposa, ella no es como las damas del pueblo.

—Lo sé padre.

—Entonces mantenga la distancia, si usted no desea estar enlazado antes de que finalice la visita de la joven.

Al hijo del Baronet los ojos se le desorbitaron, pues era un afamado libertino en Londres, y poseía un arte para hacer que cualquier dama se rindiera a sus pies. Pero el caballero en ese tiempo no deseaba contraer nupcias, y sabía que su padre era muy firme cuando expresaba algo.

Para el Conde fue muy notorio que la joven llamó la atención de su amigo Jordano, eso no le agradó. Pues aunque en esos casi dos años, no volvió a buscarla, siempre estaba al tanto de la joven por el Vizconde de Laughton, al preguntar por ella y su sobrina, él informó que las dos permanecían solteras. Él trató de tener algún pretexto de visitarla, pero con el paso del tiempo ese deseo fue aminorando hasta que se perdió en el olvido. Pero al volverla a ver y darse cuenta que estaba más bella que a sus dieciocho años, todos aquellos sentimientos guardados y escondidos por el paso del tiempo, volvieron a renacer en él y se apilaron en su corazón como un torbellino.

La señorita Pamela estaba muy nerviosa cuando se quedó a solas en su recámara, después que se marchara su tía, ya que ésta había durado un largo tiempo en su compañía, preguntándole por su hermana y las personas del pueblo.

Pamela suspiró y se dejó caer en un diván y se dijo que allí estaba el

Conde, aquel caballero que había ocupado sus pensamientos desde que lo conoció. Aquel que fue muy galante con ella y en cierto momento demostró cierto afecto e interés, pero al distanciarse no volvió a saber de él. Sería que su amada había retornado a él y este estaba por esos lugares visitándola, ya que por lo que había escuchado, la dama era hija de una familia americana que habían comprado tierras en Hexham.

Caminó hacia la puerta que daba a un balcón, y al abrirla salió a disfrutar un poco de la brisa, caminó hacia las barandillas de hierro y observó que esa puerta daba a la parte posterior, donde estaba un jardín, al mirar hacia abajo ella se quedó pasmada, al distinguir al Conde hablando con una hermosa joven, turbada y con el corazón ardiente, entró de inmediato a su recámara y permaneció en ella el resto de la tarde.

El hijo del Baronet subió los peldaños que le faltaban a la señorita Pamela por descender, y con mucha galantería le extendió el brazo. Ella con alegría lo asió, pues vio al Conde en compañía de la hermosa joven que lo acompañaba en el jardín.

Fue el Baronet que expresó:

—Mi querida señorita Lucas está usted bellísima, así como mi Baronesa y la señorita Howell.

Pamela únicamente sonrió formó una reverencia a los presentes, pero no expresó palabras, y todos pasaron al salón del comedor.

La mesa estuvo dispuesta muy equilibradamente, el Baronet al comienzo y a su mano derecha el Conde, que era el principal invitado, a su lado la hermosa rubia y el señor Jordano al lado de la flamante joven, y Pamela tomó asiento junto a su tía, la cual estaba de frente a la joven.

Cuando sirvieron los alimentos el Baronet expresó:

—¿Querida desea hacer eso que hace antes de ingerir los alimentos?

—Sí querido, eso se llama dar gracias a Dios.

—Sí querida, es que esas pequeñas costumbres tuyas son muy excéntricas.

La Baronesa sonrió con amor a su esposo y a secas dijo:

—Demos gracias a Dios —. Colocó sus manos juntas, bajo el rostro y comentó:

—Dios gracias por los alimentos que usted nos provee, y gracias por cada uno que estamos alrededor de la mesa, bendígame y permita que lo podamos conocer en nombre de Jesús las gracias.

Pamela levantó el rostro y se dio cuenta que todos los presentes estaban acostumbrados a que su tía diera gracias, ya que después, todos muy normal comenzaron a disfrutar de la entrada.

Todos estaban muy callados disfrutando de los alimentos, cuando el hijo del Baronet, señor Jordano le preguntó:

—Señorita Lucas y como está su amiga Lady Sophia Headfott.

—Muy bien Señor Rowling, ella decidió quedarse con su abuelo, ya que su tío estaba de viaje.

—Eso dice mucho de la dama, en estos tiempos hay pocos jóvenes que desean cuidar de los más ancianos —. Explicó la Baronesa mirando de reojos a la rubia que estaba sentada al lado del Conde.

—Creo madre que eso no depende tanto de la dama, sino más bien del pariente, pues si una persona no desea compañía, es mejor dejarlo solo, ¿No cree usted así señorita Pamela?

La señorita Pamela echó un vistazo al hijo de Baronet, un poco desconcertada, primero porque ya en tan poco tiempo, llamaba madre a su tía y después, porque la hizo a ella participe de un tema que ella no entendía porque había surgido, así que, adoptó la posición de su amiga Sophia, que siempre decía lo que pensaba:

—Señor Rowling creo que ese tema en particular la respuesta depende de la dama, en mi lugar, creo que optaría por hacerle compañía a mi pariente, aunque éste no la desee, lo cual, lo haría de forma sutil y a la distancia.

La señorita Pamela observó de frente al caballero y este le sonrió de forma maliciosa, en aquel tiempo, señaló:

—Como cada quien debe responder diferente ¿Usted que haría señorita Howell?

La joven con aire inocente, miró al caballero y le expresó:

—Disculpe usted, pero cual es el asunto, ya que estaba perdida en mis cavilaciones y me perdí de algunos comentarios.

Fue la Baronesa que explicó:

—Querida eso es de mala educación, estar cavilando en cosas ajenas a la conversación de las personas que comparten la mesa.

La joven se ruborizó, al comentario de la dama, y para sorpresa de todo esta con voz dulce dijo:

—Sí lo es Baronesa, pero también es un poco inhumano disfrutar de tantos manjares, cuando al otro lado del mundo hay tantos en necesidad.

El rostro de la Baronesa se transformó, no se sabía si de asombro, o de

rabia por la audacia de la joven en responderle con tal facilidad, haciendo que ella se viera como una villana.

La señorita Pamela percibió que entre las dos damas había un cierto desacuerdo, que únicamente ellas sabían el porqué.

Fue en ese instante que el señor Jordano interrumpió el mutismo que se produjo:

—Mañana deseo cabalgar por los alrededores del lago, ¿Desea acompañarme señorita Pamela Lucas?

—Será un placer señor Rowling, si a nuestra cabalgata, se uniera el Conde y su prometida.

Cuando ella dijo prometida, la dama que estaba sentada junto al Conde sonrió de satisfacción, mientras, en el rostro de él se turbó por el comentario de ella.

El Baronet expresó:

—Está usted confundida querida señorita Lucas, el Conde y la señorita Bowell aún no están comprometidos, aunque deduzco que falta poco para que eso ocurra.

En ese instante, fue que el Conde habló por primera vez:

—Por mi parte puedo decirle señorita Lucas que puede contar con mi asistencia a la cabalgata mañana.

El Conde le habló mirándola con aquellos ojos azules intensos, de una manera que la perturban.

—En tal caso, ¿Nos acompañará usted señorita Bowell?

—Mañana me será imposible asistir a temprana hora, pero si la pospusieran para después de comida, creo que podría acompañarlos.

En ese instante habló la Baronesa:

—Si lo posponen para esa hora, creo que Pamela no los podrá acompañar, pues tenemos una cita programada.

La señorita Pamela echó un vistazo a su tía Gertrudis, pues esa tarde no le había dicho nada, así que solo esperó a que el Conde pospusiera la cabalgata para poder acompañar a su amada, pero para su sorpresa, él expresó:

—En tal caso creo que es más factible hacer la cabalgata en la mañana, ya que para la tarde tengo algunos compromisos con el Baronet.

—Es verdad mi buen amigo, mañana debemos poner muchas cosas en orden.

La señorita *Bowell* se le transfiguró el rostro, bajando la vista a su postre y jugueteando con él.

Posteriormente de la cena, todos se dirigieron al salón bergamota, una estancia muy acogedora en la cual había dos chimeneas y las paredes estaba cubierta por papel, colgaban de ellas hermosos cuadros con paisajes del campo.

Los caballeros esa noche no se retiraron a parte, por petición del *Baronet*, y toda la noche la señorita *Bowell* no se le separó del lado del Conde. Aun en los momentos que este conversaba con el *Baronet* la dama se quedó a su lado y esta no mostró ningún interés por compartir con la *Baronesa* y la señorita *Lucas*:

—Esa joven es una arpía.

—Tía ¿Por qué a usted no le agrada?

—Pamela usted no sabe bien la historia de esa muchacha, después se la contaré. Lo que sí puedo decirle es que los caballeros son unos ineptos cuando están enamorados, mire todo lo que esa enredadera le ha hecho al Conde.

El día que usted llegó, él había predispuesto marcharse, pero la dama lo engatuso y quién sabe qué artimañas ha usado, después de entrar de hablar con ella en el jardín, me informó *Gabriel* que él expresó que se quedaría por un tiempo más en *Hexham*.

—Tal vez tía el Conde simplemente esperaba que la dama reaccionara a su partida.

—Creo mejor Pamela que el caballero debería marcharse lo antes posible de *Hexham*, antes que quede atrapado en las redes de esa desventurada.

—Pero tía *Gertrudis*, usted no es propensa hablar de esa forma de nadie.

—Si querida lo sé, y usted no sabe cuántas veces le he pedido a Dios que perdone mi falta, pero es que no soporto ver tanto descaro en una dama. Creo que si hubiese sido la madre de la dama ya hace tiempo que le pediría a Dios que se apiada de mi alma.

—¿Es tan terrible lo que ha hecho?

—Sí es muy terrible, y lo más extraño que no posee ningún remordimiento, ni se arrepiente de lo que hizo, mejor ha tomado las cosas con tanta calma, que desde que llegó el Conde para hacer los negocios con *Gabriel*, ella huía de él, como si este estuviese infectado de alguna

enfermedad, se ocultaba del caballero, hasta la tarde de su llegada.

La señorita Pamela recapacitó en qué había hecho cambiar a la dama, para que pusiera los ojos otra vez en el Conde. Ella miró hacia donde estaba la pareja hablando con el Baronet y para su sorpresa, el Conde estaba mirando hacia donde estaban ellas. Eso hizo que de inmediato volviera el rostro, y observó cómo desde la esquina donde estaba Jordano miraba, fijamente a la joven que estaba al lado del Conde.

La dama de igual forma estaba atenta a la mirada del hijo del Baronet, y se dio cuenta que entre los dos estaba pasando algo, así que volvió el rostro a su tía y expresó:

—Tía Gertrudis si me disculpa deseo retirarme.

—Oh desde luego querida, que falta la mía, olvidarme que usted debe estar agotada del viaje.

La señorita Pamela asintió con la cabeza, y posteriormente ella no tuvo que hacer nada, ni hablar, ya que su tía se encargó de despedirla de los presentes.

Ella formó una reverencia colectiva y se marchó a su recámara.

Al cabo del desayuno, los tres se dirigían a los establos en busca de sus monturas. El Conde no expresó palabras en todo el desayuno y de camino al establo, solamente hablaba con Jordano. Cuando le trajeron el caballo de Pamela, el Conde muy caballerosamente la ayudó a subir a su yegua, y cuando puso su mano en la cintura de Pamela, ese simple toque la hizo estremecer.

Ella con mucha destreza subió al animal, para poder librarse de la mano del Conde.

Cabalgaron los tres a pasos lento, hasta que salieron de los alrededores de la residencia del Baronet, a un pastizal de gran tamaño, fue cuando Jordano señaló:

—Prosigan ustedes, les alcanzaré en un instante, debo entregar algo al mozo de cuadrillas.

El Conde respondió:

—Cabalgaremos a paso lento, para que usted se pueda reunir con nosotros a la menor brevedad.

El señor Jordano asintió, con la cabeza y se marchó a toda velocidad con su caballo.

Pamela y el Conde se quedaron callados, y cabalgando con lentitud, entonces el Conde preguntó:

—¿Como ha estado?

—Muy bien, gracias Mi Lord.

Se formó una vez más el silencio, hasta que el Conde expresó:

—En estos dos años he deseado ir a Durham.

—¿Conoce usted personas allá?

—Sí, en verdad el Vizconde de Laughton es muy amigo mío.

—No lo sabía, Mi Lord.

El Conde continuó cabalgando a pasos lentos, y mirando de reojos a la dama, expresó:

—Pero no deseaba ir a visitarlo a él, deseaba ir a verla a usted.

—¿A mí, Mi Lord? —. Pamela deseaba que se escuchara como una pregunta, pero el asombro al escuchar las palabras del Conde la delataron, a la sazón, fue que escuchó:

—En verdad no encontré ninguna excusa creíble para visitarla a usted a Durham, ya que mi buen amigo Roger estos últimos años se la ha pasado viajando.

—Sin más se presentaba y expresaba que iba a visitar a unas amigas, creo que eso hubiese sido adecuado.

La voz de la dama se escuchó como un reproche, así que él simplemente señaló:

—Usted tiene toda la razón.

Se volvió a formar otro mutismo y una vez más el Conde indicó:

—Señorita Lucas usted anoche expresó que la señorita Bowell era mi prometida, pero permítame discrepar con sus palabras, pues anoche no deseaba ser poco caballeroso con usted o con la dama, pero la señorita Bowell es simplemente una amiga.

—Disculpe usted si con el comentario le ofendí, pero cómo llegaron a mis oídos que la dama era su prometida, especuló que aún lo era.

—La dama en verdad fue mi prometida, pero ya hace mucho tiempo de ello, y aunque en ese tiempo creí estar enamorado de ella, al pasar el tiempo, descubrí que nuestro rompimiento fue lo mejor que nos ha pasado a los dos, y como dice Sir. Lifford sólo Dios conoce nuestro futuro.

—Eso quiere decir que usted ya no le interesa la dama.

—Si usted lo pone de esa manera sí, además, se que ella y Jordano poseen una relación oculta, no sé el porqué no la desean hacer pública, y

tampoco entiendo porqué la dama desde ayer se está aproximando a mi persona.

—Pero usted sabe todo eso y aun así permite que la dama lo trate como un escudo para sus planes.

El Conde la miró asombrado, por la forma directa que ella se expresó, en aquel momento, la señorita Pamela de inmediato explicó:

—Lo siento, no debí hablarle de esa forma, es que estar tanto tiempo en compañía de Sophia hasta razono y hablo como ella.

—No se disculpe, usted posee toda la razón, creo que no me he comportado como debería hacerlo, en estas circunstancias.

En ese instante Pamela giró el rostro hacia atrás y al darse cuenta que el Señor Jordano no le seguía expresó:

—Creo que debemos regresar, ya que nuestro acompañante no creo que nos alcance.

—Creo que él no vendrá.

—No acudirá, pero ¿por qué?

—Eso quisiera saber, pues esta semana pasada, todas las mañanas salimos a cabalgar y él desde que dejamos atrás la residencia de su padre, él se desaparece.

—¿Usted no siente curiosidad?

—No, en verdad.

—Pues como dice Sophia, debemos ver bien el camino, antes de correr a ciegas, así que si mañana él vuelve hacer lo mismo, me encargaré de saber hacia dónde se dirige.

—¿Usted haría eso?

—Desde luego, no deseo que nos ponga a nosotros como sus cómplices, sin nosotros saber lo que el caballero está haciendo a nuestras espaldas.

—Es usted muy audaz.

—No lo creo Mi Lord, me considero una buena alumna de mi maestra Lady Sophia Headfott.

—Jajaja! Sí mi buen amigo, el Duque de Thornwell en una ocasión me comentó que la nieta del Marqués, era una dama peculiar, pero ahora que usted comienza a relucir algunas de sus cualidades, creo que mi buen amigo poseía toda la razón.

—Y eso que de seguro el Duque no conoce las cualidades más asombrosas de mi amiga.

—Y creo que sería mejor que no la conociera, ya que el Duque es un

caballero que exige mucho de las damas de la nobleza.

—En tal caso, creo que su amigo no ha conocido a Sophia, pues ella puede ser tan refinada como la Reina, o tan obstinada como una yegua.

El Conde la miró incrédulo, por las palabras que ella pronunciaba, en aquel tiempo, las palabras de él la desconcertaron cuando expresó:

—Y usted, siempre puede ser como una Reina.

Pamela lo miró y observó en aquellos ojos azules intensos, un brillo sin igual que la invitaba a que se hundiera en ellos, cuando se recuperó indicó:

—Creo que debemos retornar.

Y sin más, giró su yegua y con pasos más rápido se devolvió por el sendero que llevaba a la residencia del Baronet.

El Conde la siguió y en su semblante se podía ver, la satisfacción.

Pamela sonreía de complacencia, al saber que el Conde no sentía nada por la hermosa dama que en tiempos atrás había sido su delirio, como había escuchado de los cotilleos de la alta sociedad.

Llegaron a las caballerizas, él se desmontó a toda prisa para ayudarla a desmontar, él extendió su mano y ella la asió, un escalofrío la recorrió de pie a cabeza, y el Conde la tomó por la cintura y la hizo descender de su montura, como si fuera una muñequita. Ella apoyó sus dos manos en el hombro del caballero y cuando descendía sus miradas se encontraron, en ese instante sintió desfallecer, que toda la resistencia cayeron, ya que se decía, que no sentía nada por aquel caballero, se desplomaron de un golpe al suelo y deseó retornar de nuevo a su pasivo Durham antes de volver a pasar nuevamente todas las noches soñando con él, y añorando encontrarlo en cualquier parte.

En aquel instante, ella rompió la magia:

—Creo que debe soltarse Mi Lord.

El Conde un poco turbado expresó:

—Desde luego, disculpe, usted.

Los dos dieron sus monturas al mozo de la caballeriza y retornaron a la residencia en silencio.

Cuando estaba casi en la puerta de la residencia del Baronet, el Conde le expresó con voz tenue:

—Señorita Lucas me marcho de Hexham mañana al amanecer.

La espalda de la joven dama se tensó más y en ese instante caviló que esa era su despedida y por ende no lo volvería a ver.

—En tal caso Mi Lord, espero que tenga usted un excelente viaje.

—Gracias señorita Lucas.

El Conde se despidió de ella esa mañana y después no volvió a saber de él, ya que esa tarde se marchó con el hijo y el Baronet al pueblo.

El Conde esa noche no retornó, sino que según las palabras del Señor Rowling, él decidió pasar la noche allí, pues deseaba saludar a un viejo conocido.

Después de la partida del Conde, Pamela se sentía abrumada en Hexham, ya que su tía cada vez que la señorita Howell aparecía por sus dominios, las dos damas se enfrascaban en una fría disputa, aunque el Baronet y su hijo disfrutaba de aquella rivalidad, a ella no le agradaba, así que cuando cumplió un mes en la residencia del Baronet, decidió retornar a Durham.

— Pero querida es muy pronto para que se marche.

— Tía es que como usted comprenderá, me hace falta Sophia, al mismo tiempo, madre debe estar muy sola, ya que Mía retornará pronto de Irlanda, como decía en sus cartas.

— Está bien querida, se que deseará estar con su hermana, posteriormente de tantos años de su ausencia, eso lo puede entender, pero lo que no comprendo es ese apego hacia Lady Sophia, ella es hija de Aristócrata y de seguro su abuelo le estará concertando una nupcias, si no él, de seguro su tío lo hará. Eso quiere decir, que pronto se marchará y la dejará a usted sola, y más ahora, que retorna su hermana Mía con casi veintitrés años y soltera. Su madre tendrá doble dolor de cabeza con dos solteras, así que debe usted hacer todo lo posible por salir de Durham y conocer nuevos caballeros.

La señorita Pamela escuchó los comentarios de su tía, y se dio cuenta que esta estaba muy distinta en cuanto a su forma de ser, primero se estaba comportando de manera poco cristiana con la señorita Howell y segundo, estaba dejándose llevar por sus puntos de vista personales, sin tener en cuenta que debía vivir de forma diferente. Ya que profesaba ser hija de Dios, pero todo eso quedó en la mente de la joven, y no lo expresó con palabras.

Fue así, que el día de su despedida, la señorita Pamela pidió en silencio a Dios, que afianza la fe de su tía Gertrudis de forma tal, que el Baronet y su hijo vieran la diferencia en ella, y de esa forma los dos caballeros pudieran reconciliarse con Dios a través de Jesús.

El carruaje comenzaba a entrar en Headfott House cuando Pamela observó que ya todas las plantas se abrían en todo su esplendor, y que el jardín de la mansión, estaba cubierto por hermosas flores. Suspiró, pensando que

solo faltaba un mes para la temporada de Londres, y que de seguro el Conde se había marchado de Hexham, para participar de esa temporada, y que ahora que era libre de la admiración de la hermosa joven americana, él podría fácilmente encontrar una dama que la convirtiera en su Condesa.

La señorita Pamela estaba tan perdida en sus cavilaciones, que no se percató que el carruaje dobló el sendero y que casi estaban enfrente de la residencia donde vivía su madre y que además la esperaba Sophia.

Cuando el carruaje se detuvo, y al escuchar la algarabía de su amiga, fue que volvió a la realidad.

La puerta del carruaje se abrió y el lacayo la ayudó a bajar, Pamela sonrió al ver a Sophia con un ramo de flores recién cortada en la mano:

—Madre, Sophia que bueno es verlas.

Las tres se unieron en un abrazo, fue Sophia que expresó:

—Pamela nos hizo mucha falta.

—No más que ustedes a mí.

La señora Lucas, señaló con voz alegre:

—Entremos, pues deseo que me platiques, cómo está Gertrudis.

Las tres entraron a la pequeña residencia, que estaba localizada a poca distancia de la mansión del Marqués, ya que después de fallecer el padre de Pamela, y que esté fuera por mucho tiempo el párroco de ese pueblo, el Marqués decidió que la señora Lucas y sus hijas se trasladaron a la residencia de huéspedes, como le llamaban a esa edificación, pero que nunca se utilizaba para tal, pues el Marqués había remodelado la mansión, construyó una sala más grande y elegante para sus aposentos, y remodeló las recámaras de huéspedes, así mismo, envió a las hijas de la señora Lucas a estudiar a buenos internados, por esa razón, su hermana Mía la mayor de las dos, se había ido a trabajar como institutriz de Francés, a Irlanda, pero solo sería por dos años y ese tiempo había terminado, así que la joven retornaría una vez más a Durham.

Fue la señorita Lucas que expresa:

—Pasado mañana llegará Mía a Durham.

—¿De verdad?

—Sí, gracias a Dios que el Vizconde se ha ofrecido, en realidad el Marqués le impuso a su hijo para que pase por el muelle para que recoja a Mía, y también aun amigo suyo que pasará una temporada en Durham.

—Eso quiere decir, que no tendremos que viajar a buscarla.

—No, aunque tío Roger no estuvo muy de acuerdo en pasar a buscar a

Mía, al final accedió, pues unos amigos suyos traerán una cuartillas de caballeros de mucha valía a Durham, para entrenarlos.

—Lo que quiere decir que el Vizconde viajaba a Escocia por los caballos y no por una esposa.

—Eso parece, pero el más dolido por la noticia ha sido el abuelo, quien estaba esperando de que su hijo lo atraparan.

—Bueno, creo que el Marqués no contó que su hijo atrapó por una señorita de cuatro patas.

Las tres sonrieron por el comentario de la señora Lucas, fue Sophia que expresó cuando se calmaron:

—Parece que los caballeros que vendrán a ver los caballos son muy importantes, pues la mansión está de cabeza.

—Eso quiere decir, que esos caballeros no asistirán a esta temporada.

—Tal vez son caballeros enlazados —. Explicó la señora Lucas, con un hilo de desilusión.

—Al parecer que lo son, pues uno de ellos se hospedará en la cabaña del Jardín, pues según escuché hablar a mi tío él posee hasta su propio cocinero.

—Eso quiere decir que es muy acaudalado.

—Debe de serlo, pues un solo ejemplar de esos caballos cuesta decientas mil libras, que es una fortuna.

Las dos damas Lucas abrieron los ojos del asombro, en ese instante Sophia expresó:

—Y cuéntanos Pamela, como le fue en Hexham.

—Muy bien disfruté mucho con tía Gertrudis, si la vieras, parece toda una Baronesa, e incluso el hijo del Baronet la llama madre.

—¿Qué?

—Sí Madre, el caballero petulante, que vino a visitar a tía con su padre, ahora la llama de ese modo.

—¿Qué habrá hecho Gertrudis para ganarse al caballero?

Pamela se quedó un instante cavilando en la pregunta de su madre, hasta que Sophia inquirió:

—¿Se tratan bien entonces?

—Sí, como una familia.

La señorita Pamela no le expresó, sobre la gran rivalidad de su tía con la dama americana, tampoco les comentó que había visto al Conde de Stewart y mucho menos que la dama era la misma que el Conde había amado con locura, deseaba decírselo a Sophia, pero se dijo que no alimentaría algo en su ser y

expresándose a Sophia lo único que ganaría sería que su amiga sintiera conmiseración por ella, por esa razón, se quedó, con el instante que pasó en compañía del caballero, pues sabía que no lo volvería a ver, y eso le dolía.

Capítulo III

El Vizconde esperaba ansioso, la llegada de la señorita Lucas, dentro del carruaje, ya que la había enviado a buscar, con uno de los lacayos, y cada momento que transcurría, deseaba haberse echado hacia atrás, cuando su padre le había pedido, que pasara a buscar a la joven, pues él tenía mejores cosas que hacer, que ser de dama de compañía de una dama, además a esa hora, ya los caballos de seguro que estarían de camino hacia Durham, mientras él, esperaba en el muelle.

Se removió inquieto en el asiento, y al sacar su reloj de bolsillo del chaleco, se impacientó, salió del carruaje y como era tan alto no necesitó el peldaño para descender, sino que salió con gran facilidad, caminó incómodo y mal humorado hacia el muelle y al ver que todas las personas se habían marchado, se preguntó dónde estaría su lacayo, fue que lo vio:

—Mi Lord no he encontrado a ninguna dama con las características que me dio, y ya todos se han marchado, únicamente queda aquella dama que está parada con el girasol.

—Esa dama no puede ser la hija de la señora Lucas, pues de seguro debe llevar el pelo rubio como su madre y su hermana y esa dama posee la cabellera más oscura.

—Pero Mi Lord es la única dama que no la han venido a buscar.

—Esta bien, me voy a aproximar a ella, puede volver a su puesto.

—Si Mi Lord.

El Vizconde con más desdén, que deseo, se aproximó a la dama, está al girarse hacia él, se quedó hipnotizado, pues la dama poseía una exuberante belleza, además, le estaba sonriendo de la manera más dulce y angelical que había visto en su vida, él, cuando llegó a su lado la dama expresó:

—Mi Lord que sorpresa encontrarlo a usted aquí.

El Vizconde se extrañó que la dama lo reconociera, pero él no había visto a la belleza que estaba delante de él en toda su vida, pues de lo contrario la habría reconocido:

—Disculpe usted, pero nos conocemos.

La dama se asombró de que el Vizconde no la reconociera:

—Mi Lord, no sabe quién soy.

El Vizconde una vez más buscó el rostro de las damas que había conocido, pero aquel bello rostro no le era conocido, así que con convicción expresó:

—Le diré hermosa dama que si nos hubiésemos conocido, su rostro nunca se me había olvidado, pues posee usted una belleza sin igual, y le señalaré que nunca me he olvidado de un hermoso rostro.

La joven se ruborizó de pie a cabeza, eso le indicó al Vizconde que la joven era casta y que era de buena familia, así que se dijo que debía cuidar su vocabulario en frente de ella.

Al darse cuenta que el Vizconde no la había reconocido, articuló turbada:

—Milord soy la hija del fallecido señor Lucas.

El Vizconde abrió la boca, y la volvió a cerrar al darse cuenta que la bella dama de pelo color miel era la joven que había ido a buscar al muelle.

—¡Usted es Miosoly Lucas!

—Sí milord.

—Pero si era una jovencita cuando le vi por última vez.

—Mi Lord eso hace casi diez años, ya en verdad, soy un poco pasada de edad para considerarme como tal.

El Vizconde aún asombrado por el hermoso cambio de la hija del difunto párroco, le extendió el brazo de forma automática, ella muy elegantemente lo asió, y caminó con el caballero con toda majestuosidad, cuando llegaron al carruaje, le expresó a los lacayos que fueran por el equipaje de la dama, mientras, él la ayudaba a subir al carruaje, en ese momento se le olvidó al Vizconde los caballos, sus amigos, y hasta que esa noche la pasaría solo con la joven dama en una posada, cosa que recordó, cuando el carruaje se detuvo al frente de esta:

—Oh no señorita Lucas, usted no puede hospedarse en una posada sin dama de compañía.

—Mi Lord ya no soy una jovencita, ya poseo veintitrés años, además, he hecho un viaje sola desde Irlanda.

—Lo sé, señorita Lucas, pero aquí las normas no han cambiado, si la registro como la señorita Lucas sin una dama de compañía, estaremos en apuros, ya que si encuentra usted a alguien que la conoce, esa sola persona podría echar abajo su reputación.

—Entonces milord que usted considera adecuado.

—Creo que aunque sería una mentira diremos que es usted mi esposa.

—Pero Milord, eso sería más grave, si encontrara usted a alguien que lo

conociera, podría especular que ya usted contrajo nupcias, o aun peor, si llegara al oído de su esposa.

—No hay una esposa, y para evitar que nos vean juntos entraré primero, haré los arreglos para dos recámaras y luego la enviaré a buscar.

La señorita Miosoly Lucas no estaba de acuerdo con el plan del Vizconde, pues sabía que era mentira, y si algo salía mal, estaría en un gran problema.

El Vizconde entró a la posada, después de hacer los arreglos adecuados, envió a colocar el carruaje en la parte trasera y cuando los lacayos lo hicieron, él abrió la puerta del carruaje y ayudó a la señorita Lucas a descender:

—Señorita Lucas he conseguido las dos recámara de ese pasillo, así no tendremos que pasar por dentro de la posada.

La joven asintió con la cabeza, tomó el codo que le ofreció el Vizconde y subieron las escaleras traseras, que eran usadas por la servidumbre, cuando llegaron al pasillo de la posada, caminaron una distancia prudente y el Vizconde le extendió una llave:

—Esta es su llave, entre en su recámara y no salga, he enviado a que le preparen un baño y se le enviará una bandeja en el momento de la cena.

La señorita Miosoly Lucas asintió con la cabeza, y simplemente expresó:

—Gracias.

Ella introdujo su llave, después de entrar, formó una reverencia al caballero y cerró la puerta,

el Vizconde la miraba atentamente, a continuación él caminó animado a su recámara y se dijo, que gracias a su padre había conocido a la dama más bella que sus ojos habían visto.

El Vizconde tomó un baño, y inmediatamente de cenar, deseaba saber cómo estaba la joven Lucas, y caviló quien le diría que aquella niña pálida de pelo más oscuro y revuelto, con la cara con muchas pecas, se convertiría en tan hermosa criatura, haciendo que se le olvidará a él los caballos, cosa que ninguna dama hasta ahora, había logrado.

Caminó de un lado a otro de la habitación, buscando una excusa para tocar a la puerta de ella, y no la encontró, así que resignado comenzó a caminar a la puerta para llamar a su ayudas de cámaras, cuando sonrió, caminó

hacia el pasillo y tocó a la puerta de la joven, él escuchó pasos suaves por el piso de madera y escuchó la voz de ella decir:

—¿Quién?

—El Vizconde, señorita Lucas.

Ella esperó un rato para abrir y al hacerlo la vio ataviada con su ropa de cama y su pelo color miel que le caía en cascada por su espalda, y asombrada le preguntó

—¿Ocurre algo Mi Lord?

El hipnotizado una vez más por la dama, a secas expresó:

—Sí, es que —. Le volvió el habla a su labios y la cordura a su mente —, deseaba saber si necesitaba algo.

—No, milord todo bien, gracias.

—En tal caso, buenas noches.

—Buenas Noches.

La señorita Lucas, cerró de inmediato la puerta, y fue en ese momento que se dio cuenta que estaba en camisón, y que el Vizconde la había visto, ella aturdida por pensar que algo ocurría se le había olvidado su vestimenta y se sonrojó al extremo, caminó avergonzada la estancia, subió a la cama y se arrojó pasmada por lo ocurrido.

El Vizconde durmió poco por la visión que había registrado su mente con la señorita Lucas en camisón de dormir y su pelo suelto, que lo hizo dormirse en la madrugada, no había dormido nada, cuando su ayudas de cámaras lo despertó, él revoloteó en la cama, como no deseando salir, pero al recordar a la dama, salió de un salto.

En el camino a Durham, el Vizconde no encontraba de que hablar con la joven, y además esta era muy callada, para comenzar con ella una conversación, él preguntó:

—¿Qué hacía usted en Irlanda?

—Enseñaba Francés, al hijo de una familia.

—Es decir que es usted institutriz.

—Así es, en estos dos últimos años me desempeñé como una, pero en verdad viaje a Irlanda para transcribir un manuscrito de Francés a Inglés, pero el caballero que contrató mis servicios decidió mejor que enseñara a su hijo el idioma.

—¿Eso quiere decir que no era un niño?

—No, era un caballero.

Al escuchar que era un caballero el alumno de la dama, sintió un poco de celos, y sin pensarlo dos veces expresó:

—Eso quiere decir que en estos dos años, estuvo usted al merced de un caballero.

La señorita Lucas se sonrojó, por el comentario atrevido del Vizconde, así que expresó:

—No milord, no estuve en ningún momento expuesta al merced de un caballero, pues aunque el hijo era de edad adulta, las clases siempre fueron dadas al junto de sus dos hermanas y su madre, pues en Irlanda no se da clases particulares a una sola persona, aunque se le contrate supuestamente para una persona en particular.

—No comprendo, señorita Lucas.

—Es muy sencillo milord, me contrataron para que mi atención fuera en que el hijo aprendiera el Francés, no las damas, ellas podían acudir como oyentes, pero no era mi responsabilidad, más, para mi gran sorpresas, las damas aprendieron más que el caballero.

El Vizconde sonrió para él, pues si ella fuera su institutriz de cualquier cosa, de seguro no aprendería nada, así que inquirió:

—Entonces, usted no estuvo expuesta a caballeros.

—En verdad no milord, en Irlanda hay un fuerte respeto por las damas y más cuando son de diferentes clases sociales.

—¿De verdad?

—Sí, por ejemplo, esto de que un noble viaja con la hija de un párroco en el mismo carruaje, sería inadmisibile, e incluso no podríamos hablar con tanta naturalidad como lo hacemos ahora.

El Vizconde caviló para sí, que para la nobleza Inglesa era lo mismo, pero para su padre como para él, esa distinción no era justa, pues por nacer en hogares humilde no hacia a un sujeto más personas que otras, como decía su padre, para Dios todos somos iguales.

El carruaje transitó la entrada de la mansión y para el Vizconde fue el viaje más rápido que había hecho desde el muelle a Durham, pues llegaron tan rápido que él no deseaba que el carruaje se detuviera, pero así ocurrió, y para que los demás no vieran la cortesía, como trataba a la señorita Lucas le expresó:

—Disculpe que la deje llegar sola a su residencia, pero me aguardan

unos caballeros en el establo.

—No se disculpe usted milord, y gracias por todo.

Él sonrió a la joven dama, de manera jovial y franca, como hacía mucho tiempo que hasta se había olvidado de hacerlo, formó una reverencia y salió del carruaje, al hacerlo levantó un poco el sombrero a manera de despedida, y él mismo cerró la puerta sin dejarla de ver a los ojos, a continuación les expresó los cocheros:

—Lleven a la señorita Lucas a la residencia de huéspedes, y desmonten sus baúles y pertenencias.

—Sí, Mi Lord.

El Vizconde se quedó estático hasta que el carruaje dio la vuelta a la mansión, con destino a la residencia de huéspedes, y se quedó allí hasta que escuchó una voz conocida:

—Roger, pensé que le había ocurrido algo.

El Vizconde se giró y al ver a su amigo, fue que se recordó que esa mañana debería haber pasado por él, a la residencia de la familia Wertherfierl.

—Natha, en verdad me olvidé por completo.

—¿Usted olvidarse de un asunto? ¡imposible!

El Vizconde al recordar a la señorita que hacía un instante estaba a su lado, se dijo que esa dama poseía la llave de que él no únicamente se olvidara de sus responsabilidades, sino también de sus amigos.

—¿Cómo llegó?

—La familia Wertherfierl al ver que ya pasaba de las doce y al notar mi impaciencia, enviaron por un carruaje de alquiler.

—Oh Natha, disculpe, es que he estado muy ocupado, pero le fue bien con la familia.

—Sí, en verdad acordamos un buen precio por las tierras, pero no dejarán tan pronto la residencia, así que necesito un lugar para quedarme.

—Usted no tiene que decirlo, aquí se puede quedar todo el tiempo que guste.

—Gracias amigo, pero se que espera algunos caballeros para los hermosos pura sangre que están en los establos.

Fue en ese instante que el Vizconde se recordó de los caballos y exclamó:

—¡Los caballos!

El Vizconde salió a toda prisa hacia los establos, seguido de su amigo.

La señorita Miosoly Lucas al llegar a la entrada de la residencia de huéspedes, la esperaba su madre, su hermana Pamela y Sophia, la nieta del Marqués.

Al finalizar los saludos, su madre que señaló:

—Hizo el viaje en un carruaje sola.

—No madre, el Vizconde me acompañó.

—Pero el Vizconde si es poco caballero, mire que dejarla que llegara sola, sin ni siquiera escoltarla hacia el frente de su madre.

La señorita Mía sintió el deseo de defender al Vizconde:

—Es que el caballero estaba muy ocupado.

—Ocupado, disculpe usted Sophia, pero su tío nunca será un caballero con las damas, para él los caballos poseen más valor.

—Así es señora Lucas, por esa razón, abuelo dice que nunca una dama pondrá sus ojos en él.

—Pues con razón, me extrañaría si en el trayecto miró a Mia, o entablara una conversación, me imagino querida hija que debe estar agotada por viajar en tan deplorable compañía.

La señorita Miosoly escuchó las palabras de su madre y se dijo, que tal vez las damas presentes no conocían al Vizconde, ya que se comportó con ella como todo un caballero, pero no deseaba hacer quedar mal a su madre, así que decidió mejor escucharla en silencio.

**

Esa noche a la mansión Headfott, llegaron dos caballeros más a parte del Conde de Stewart, estos fueron presentados al Marqués, pues eran caballeros Escoceses que estaban vinculados al entrenamiento de caballos de pura sangre, estos fueron alojados en la mansión, al igual que el Conde.

Esa misma noche había llegado la servidumbre del caballero que se alojaría en la cabaña del bosque, y como todos estaban cansados por el viaje, decidieron cenar en sus respectivas recámaras.

Esa noche sólo cenaron en la mesa, el Marqués y su nieta:

—Abuelo ¿Llegaron los invitados de tío Roger?

—Sí cariño, tres caballeros están alojados en la mansión, y el otro que llegará pasado mañana, se aloja en la cabaña del jardín.

—¿Por qué el caballero no se aloja en la mansión?

—Ya sabes cómo son esos nobles de mucho rango, se creen tan

importantes que no desean rose con personas común y corriente.

—Pero abuelo, es usted un Marqués.

—Sí un Marqués que se ha retirado en estas tierras y no desea saber cómo se comportan las personas que creen que la riqueza y las posesiones, son lo más importante en sus vidas, sin darse cuenta, que pueden perder lo más apreciado de todo, que es su alma.

—Hablando de eso abuelo, cavila usted que la señoritas Lucas pueden continuar cenando con nosotros, como hasta ahora han hecho, ahora que ha retornado tío Roger y sus amigo.

El anciano sonrió a su nieta y con una expresión de satisfacción indicó:

—Sophia aun soy el Marqués y si hoy las señoritas Lucas no nos acompañan, es porque usted me explicó que ellas deseaban compartir en familia, y no deseo cambiar la costumbre, hasta que me envié a buscar mi señor, en aquel tiempo, será Roger quien ponga las normas.

—¿Qué normas padre?

En ese momento, entraba el hijo del Marqués al salón de comedor, tomó asiento en su lugar, después de saludar a su sobrina.

—Le explicaba a Sophia que desde que las señoritas Lucas viven en la residencia de huéspedes, ellas han participado todas las noches en nuestra mesa, así que las normas no se cambiaran, a causa de tener invitados.

El Vizconde se alegró, al saber que por lo menos disfrutaría de la compañía de la señorita Lucas, por las noches, así que expresó con su acostumbrado desdén:

—Por mi parte no hay inconveniente padre, por otro lado, el Duque llegará a la cabaña del Jardín el fin de semana, pues envió una nota explicando que se retrasa unos días.

Sophia entendió porque la mansión estaba de cabeza y el porque también había remodelado la cabaña del Jardín, pues el visitante importante que esperaban no era cualquier noble, sino un Duque, fue cuando escuchó a su abuelo decirle a su tío:

—No hubo inconveniente en el viaje.

—No padre —. El Vizconde habló con normalidad y a la vez un poco dejado, como era su carácter, para no denotar su inquietud por el viaje.

—Y la señorita Lucas llegó bien.

—Creo que sí padre, en verdad estaba muy ocupado con los caballos, para tener otra cosa en mi mente que no esa faena.

El Marqués hizo una mueca a su nieta, al darse cuenta que su hijo no

había dado importancia a la joven Lucas.

Los tres dieron gracias a Dios por los alimentos, y posteriormente de cenar el Vizconde se despidió, alegando que debía ir a las caballerizas, pero en realidad caminó en sentido contrario, a la residencia de huéspedes y desde allí observó la residencia de las damas Lucas, sabía que la recámara primera era la de la madre, y que la siguiente debía ser la de una de las hijas, pues recordó cuando las damas se recién mudaron, que él poseía unas cuantas cosas en la recámara principal y el día que las damas se trasladaron allí, él pidió permiso para sacarlas, en ese momento, fue que la señora Lucas le informó, que ella se alojaría en esa habitación, en ese momento vio que en la última recámara se iluminaba y aunque no vio a la dama, su corazón le hizo saber que esa era su recámara, se quedó un instante contemplando la luz, después que se volvió a quedar en penumbra, él caminó hacia la mansión.

La señorita Pamela Lucas estaba acostumbrada a usar los caballos del Marqués, con toda normalidad, así que esa mañana se despertó temprano, y como acostumbraba, fue a las caballerizas y el mozo le ensilló un caballo.

Ella se marchó, para dar su paseo acostumbrado, por los alrededores del lago, cuando llegó se desmontó con suma dificultad, pues le era muy difícil desmontar a un caballo tan alto, en ese momento se recordó cuando el Conde la ayudó y una vez más, se le erizaron los vellos del cuello, y con melancolía sonrió, fue cuando escuchó una voz por detrás de ella tan familiar, pues siempre retumbaba en su mente:

—Buenos días señorita Lucas.

Pamela creyó que era fruto de su imaginación, así que se giró tan lentamente que pensó que estaba soñando, cuando vio la figura de un caballero sentado aún en su caballo, pero como estaba frente al nacimiento del sol, no distinguió su rostro, él se desmontó de su corcel con agilidad, al descender y oler su aroma, supo que no era un sueño, sino que el Conde estaba en aquel lugar.

—Mi Lord, que sorpresa —. Ella formó una reverencia y él de inmediato se la devolvió, en seguida, amarró su caballo en un árbol y le extendió la mano para tomar las riendas del de ella, pero la dama expresó:

—Pierda cuidado Mi Lord, no hace falta que tome mí rienda, ya que no voy a permanecer mucho tiempo.

—Como usted desee señorita Lucas.

La joven se sintió desilusionada, pues caviló que el Conde insistiría en que ella lo acompañara, pero él simplemente, aceptó sus palabras, en aquel instante, ella preguntó:

—¿Se hospeda usted por estos lares?

—Sí, me quedaré unos días en la residencia de un amigo, ya que he adquirido unos terrenos al lado del puente que une al lago a esta propiedad.

—Oh usted le a comprado los terrenos a la familia Wertherfierl.

—Sí.

El Conde no dijo más, ni Pamela deseó indagar más, lo que si la noticia la llenó de alegría, pues lo iba a ver más a menudo.

La joven caminó hacia su caballo, en seguida de despedirse, el Conde de inmediato, la ayudó a ascender y el simple toque de las manos de él, le producía una corriente que transitaba todo su cuerpo.

El caballero después de ayudarla la despidió con un leve movimiento de su sombrero.

La señorita Pamela estaba feliz por haber encontrado al Conde tan cerca de ella, y porque él había comprado esas propiedades, pues eso quería decir que ella le importaba, pero esa tarde todas sus ilusiones fueron rotas, cuando su amiga Sophia, le informó a la hora del té:

—Un amigo de tío Roger, compró las tierras de los Wertherfierl, para hacer una caballeriza, para así dedicar esas tierras a los caballos de pura sangre, y cuando este no esté, dejará un administrador que se encargará de los equinos.

—Pero esas tierras son muy fértiles, además su hermano posee más propiedades.

—Sí señora Lucas, como tengo entendido por esa razón la compró, pues es muy buena para el pasto, así mismo, tengo entendido que las tierras del Conde colindan con las tierras del Duque de Thornwell.

—Eso quiere decir que un Duque y un Conde viven próximo, y además que tendremos otro caballeros en los alrededores, de la nobleza.

—Así es, también he acudido para informarles que abuelo desea que continúen compartiendo nuestra mesa.

—Pero Sophia, ustedes tienen invitados.

—Abuelo dice que con más razón, ya que su presencia permitirá que no sea la única dama presente, así que mi querida amiga, usted me ayudará con ese compromiso.

Fue la señora Lucas que expresó contenta:

—Pues no se diga más Sophia, nosotras compartiremos la mesa con ustedes, como siempre lo hemos hecho, aunque ahora está con nosotras Mía.

—Abuelo está feliz de que seamos cuatro damas, pues estaremos completas, ya que ha invitado a la señorita Clifford para que esté ella con nosotras, ya que desea que la mesa este florida.

—¡Que bueno!

—¿Cuántos caballeros son? —. Preguntó la señora Lucas, intrigada.

—Como tengo entendido, son dos Escocés hijo de un Laid, y dos amigo de mi hermano, y un Duque pero su excelencia, no retornará hasta el fin de semana, aunque ese caballero creo que no debemos contarle, ya que no participará de las cenas.

—¿No participa?

—No señora Lucas, según he escuchado es muy solitario y no le gusta la compañía femenina a su lado, tal vez ya está enlazado y solo desea estar con los caballos.

—Sí, eso he escuchado, que los caballeros de mucho poder y fortuna, son un poco excéntricos.

—Y diga usted Mía ¿Cómo le fue por Irlanda? —. Preguntó Sophia para cambiar el tema.

—Muy bien Lady Sophia, aunque extrañaba mis tierras.

—Mía cuántas veces he de decirle, que me puede llamar Sophia, como su madre y hermana, aunque usted se marchó hace algunos años, con las constantes cartas que Pamela me leía, creo que estamos unidas de toda la vida.

—En ese caso señorita Sophia, creo que haré el esfuerzo.

—Bueno ya me bajo a señorita, espero que pronto me llame Sophia a secas.

Las tres damas sonrieron, pues Lady Sophia era en verdad diferente a todas las damas de la nobleza, fue así que las damas se despidieron.

En el salón del comedor, se reunieron los caballeros para la cena, Sophia había sido presentada a los dos caballeros Escocés, uno era el capitán William Swinton, el otro un General, el hijo del Lord Canciller de Escocia, George Elphinstone y al Conde de Stewart, este se recordó de ella de la temporada en Londres, y de inmediato fueron afines, ya que Sophia se recapitula que a su amiga Pamela, el caballero le había interesado, y se dijo,

que ella se llevaría una gran sorpresa, al ver, que él formaba parte, de los amigos de su tío.

Cuando las damas Lucas entraron al salón, Sophia esperó la cara de asombro de su amiga, al ver al Conde, pero ella lo saludó muy calmadamente, como si a cada momento se encontraran, lo extraño fue que desde que las damas entraron, su tío Roger fue a saludarlas, y de igual forma los Escoceses.

Todos formaron pareja, la señorita Miosoly de inmediato fue escoltada por su tío Roger, mientras, el capitán tomaba la mano de Pamela y Lord George Elphinstone a la señora Lucas, en ese instante hizo su entrada la señorita Clifford y su abuelo muy discretamente, tomó a la señora Lucas y dejó que el General Escocés escoltara a la recién llegada, en tanto, el Conde le extendió el brazo a Sophia, está lo tomó un poco incómoda, pues lo que deseaba era que su amiga Pamela fuera la acompañante de él.

Cuando se disponía a sentarse, en sus respectivos lugares, Sophia deseo intercambiar lugar con su amiga, pero para su sorpresa, ella estaba muy sumergida en la conversación con el capitán Escocés.

Al tomar asiento el Marqués, a la cabeza de la mesa expresó:

—Demos gracias a Dios por los alimentos —. Todos se inclinaron y el caballero expresó —. Gracias Dios por los frutos y provisiones que nos provee este día, gracias por la compañía de esta bella juventud, que usted guíe sus pasos para que sus pies no tropiecen, en Jesús las gracias.

Todos disfrutaron de la deliciosa cena, y la conversación de la mesa, era el tema principal los caballos, las demás damas no participaron, en tanto la joven Sophia, era una de las más ferviente expositora:

—Creo que los caballos de pura sangre no hay que tratarlos diferentes, después no se pueden entrenar como es debido —. Explicó la joven en una de sus intervenciones, fue escuchada muy atentamente por los caballero y fue el General que preguntó:

—¿En que se fundamenta su afirmación Lady Headfott?

—A que los caballos de pura sangre que poseen la familia Wertherfierl, son más perezosos que los que entrena mi tío Roger, ya que ellos lo tratan como si fueran de la realeza, en cambio, los que poseemos nosotros, se le ha dado el mismo trato que a los normales, claro está, a diferencia de la equitación.

Todos los presentes observaron a la joven, fue el Marqués que con

sabiduría expresó:

—Mi nieta siempre ha estado interesada en los animales, y como mi hijo es muy aficionado a los caballos, ella ha tomado tiempo para indagar sobre el tema, aunque es una dama, no quita que le guste el entrenamiento de los caballos, pues está rodeada de caballeros con esa afinidad.

Los caballeros presentes entendieron a la joven dama, por las palabras del Marqués.

Lady Sophia comprendió, que no fue buena idea formar parte de la conversación de los caballeros, aun que ella poseía mucho conocimiento del tema, ya que ellos no la vieron como aficionada, sino como una intrusa.

Fue el Conde que a su lado expresó:

—La equitación de un caballo de pura sangre, es más rigurosa que el de un caballo normal, según he comprendido por sus palabras.

Sophia sonrió al Conde, pues él deseaba continuar con la conversación con ella:

—Si Mi Lord, sin lugar a dudas, ya que el caballo pura sangre es una raza creada en Inglaterra, son cruzados entre caballos árabes, antiguos caballos de guerra ingleses y caballos de silla, de ahí lo estilizado de su cuerpo y su gran alzada. Son caballos de estructura ósea grande pero fina, de músculos finos pero fuertes, esto le da sus características de resistencia y velocidad, lo que da como resultado caballos ideales para las carreras y por eso son utilizados en lo que saben hacer mejor: correr.

El Conde la miró asombrado por sus palabras, en aquel instante, ella le preguntó:

—¿Usted conoce mucho del tema?

El Conde bajó sus hombros, en señal de que la pregunta lo había tomado por sorpresa, entonces expresó:

—En verdad no mucho, a decir verdad, nada.

En aquel tiempo fue inevitable la segunda pregunta:

—¿Por qué compró las tierras de la familia Wertherfierl?

El caballero en ese momento se sintió descubierto por aquella joven, con mirada vivaz y forma abierta y franca, tenía dos opciones o decirle la verdad o eludir la pregunta, en aquel momento opto por decirle más ella, indicó:

—Si desea Mi Lord no responder, está en todo su derecho.

—¿Por qué dice eso?

—Porque está usted cavilando mucho.

El Conde hizo una mueca de risa y a la razón apuntó:

—La compré pues tenía una razón más poderosa que los caballos —. Y al decir las últimas palabras, su vista voló hacia su amiga Pamela, en seguida la miró a ella y se quedó un poco taciturno.

El Conde creyó que todo quedaría ahí, pero para su asombro, la dama se aproximó más a él y en voz baja expresó:

—Comprando tierra no la conquistará.

El Conde al escuchar a la joven se atragantó con el vino, ella sonrió entre dientes y apuntó a continuación:

—Debe hacerle ver sus sentimientos.

Esta vez el Conde carraspeó con gran frenesí por las palabras de la sobrina de su amigo, fue entonces que el Marqués averiguó:

—¿Se encuentra bien Lord Stewart?

El Conde al levantar el rostro, estaba ruborizado por la franqueza de la dama que le hacía compañía, a secas respondió:

—Sí, gracias.

Sophia estaba a su lado como si nada hubiese pasado, en aquel instante él expresó:

—Creo Lady Headfott que hay impresiones que una dama no debe exteriorizar.

—¿Por qué? Si no le advierto, usted continuará con su actitud distante y arrogante, y mi amiga nunca se dará cuenta de su interés por ella, y habrá otros caballeros que le ganaran la carrera.

El Conde no tomó las palabras de la dama como un insulto, sino que con disimulo echó un vistazo a la señorita Pamela Lucas por el rabillo del ojo y entendió las palabras de su amiga, ya que el capitán estaba muy decidido a que la dama centrara toda su atención en él, inmediatamente descendió la vista al poste que estaba en el frente y en cuanto se repuso, expresó:

—No sé que debo hacer.

Esta vez, la sorprendida fue Sophia al escuchar que el Conde le pedía consejos a ella, en aquel momento, ella sin otra cosa que decir indicó:

—Haga lo que desea hacer desde que la conoció en Londres.

El Conde asintió, ulteriormente no hubo más conversación entre los dos.

Al finalizar la cena, los caballeros se despidieron a la biblioteca,

mientras, las damas se quedaron en el salón conversando, al retornar los caballeros, para la sorpresa de Pamela el Conde de inmediato vino a su lado:

—Puedo acompañarla señorita Lucas.

Ella un poco turbada asintió con la cabeza, pues no esperaba que eso sucediera, creía que podía continuar hablando con cualquier otro caballero del salón, que no fuera él, pues el Conde la perturbaba demasiado y eso hacía que se sintiera incómoda, ya que estaba segura que el caballero no poseía ningún interés hacia su persona.

Las palabras del Conde la sacaron de sus cavilaciones, cuando de sus labios salió:

—Desea tomar un poco de aire.

La señorita Pamela más turbada aún, asintió y él muy galantemente, le extendió el brazo, y con disimulo salieron a la terraza, ya que las puertas no estaban abiertas.

—Es una noche muy hermosa.

—Si lo es Mi Lord.

Caminaron un poco más, pero no muchos pasos, y fue en ese instante que el Conde dijo:

—Su amiga me dijo que debía hacer lo que había deseado desde Londres.

—¿Para que Mi Lord?

—Para llamar su atención, señorita Lucas.

—¿Mi atención?

—Sí...

Al los dos mirarse, todo lo que los rodeaba desapareció y sintieron que les faltaba el aire.

La señorita Pamela se sintió abrumada por lo que estaba sintiendo, así que avergonzada bajó el rostro.

El Conde con suma delicadeza, puso su mano en la barbilla de ella e hizo que ella volviera a levantar el rostro, después colocó su mano sobre la mejilla y la acarició con el pulgar lentamente, y descendió apenas el rostro, acercándose lentamente a sus labios.

Los enormes ojos azules de Pamela lo miraban inquietos, divididos entre el asombro, ella vibraba de emoción cuando sintió primero el aliento del Conde cerca de su cara y luego sus labios que se posaban encima de los de ella, en ese instante todo desapareció, y el Conde con avidez reprimida, abrió apenas la boca y abarcó su labios, como tantas veces había deseado hacer, y

aunque se le fuera todo en ello, esa vez la besaría como desde Londres deseó hacerlo, y pasó su mano por su cintura y la atrajo a él.

La señorita Pamela sentía que le faltaban las piernas, así que pasó sus manos por el cuello del Conde y se aferró a él.

El Marqués estaba un poco inquieto por ver como la hija menor de la señora Lucas salía a la terraza, sigilosamente en los brazos de uno de los amigos de su hijo, así que cuando el mayordomo llegó para escoltar a las doncellas con el té el dijo:

—Falta aire en el salón, señor Lituano ponga de par en par las puertas que dan a la terraza.

El mayordomo obedeció al Marqués y al hacerlo, todos los presentes fueron testigo del apasionado beso que el Conde y la señorita Lucas se estaban dando, todos se quedaron sorprendidos de lo que estaban presenciando, pero los enamorados estaban tan absortos en su pasión, que no se dieron cuenta que tenían compañía, fue Sophia que aun asombrada expresó:

—Creo que ya está más fría la estancia.

Y corrió a cerrar las puertas, pero la voz de su abuelo la dejó pasmada:

—Lord Stewart ¿Qué está ocurriendo?

En ese momento fue que el Conde y Pamela se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, él muy galante se puso al frente de ella, como queriéndola proteger de lo que vendría, en aquel instante el Conde dijo con voz entrecortada.

—Le explicaré —. Tomó aire y después de recomponerse dijo —. Estaba haciendo lo que deseaba hacer desde que conocí a la señorita Lucas en Londres.

La exclamación de asombro de todos, fue al unísono, pero al final, una carcajada hizo que los presentes desviaron la vista del Conde hacia Sophia, que decía entre risas:

—¡Así es que se conquista!

El Marqués como todos los demás, miraron a la joven dama con censura, entonces, el Conde fue a su ayuda:

—Como verá Marqués, desde que la señorita Lucas debutó en Londres, no la he podido apartar de mi mente, y mi corazón le pertenece desde esa época, y ha sido la dama la causa de que comprara las tierras y no los caballos.

El asombro aumentó en el rostro de los amigos del Conde, en especial en el del hijo del Marqués, y aún más en el rostro de la señora Lucas y su hija Mía, más, la que sonreía a todo aquello era Lady Sophia que en verdad disfrutaba de lo que estaba ocurriendo.

—Lo que está usted afirmando Lord Stewart, es que usted está interesado en la señorita Lucas.

—Interesado no sería la palabra adecuada Marqués, estoy dispuesto a pedir el permiso para cortejar a la dama.

La madre de la señorita Lucas asombrada, abrió la boca, por lo que escuchaba.

—En tal caso Lord Stewart nosotros debemos tener una conversación a solas, ya que soy el caballero encargado de las damas Lucas.

—En tal caso Marqués, será un placer hablar a solas con usted.

El Conde se puso a un lado, para mirar de frente a la señorita Pamela Lucas, ella estaba aún ruborizada por todo aquello, él muy caballerosamente, le tomó la mano de ella, que estaban templando de los nervios, depositó un beso en estos, y le expresó con ternura:

—Todo saldrá bien, claro está si usted así lo desea.

La señorita Pamela le sonrió con el rostro encantador, y los ojos brillantes como dos faros, entonces, el Conde tomó más fuerza, la escoltó hasta donde estaba Sophia su amiga, acto seguido se marchó de la estancia, junto al Marqués.

Mientras los demás caballeros se despidieron alegando que estaban muy cansados por el día, y el tío de Sophia de igual forma se despidió, saludando de forma más lejana a la señorita Miosoly Lucas.

Cuando un tiempo después, el Marqués envió por Pamela y su madre, la señora Lucas miraba aun asombrada a su hija menor, y cuando entraron en el despacho del Marqués, él señaló:

—Señorita Lucas el Conde de Stewart a pedido su mano en maridaje.

La señorita Pamela miró asombrada al caballero, él de inmediato se puso de rodillas y se lo pidió de manera más romántica:

—Señorita Pamela Lucas, he esperado todo este tiempo en las sombras, aguardando un solo motivo para aproximarse a usted y cuando me despedí de usted en Hexham cavilé que no la volvería a contemplar, y cuando mi amigo

Roger me expuso lo de la tierras y los caballos esa fue la excusa perfecta para volverla a verla y le diré señorita, que no deseo tener más excusas para tenerla junto a mí, sino el afecto profundo que tengo hacia usted, y desearía saber si mi afecto es correspondido.

La señorita Pamela parpadea nerviosa, al escuchar las palabras del caballero, entonces, se quedó sin palabras al escuchar su declaración:

—Hija Pamela, responda al Conde —. Dijo la señora Lucas al ver que su hija se había quedado muda, a la sazón ella dijo:

—Sí Milord, sus sentimientos son correspondidos.

El Conde se puso de pie y enfrente del Marqués y la señora Lucas, estampó un beso en los labios a la señorita Pamela, en aquel tiempo el Marqués expresó:

—Creo mi buen amigo, que usted necesitará una licencia especial.

El Conde se apartó de inmediato de ella, y la joven estaba tan roja que parecía que iba a estallar.

Esa noche, el Conde pidió la mano de la señorita Pamela en maridaje y ella con gusto aceptó, y el Marqués y la señora Lucas dieron su consentimiento.

Tres días después, estaba Sophia dando un paseo a caballo por las inmediaciones del pueblo, al junto del General, los acompañaban su amiga Pamela y su prometido, pero estos estaban tan absortos en ellos, que se quedaron rezagados.

Cuando de pronto, unos carruajes se aproximaban a ellos, y el caballo de Sophia se espantó, ella con toda destreza lo controló, para sorpresa del caballero Escocés que la acompañaba, pero el caballo de ella se colocó junto al camino y uno de los carruajes se detuvo, Sophia se quedó mirando la ventanilla de este, pues el caballero que asomó su rostro le era familiar, un lacayo abrió la puerta y al descender el caballero, confirmó lo que le había pasado por su mente, al frente de ella estaba el Duque:

—Lady Sophia Headfott.

—Su excelencia —. Ella desde donde estaba, inclinó la cabeza, él se le quedó mirando, entonces, el caballero con la voz profunda, señaló:

—Su tío la deja salir sola por estos lugares.

Ella con cara de suficiencia, indicó:

—No su excelencia, me acompaña el General.

En ese instante, el Duque giró para encontrarse con el caballero que estaba muy erguido encima de su caballo, fue la joven que expresó:

— Su excelencia, permítame presentarle a Lord George Elphinstone.

El Duque descendió un poco la cabeza y su reverencia fue imperceptible, en cambio el General de inmediato desmontó, formó una reverencia y expresó en voz fuerte:

—Es un honor conocerlo, por fin, personalmente su excelencia, ya que nuestro amigo en común Lord Roger Laughton nos ha hablado mucho de usted.

El Duque con su forma característica, a secas miró al caballero con cortesía, y apuntó:

—Sé que tenemos una afinidad en común.

—Sí, los caballos son una muy grande afinidad.

El Duque se quedó un instante, mirando de reojo a la dama que estaba encima de su caballo, en aquel momento expresó:

—Ya que usted está en buena compañía Lady Sophia Headfott, continuaré mi camino.

El Duque formó una imperceptible reverencia colectiva y subió a su carruaje, este prosiguió la marcha, mientras, Sophia con la mirada dura lo vio marchar.

Fue el General que comentó:

—Al parecer su excelencia no le agradó verla a usted en compañía.

Lady Sophia no entendió lo que el caballero deseaba decirle, más bien lo tomó como que era una falta de las normas de estar sin carabina:

—Su excelencia es muy estricto en cuanto a normas se refiere, es de esos caballeros que cavilan que las damas, somos adornos, que exclusivamente somos usadas para de decorar estancias.

El General no expresó palabras, pues en esos momentos se le unieron el Conde y su prometida, de retorno a la mansión, las damas se despidieron de los caballeros, y de camino a la residencia de huéspedes, Sophia le dijo a su amiga:

—Sabes pamele, en el camino al pueblo nos encontramos con el Duque.

—¿Cuál Duque?

—El Duque de Thornwell.

—Oh, su Duque.

Sophia se puso roja de la rabia al escuchar como su amiga se había expresado.

—Pamela ese caballero no es mi Duque.

La joven dama se encogió de hombros, al escuchar la voz de su amiga con aquella ira:

—Disculpen mis palabras Sophia, es que el caballero se comporta con usted diferente.

—Únicamente lo vimos una vez en su fiesta y porque él por coincidencia me sacara a bailar, no quiere decir que sea mi Duque.

—Sí usted posee toda la razón, es verdad, disculpe una vez más.

Pero Sophia estaba molesta y no únicamente porque su amiga le dijera eso, sino que aquel caballero impertinente, se había comportado como si fuera su padre o tutor y eso la molestó en gran manera, fueron las palabras de su amiga que las sacaron de sus cavilaciones.

—Entonces Sophia, usted no se recuerda que también el Duque nos ayudó cuando nos quedamos en el camino y nos hospedó por tres días en su villa.

Lady Sophia se ruborizó al acordarse aquel evento y recordó también, cómo en aquella ocasión le había hablado al caballero, así que indicó:

—Discúlpeme usted Pamela, es que ese caballero tan formal, me saca de mis casillas.

Su amiga la advirtió de reojo y cambió de conversación:

—Sophia estoy un poco preocupada, el Conde desea que lo acompañe a sus tierras a conocer a su madre y hermanas.

—¿Tiene más familia?

—Sí, su madre y tres hermanas, dos enlazada y una que pronto debutará en sociedad.

—Eso quiere decir, que él no es el mayor.

—No hay dos hermanas mayores que él, y después su hermana Carthie.

—Wau Pamela, usted tendrá una gran familia a su lado.

—Sí, Natha desea que madre y Mía se marchen a vivir con nosotros.

—Pero y las tierras que compró a la familia Wertherfierl.

—Dice que se las pasará a su amigo, que desde el principio fue él quien la iba a adquirir.

La conversación quedó allí, pues en ese instante entró la señora Lucas, y tomó asiento junto a ellas.

Esa noche las damas, estaban más tranquilas, ya que los caballeros esa noche no cenarían en la mansión, así que disfrutaron la cena más

pacíficamente, después el Marqué se retiró a sus aposentos, dejando a las damas completamente solas, aprovecharon e hicieron planes de la inminente boda de Pamela y la visita de ella y su madre a conocer la familia del Conde, y posteriormente se despidieron.

**

La semana circuló muy rápido, los novios disfrutando cada momento a solas, en lo referente al Vizconde, posteriormente de lo sucedido entre el Conde y la señorita Pamela Lucas, el caballero no volvió a aproximarse a la otra señorita Miosoly Lucas, eso hizo que el capitán Escocés tuviera el camino libre, más él, contemplaba a la muchacha desde lejos.

La noche después que la señora Lucas y su amiga Pamela salieran con destino a Essex para conocer la familia de su prometido, Sophia se aproximó a su tío y le expresó:

—Tío Roger, me he preguntado muchas veces si Escocia es tan fría como dicen.

—Bueno Sophia es mucho más fría que Durham, porque le intriga Escocia.

Ella se quedó un instante pensativa, en seguida, expresó mirando a la señorita Lucas que estaba al lado del Capitán Escocés:

—Es que a Mía no le agrada dejar estas tierras.

Su tío de inmediato giró el rostro hacia la joven dama y acto seguido preguntó con voz ronca:

—¿Por qué debería dejar la señorita Lucas estas tierras?

—Porque al parecer, el Capitán está interesado en ella —. Sophia de inmediato vio como su tío miraba de nuevo a la pareja, y una mirada de desilusión pasó por sus ojos, a la sazón ella continuó —. El capitán le envió unas flores silvestre con una doncella, esta mañana.

Su tío continuó observando la pareja sin parpadear, en aquel momento Sophia continuó:

—Tal vez unos de estos días el Capitán le exprese sus afecciones.

En ese momento, su tío la miró fijamente y a Sophia casi se le cae la cara, al cavilar que él había desenmascarado su plan, pero él sin más indicó:

—Esa no son suposiciones que debe hacer una dama Sophia, se que al ser su tío usted posee la confianza, más, debe recordar, que es usted una dama y debe mantener su postura siempre, no importando quien sea el caballero.

Sophia aliviada de que su tío no la hubiese descubierto, comentó con voz

tenue:

—Si tío, lo tendré siempre presente.

En seguida de un momento su tío salió de la estancia, despidiéndose de los presentes y retirándose.

Sophia se dijo, que hablarle de las pretensiones del Capitán hacia la señorita Miosoly, no hicieron ningún cambio positivo en la forma de su tío Roger, más bien, se había comportado más distante que nunca y entre más pasaban los días, más rehuía la compañía de la dama.

Capítulo IV

Esa mañana, amaneció un poco nublado, pero eso no detuvo a Sophia para hacer una cabalgata por los alrededores de las tierras, que había sido adquiridas por unos de los amigos de su tío, ella estaba intrigada, ya que estaban siendo preparadas, para ser como una especie de hipódromo para los caballos que ellos habían obtenido, aunque no sabía quien era ahora el dueño, pues su amiga Pamela le informó que su prometido la había traspasado a uno de sus amigos, y no era a su tío, ya que él había gastado una enorme suma en la compra de los caballos.

Sophia contemplaba el pasto y los enormes arbusto que se cernían en cada lado de las tierras, formando como una muralla, y se dijo que el que adquirió esas tierras, había comprado oro.

En ese instante, una voz conocida le expresó:

—Usted no aprenderá a llevar compañía Lady Sophia Headfott.

Sophia giró su caballo, para encontrarse al Duque, montado en un hermoso semental de color negro:

—Y usted su excelencia, no aprenderá a cuidar de su persona y dejar a las damas que cuide de ella misma.

—No creo que una dama pueda cuidar de sí misma.

—Claro que usted no lo cree, ya que usted aún vive en el tiempo de la regencia.

—Tal vez ese sea mi época, pero tendré que hablar con su tío para que le ponga un poco de disciplina.

—Ja, a usted lo que le molesta, es ver que una dama puede hacer lo que desea, sin la custodia de guardianes.

—Si ese es su criterio, se lo respeto, pero es inaudito que una dama salga sola por los pasillos de una residencia, y encontrarse con un caballero en su despacho a solas, únicamente por el hecho de tener curiosidad, posteriormente la encontré en los caminos del pueblo, acompañada de un caballero sin carabina, cosa que podría poner en juego su reputación, y en estos momentos, está usted tan alejada de las tierras de su familia, que cualquier cosa le podría pasar y ellos no se darían por aludidos hasta mucho tiempo después.

Las palabras del Duque la sacaron de sus casillas, así que Sophia expresó sin pensar mucho:

—Usted su excelencia, está muy informado de mis pasos, pues le diré que en su villa fue un simple accidente encontrarlo a usted en ese despacho, si lo hubiese sabido prefería haber quedado encerrada en mi recámara los tres días que estuvimos allí, segundo no estaba sola cabalgando con el General, nos acompañaban la señorita Lucas y su prometido, y hoy estoy cabalgando sola, pues cavile que ningún caballero moroso, con cara de puritano, estuviera por estos caminos, y se lo diré claro para que lo comprenda, siempre he cabalgado por estas tierras, y ni sus palabras, ni sus normas, me harán cambiar de hábito, pues me gustan estas tierras y disfrutaré de ellas, hasta que el dueño me envíe a sacar.

El Duque la miró un instante, primero sin ninguna expresión, después con un cinismo reflejado muy claramente en su rostro, pero después, se puso serio, levantó un poco su sombrero en forma de despedida y sin pronunciar palabras, comenzó a cabalgar.

Sophia se quedó un poco desconcertada, pues deseaba que él continuara la discusión, pero el caballero, sin ningún tipo de educación se alejó, en aquel momento indicó en voz alta:

—Él que se jacta de buenas costumbres y educación se marchó con pocas de las dos.

Sophia después del encuentro con el Duque cada mañana cabalgaba por ese sendero, esperanzada de volverlo a ver, pero se decía, que solo lo hacía para probarle al Duque, que no cambiaría su forma, por el único hecho que él se lo dijera, fue así, que cada día, se dirigía hacia las tierras, que una vez fueron propiedad de la familia Wertherfierl, pero no volvió a ver al Duque.

Lady Sophia y la señorita Miosoly estaban muy inquietas, cuando esa mañana estaban en la biblioteca leyendo en un rincón, escucharon la voz del Capitán Escocés que decía:

—Roger no crea que lo que le voy a confesar es por poco caballerosidad de mi persona, pero creo que es lo más correcto que se debe hacer en estos casos.

—¿Qué ocurre William?

—Como sabrá, mis sentimientos hacia la señorita Lucas son profundos, cada noche es con ella con quien sueño, es con su rostro que me despierto, su compañía es como si estuviera en un paraíso en el cual no deseo retornar, pero

quien está en los pensamientos y en el corazón de la dama es otro caballero.

Sophia se llevó la mano a la boca, para no dejar escapar un sonido de asombro, pues, no deseaba que las descubrieran, mientras que su amiga se ponía roja de la vergüenza.

Se formó un silencio, a continuación se escuchó la voz de Roger decir:

—William se que sus sentimientos son nobles hacia la dama, tal vez si usted...

Y no escucharon más, pues los caballeros entraron en el despacho del Marqués y cerraron la puerta.

En ese momento Sophia miró a Mia y ella estaba con el rostro compungido, pues no había que ser adivino para completar lo que su tío le había dicho al Capitán, que si él insistía o tal vez si el capitán fuera más paciente, la dama lo vería con otros ojos, al parecer la joven también completó la oración, pues aunque se veía que poseía control de sus emociones, ella caminó muy erguida hacia el pasillo, subió las escaleras que daban a su recámara, ya que ella se estaba hospedando en la mansión, mientras su madre y hermana visitaban la familia del Conde.

Sophia en ese instante, al ver ascender a Mia a su recámara, se arrepintió de haberle pedido a la señora Lucas que la dejara, para que le hiciera compañía, cavilando que tal vez de esa forma su tío se volviera a aproximar a la dama, como lo había hecho cuando ellos llegaron del muelle, pero al parecer, todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues por más que hacia para que ellos se juntan, menos resultados obtenía.

En ese instante pasaba su abuelo por su lado y al ver a su nieta ensimismada, mirando hacia las escaleras preguntó:

—¿Está bien Sophia?

Ella volvió a la realidad, al escuchar la voz de su abuelo, así que apuntó:

—Sí abuelo, lo que ocurre es que no comprendo muy bien algunas cosas.

—Si desea, puede hacerme las preguntas, hace mucho que no conversamos.

Lady Sophia le sonrió y se dijo que tal vez su abuelo, como caballero sabio, podía darles una respuesta a sus interrogantes, claro está, sin referir los nombres de los implicados.

Caminó junto a él, con pasos más lento, pues ya su abuelo no era el

caballero fuerte y vivaz que desde niña admiró:

—Abuelo ¿Cómo ha sido su vida?

El caballero ladeó la cabeza para mirar a su nieta, pero no respondió hasta que entraron en el despacho de él, tomó asiento en su cómoda butaca, en tanto, ella de igual forma lo imitaba, en aquel momento, él comentó:

—Cada quien individualmente posee la respuesta a su pregunta Sophia, mi vida fue y es distinta a la de mi hijo Roger y también a la de su padre, de igual manera, su vida es diferente, por esa razón no podría responder a su pregunta tan generalizada, lo que sí puedo decirle es que mi vida fue completada por aquel que posee la forma de mi carencia.

—Abuelo siempre lo he escuchado decir esas palabras e incluso muchas veces la he repetido a otros —. Se conmemoró cuando se la había expresado al Duque —, si le soy sincera abuelo, no la comprendo, ya que en algunos momentos que me siento vacía.

El Marqués se quedó un instante contemplando a su nieta y se dijo, que ya ella estaba sintiendo la soledad, y había llegado el momento de hablarle con claridad:

—Sophia hija, es normal que a su edad se sienta de esa manera, pero solamente usted puede explicar el porque se siente sola.

Su nieta lo miró, acto seguido, bajó la vista a sus manos las cual él las tenía entrelazadas encima de su escritorio, de próximo ella con la mirada envalentonada, le explicó:

—Creo abuelo que es porque Pamela está de viaje.

—¿Usted cree que es por eso?

La joven se quedó un instante pensativa y en seguida de morderse el labio inferior con el superior, por fin admitió:

—Supongo que es porque su nupcias con el Conde es en pocas semanas.

—Muy bien Sophia, es un buen paso, pues usted debe analizarse a sí misma y conocer de dónde provienen esas emociones, y deseo que formule una oración completa ahora, de cómo se siente usted.

—Bueno abuelo, me siento sola, ya que mi amiga de toda la vida va ha formar una vida nueva y no formaré parte de ella.

—Creo que es muy buena oración Sophia, pero su sentir es por algo más, no únicamente por la señorita Lucas, hay más cosas que están conspirando en su entorno para que se sienta de esa manera.

Sophia analizó las palabras de su abuelo por un breve tiempo, recordó lo que hacía pocos minutos había escuchado al otro lado de esas puertas, y como

su amiga Mía estaba desolada, de igual forma, se daba cuenta que ella no era tan afortunada, como sus amigas las señoritas Lucas, pues ella no contaba con la admiración de ningún caballero, pues aunque el General la acompañaba a diferentes partes, el corazón del caballero había sido capturado por la señorita Clifford, cosa que ella no envidiaba, al contrario, daba gracias a Dios que así fuera, pues no poseía ningún afecto hacia el caballero, en aquel momento, le llegó a sus pensamientos el Duque y esa visión de su cabeza hizo que levantara la vista y vio a su abuelo observándola en silencio:

—Lo siento abuelo.

—No hija está bien, lo que usted estaba haciendo es lo más correcto, estaba analizando sus cavilaciones, y creo que aunque no muy claramente, por lo menos, creo que ha encontrado una simple respuesta a sus interrogantes, y deseo que con simplicidad la comparta.

—Abuelo creo que mi soledad se debe a que las cosas últimamente no me han salido como la he planeado.

Su abuelo le sonrió y con rapidez, tomó un libro negro que estaba en la mesa y le expresó:

—Se recuerda usted del profeta Elías.

—No mucho, abuelo.

—Pues le narraré con palabras simples, para que las puedas entender: Al morir Salomón, hubo otros reyes. Uno de ellos se llamaba Ajab. No era bueno, porque no quería a Dios y les hablaba a las estatuas de animales como si fueran dioses. El pueblo de Israel empezó a hacer lo mismo que su rey y rompió la Alianza o pacto que tenía con Dios. Dios le mandó al profeta Elías, que les dijo: «Por romper vuestra amistad con Dios, no lloverá, ni roció, sino por mi palabra». Entonces hubo una gran sequía.

—Entonces, abuelo no llovió.

—No llovió Sophia por tres años y seis meses.

—¿Y que hizo el Rey?

—En ese momento, el rey Ajab quería matar al profeta Elías. Dios le dijo a Elías: «Escóndete cerca del río Jordán. Yo encargaré a los cuervos que te alimenten». Los cuervos le llevaban a Elías pan por la mañana y carne por la tarde. Y bebía agua del río. Pasaron más tiempo con sequía.

—Abuelo pero eso haría que los árboles se secaran.

—Sí, la tierra ya estaba árida, entonces Elías fue a ver al rey Ajab y a todo el pueblo israelita, y les dijo: «Los dioses que adoráis son falsos. Mi Dios es el verdadero y para probarlo vamos a hacer dos altares. Uno lo

pondré yo, con un toro como regalo a Dios. Otro Ajab, con un animal a vuestro dios Baal. Cada uno pedirá que caiga fuego del cielo». Pasaba el día y los seguidores de Baal imploraron a su dios sin que pasara nada. Por la tarde, Elías clamó a Dios diciendo: «Dios mío, escúchame para que sepan que Tú eres el único y verdadero Dios». E inmediatamente cayó fuego sobre el altar.

—Wau abuelo, eso debió de ser impresionante.

—Sí lo fue, pero más impresionante es saber que Dios siempre cuidó de Elías, cuando arreciaba el hambre y la sed en Israel a causa de la sequía, Elías, que tipifica el remanente fiel de Dios, estaba bajo la protección de Dios, siendo provisto sobrenaturalmente por Él de forma sorprendente.

Sophia escuchaba atentamente las palabras de su abuelo:

—En los momentos más difíciles, Dios nos asegura en Su Palabra que nunca nos abandonará a nuestra suerte, dice el Libro Sagrado en Salmo 121: 5-8; << Jehová es tu guardador; Jehová es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche. Jehová te guardará de todo mal; El guardará tu alma. Jehová guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre>>

—La vida no siempre es apacible y fácil, los tiempos cambian y las personas de nuestro alrededor pero hay uno que permanece firme y que nos ama con verdadera pasión y ese es Dios, simplemente tienes que pedirle por medio de la sangre de Jesús que limpie tus pecados hija, y que su espíritu Santo more en usted, para que seas sellada y apartada para él, solo así ese vacío de tu alma se llenará, y aunque vengan prueba, dolor, angustia o soledad sentirás que no estas sola, sino que él está a tu lado, Así como Elías fue guardado por Dios, durante el tiempo de sequía, así Dios cuidará de ti.

La joven Dama, se quedó un instante en silencio y todas sus preguntas se le disiparon, pues aprendió que si Dios moraba en ella, Él se encargaría de sus inquietudes, sólo tendría que depositarla en sus manos.

Esa mañana Sophia dejó que Jesús entrara a su vida, y que el Espíritu Santo morará en su ser, reconciliándose por medio de la Sangre de Cristo con Dios padre.

Después de ese momento con su abuelo, ella decidió que ya no se inmiscuiría en la vida de los demás, sino que se los pondría en las manos de Dios.

**

Esa noche en la cena, estaba la señorita Clifford, Sophia y Mía en un lado del salón del comedor, esperando a que los caballeros se les aproximaron para escoltarlas a la mesa, ya que estaban a un lado del salón, al mismo tiempo, esperaban la llegada del Marqués.

Lady Sophia miraba de reojos el rostro de Mía que se le veía un poco retraído y taciturno, pero gracias a Dios que ella no había decidido permanecer en su recámara.

Unos pasos se escucharon por el pasillo, Sophia consideraba que era su abuelo, pero para su gran sorpresa, advirtió entrar al Duque de Thornwell, como siempre, impresionantemente vestido de negro, con su porte de gran señor, que hacía que los demás caballeros se vieran como su súbditos.

El Duque de inmediato, se aproximó a los caballeros presentes y fue la señorita Clifford que expresó:

—Oh, ese es el Duque que compró las tierras.

—¿Qué tierras?

—Las tierras de la Familia Wertherfierl.

Sophia parpadeó incrédula, y se quedó sin aliento, cuando su amiga continuó:

—Según se comenta entre la servidumbre, las tierras son para los caballos, pero la residencia la ocupa una dama, que según las palabras de mi doncellas, él no desea que socialice con nadie.

Fue la señorita Mía que preguntó:

—¿Por qué no desea que socialice la dama?

La señorita Clifford parpadeó rápidamente a la pregunta de su amiga, acto seguido se sonrojó y con voz bien suave expresó:

—Lo que tengo entendido, es que la dama no es familia del Duque, ya que este está solo en el mundo.

Esta vez fue Sophia que no pudo aguantar la curiosidad:

—¿Entonces?

La señorita Clifford la miró asombrada, en aquel instante señaló aún más bajo:

—Según la doncella, la dama en cuestión, está vinculada al caballero de forma emocional, pero no están enlazados.

Las dos damas al escuchar lo que decía su amiga, abrieron y cerraron la boca, a la señorita Mía se le pasó pronto el asombro, en tanto que a Sophia se le clavó la información, como una espinita en su corazón, y no se le disipó en

toda la cena.

El Duque la miraba de reojos, pues estaba sentada junto al Capitán, el caballero compartía con ella amenamente, mientras el General hablaba con la señorita Lucas, el Vizconde se aproximó a la señorita Clifford, y el Marqués al ver que el Duque estaba en un lado del salón se le aproximó:

—Tengo entendido que su excelencia no comparte con las personas, sino es usted que abre la conversación.

El caballero le hizo una forma de sonrisa, pero no totalmente, en aquel tiempo expresó:

—Creo que para la nobleza es bueno poseer un escudo.

—Ya comprendo, así solo las personas de su agrado son capaces de aproximarse, sin ser rechazados.

—Es usted un caballero muy astuto.

—La astucia mi buen joven, si me permite decirlo, se obtiene con los años, más la sabiduría es exclusivamente es uno quien la otorga.

—No entiendo su punto Lord Laughton.

—Muy fácil su excelencia, que deseo ser catalogado como un caballero sabio, en vez de uno astuto.

—Lo que usted desea es que le diga que es usted un caballero sabio.

—Jjajajaja. Se podría decir que sí, ya que cada día procuro aprender y pedirle al dador de la sabiduría que me la otorgue, pues lo tengo a mi lado.

El Duque miró escéptico al anciano Marqués, pero no preguntó quién era el que le daba sabiduría, pues era evidente que era lo que deseaba que él preguntara.

El Marqués no cedió por vencido tan fácil y expresó:

—Me informó mi hijo que fue usted quien compró en verdad, las tierras adyacentes.

—Sí, el Conde de Stewart me las traspasó.

—Que bueno, eso quiere decir que lo tendremos más a menudo por estos lares.

El Duque no le respondió con palabras, sino que asintió con la cabeza, haciendo de esa forma que terminara la conversación, el Marqués agotado de tratar de compartir con el caballero, expresó antes de marcharse de su lado:

—Que tenga una feliz noche.

El Duque echo un vistazo al anciano, pues este poseía el mismo espíritu indomable de su nieta, y lo vio alejarse hasta donde estaba ella, compartiendo

con el capitán, y caballero se unió a ellos con tal facilidad, acto seguido los veía a los tres sonreír, pero de vez en cuando, la dama giraba el rostro para mirar donde estaba él, eso le agradó sobre manera, pero la joven al encontrarse con su mirada, no volvió su vista más.

La señorita Miosoly estaba compartiendo con el General, pero este solamente hablaba lo necesario con ella, pues las atenciones del caballero estaban puestas sobre su amiga la señorita Clifford, que en esos instantes estaba a solas.

Ella muy audazmente expresó:

—General puede acompañarme hacerle compañía a Betsy.

El rostro del caballero se le iluminó, y cuando se aproximaron, ella percibió que su amiga de igual forma estaba deslumbrada por su acompañante, así que después de un tiempo prudente, ella indicó:

—Si me disculpan, voy en busca de un té.

El General muy caballerosamente se ofreció, pero ella declinó el ofrecimiento.

La señorita Mía salió del salón y con mucha calma caminó por el pasillo hacia la cocina, ella habría podido decírselo al mayordomo que estaba erguido al salir del salón, que se lo trajera, pero prefirió alejarse un instante.

Cuando retornaba con la taza de té, se encontró de frente con el Vizconde, él la observaba con una mirada avasalladora, pero la señorita Miosoly no deseaba más humillación, así que pasó por su lado, únicamente haciéndole una reverencia con la cabeza.

La decepción del Vizconde fue grande, cuando la dama a la que pretendía abordar en el pasillo, sin más formó una reverencia imperceptible con la cabeza, y pasó por su lado, a la sazón, él con voz fuerte indicó:

—Señorita Luca, deseo hablar con usted.

La dama se paró en seco y dándole la espalda señaló:

—Creo mi Lord que no es apropiado hablar con un caballero a solas.

Diciendo aquellas palabras, continuó su camino, él deseó detenerla, pero cuando lo intentó ya era demasiado tarde, ella estaba entrando al salón verde.

Las manos le temblaban a Miosoly, pues no esperaba que el Vizconde deseaba hablarle, pues caviló para sí, que tal vez el caballero, deseaba reprocharle por los sentimientos que invernan en su corazón hacia él, o tal vez, lo que deseaba era persuadirla para que aceptara las galanterías de su amigo.

Al ingresar escuchó la voz gentil del capitán:

—Señorita Lucas está usted muy apartada.

Ella le sonrió por cortesía:

—Es que no deseo importunar a los presentes.

—No creo señorita Lucas que su presencia pueda importunar a nadie, e incluso me atrevería a especular que por el contrario, su presencia sería de gran regocijo para nosotros.

La señorita Miosoly una vez más, le sonrió al caballero, pero esta vez de forma sincera, pues agradeció los sentimientos que albergaba hacia su persona, aunque ellos no fuesen correspondidos.

El Vizconde estaba en el marco de la puerta, parado observando muy detenidamente a la señorita Miosoly Lucas y a su amigo el General, él le decía cosas que hacía que la dama sonriera, la primera vez fue más que una sonrisa un gesto, pero la segunda en verdad fue una encantadora sonrisa, una muy genuina y sincera, cosa que hizo que por primera vez en su vida, sintiera celos, cosa que nunca había experimentado, ni por su difunto hermano, que él era testigo de que este era el preferido por sus padres, siempre le molestó un poco, pero eso que sentía en esos momentos, lo instaba a pararse en el frente a la dama, y reprocharle delante de todos, por su rechazo hacia su persona, mientras disfrutaba de la compañía de su amigo, si así podía llamar en esos momentos a William, en aquel tiempo, un pensamiento encenegó su vida, al cavilar que tal vez la dama se había cansado de sus continuos rechazos y había decidido corresponder a las atenciones del General, sin querer, apretó los puños, pues lo que estaba experimentando le decía que debía romper algo.

El Marqués observó cómo su hijo estaba embelesado mirando a la señorita Lucas y su acompañante, de manera tal, que todo lo demás fue irrelevante para él, pasado un instante, él sin más, salió de la estancia, sin despedirse de nadie, de una manera abrupta.

El Anciano muy tranquilamente salió sigilosamente, sin que de los presentes lo notaran y caminó hacia la recámara de su hijo, él no estaba allí, así que suspiró, pues donde estaría Roger en esos momentos, al salir lo encontró:

—Padre deseaba verme —. El caballero se sorprendió al ver al anciano salir de sus aposentos.

—Roger hijo se ve usted muy cansado.

—Es que los caballos ocupan mucha energía.

—Sí, lo sé hijo.

El Marqués y su hijo estaban en el pasillo:

—Voy a descansar, tal vez mañana las cosas se vean de otra manera.

El anciano le sonrió, colocó una mano en el hombro de su hijo y le explicó:

—Roger las cosas no se oscurecen por sí solas, o somos nosotros que lo hacemos, o es Dios que lo permite con un propósito, ya sea por esos dos motivos, exclusivamente él puede retornar la luz a su vida.

El Vizconde asintió con la cabeza, pero el anciano Marqués supo que en verdad su hijo no lo comprendió, le sonrió y caminó una vez más al salón, donde estaban sus invitados, y después de despedirse de ellos, se retiró a su recámara.

**

El Vizconde estaba más retraído que nunca, ya que esa mañana no deseaba ir a los establos, y mucho menos reunirse con el capitán, así que tomó su caballo y fue directo hacia la nueva residencia del Duque, al tocar un áspero anciano lo recibió:

—Deseo hablar con su excelencia.

—Tiene que llenar una tarjeta señor —. Expresó el mayordomo con arrogancia.

—No creo que eso sea necesario —. Apartó con una mano al anciano y caminó resuelto por el pasillo, al llegar al salón del comedor, advirtió como una dama se perdía en la sombra, cuando llegó donde estaba el Duque, el mayordomo fue el primero que habló:

—Disculpe este incidente, su excelencia.

El Duque miró a su amigo un poco desconcertado, a continuación expresó:

—Puede usted marcharse.

Apuntando hacia el mayordomo, el anciano formó una reverencia y salió de la estancia.

—Es urgente lo que tiene que decir, para hacer que se comporte con tal falta de educación.

El Vizconde muy tranquilamente no escuchó las palabras de reproche de su amigo, sino que tomó asiento en otra silla y sin más dijo:

—Nicholas creo que necesito unos días, para pensar, antes de volver a comprar más caballos.

El Duque encargó una ceja, y sin más comentó:

—Creo que la causante de su descanso es la señorita Lucas.

El rostro del Vizconde se le desencajó al escuchar el nombre de la dama en los labios de su amigo.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues fue evidente para todo aquel que lo observó a noche, como se quedó mirándola, debe dar gracias a Dios que exclusivamente su padre fue testigo de su escrutinio hacia la joven, ya que los demás estaban muy ocupados.

El Vizconde bajó el rostro al suelo, pues se vio descubierto ante su amigo, y caviló, que por esa razón, su padre fue a sus aposentos, y expresó con toda honestidad:

—Sí, ella es la causa por la que deseo alejarme unos días.

El Duque expresó con voz arrogante:

—No entiendo como un caballero pierde la cabeza por una fémica, habiendo tantas con las mismas características o mejores.

Esta vez fue el Vizconde que le sonrió al Duque:

—Cuando llegue esa dama que haga que las demás no existan para usted, en ese momento, usted me comprenderá.

El Duque con una sonrisa sónica señaló:

—No creo que esa dama exista, es decir en mi vida, ya que voy a disfrutar de la belleza de muchas, y cuando llegue el tiempo de procrear un heredero, buscaré una dama sumisa y callada, le compraré muchas joyas y la enviaré a vivir en el campo.

—Pídale a Dios que así sea, de lo contrario, puede que la dama posea su vida en sus manos y con un simple aliento se coloque usted de rodillas y con una sola mirada, ponga su vida de revés.

El Duque se burló de su amigo con una sonora carcajada, y en seguida expresó:

—Porque en vez de alejarse de la señorita Lucas, lucha por ella, pues se ve que usted no le es indiferente.

—Lo que ocurrió es que estos meses he estado huyendo de ella.

—Y ahora que ve que su buen amigo Escocés ha puesto los ojos en ella, usted se ha dado cuenta que le agrada más de lo que imaginó, eso es patético, es como leerlo de esas historias sentimentales.

—Nicholas se lo advierto, un día encontrará a la dama que lo arrastrará por el suelo que ella pisa.

—Jajaja, eso nunca mi buen amigo, estoy acostumbrado a tenerlas a todas ellas a mis pies, y así deseo que continúen.

—Entonces que dices de la compra de los nuevos caballos.

—Creo que está bien, podemos esperar, ya que Stewart pronto se enlazará, post pongámoslo para después.

—Eso quiere decir, que asistirás al enlace.

—Creo que no tengo opción, pues Nathaniel me ha pedido que sea uno de sus Best friend.

—Jajaja, ahora me toca a mí reír, voy a disfrutar mucho al ver al Duque de Thornwell en su primeras nupcias.

—Jajaja, pero también tengo entendido que es usted el segundo Best Friend, así que no sonría muy alto.

**

La noticia fue dada a sus amigos, esa misma tarde, que el segundo grupo de caballos no se comprarían hasta a finales del otoño:

—Pero Roger para eso falta casi tres meses.

—Sí William, pero así lo hemos decidido, ya que deseamos que Nathaniel participe también de todo.

Los Escoceses se quedaron un tiempo callados, hasta que el capitán expresó:

—En tal caso, creo que tendré tiempo para visitar a mi familia, si todo se va aplazar, mañana parto a Escocia.

Fue el General que en ese momento sorprendió a sus amigos diciendo:

—En tal caso, aprovecharé para hablar con los señores Clifford para que adelantemos nuestro viaje a Escocia.

Los dos caballeros a su lado se quedaron pasmado al escuchar aquella declaración:

—¿Usted invitó a la familia Clifford para que conozcan a su familia?

—Sí, visité a las damas esta mañana y bueno decidí hablar con la señora Clifford para cortejar a su hija.

—Usted ya habló con la familia.

—Sí, y la madre expresó que sería bueno conocer a mis padres.

Esa noche otros quedaron sorprendidos, cuando el general, después de dar gracias por los alimentos, tomó la palabra en la mesa:

—Permítanme agradecer sobremanera a usted Marqués por su amable hospitalidad, y a su hijo por hacerme formar parte de este proyecto, pero sobretodo gracias, pues en estas hermosas tierras conocí a la dama que llena todas mis expectativas.

Los susurros de alegrías se escucharon en la mesa, y al frente del caballero, uno de sorpresa proveniente de la señorita Clifford:

—Todos conocen a la señorita Clifford, pero en esta ocasión, deseo presentarles a mi prometida...

El aplauso fue iniciado por Sophia, más tarde todos los demás la acompañaron, y posteriormente de la cena todos felicitaron a la pareja, estos les informaron que viajarán a Escocia para conocer la familia del general, y que el capitán los acompañaría.

Este último, se aproximó a la señorita Lucas esa noche y le dijo:

—Creo que esta es nuestra despedida.

—Capitán fue un gran placer conocerlo.

La señorita Miosoly extendió la mano y el caballero con devoción la tomó entre sus manos y las arropó con sus dos palmas, mientras, el Vizconde observaba a poca distancia la despedida, no pudo contener su impulso y en dos pasos se aproximó a ellos, al verlo el capitán le indicó:

—Cuide de ella mi buen amigo.

La señorita Miosoly que estaba turbada por las palabras del caballero, se volvió a ver al Vizconde, él estaba mirando a la muchacha con ojos de ternura, en seguida volvió la vista a su amigo y respondió:

—Con mi vida.

Cuando la dama escuchó las palabras del Vizconde se ruborizó, acto seguido el Capitán simuló un beso en la mano se ella, formó una reverencia y se alejó de ellos, dejando la pareja.

Los dos no podían hablar, mucho menos mirarse, entonces el Vizconde con voz ronca apuntó:

—Escuchó lo que me ordenó el Capitán, de que debo cuidarla.

Ella con voz suave pero firme expresó:

—No fue una orden milord.

—No, no lo fue, pero es como si lo fuera.

La señorita Lucas lo miró una vez más, y con voz más fuerte expresó:

—No deseo que nadie me cuide por imposición.

La señorita Mía enfurecida, iba a caminar hacia la salida del salón, pues

únicamente quedaban en la estancia el Marqués y su amiga Sophia, fue cuando sintió la mano del Vizconde sobre su hombro, deteniéndose para que no se marchara, y con la misma fuerza, él con ímpetu la atrajo hacia él y así mismo, descendió su rostro y atrapó los labios de la joven con los suyos, en un beso arrebatador, enfrente de su padre y sobrina.

Cuando los dos por fin se separaron, la señorita Mía temblaba entre los brazos del Vizconde y sus respiraciones eran entrecortadas, cuando pudo recobrarse exclamó:

—¡Milord!

El Vizconde le sonrió de forma radiante, y la exclamación quedó en el aire cuando él una vez más la atrajo hacia su pecho.

La señorita Mía sabía que él volvería a besarla, así que con desesperación observó la estancia y para su sorpresa ellos estaban solos.

El Vizconde separó un instante sus labios de los de ella, le expresó entre susurros:

—Señorita Lucas, usted es mía.

En una parte del salón, el Marqué dijo a su nieta:

—Al parecer Sophia que las señoritas Lucas poseen algo que hacen que los caballeros pierdan la cordura.

Dijo el Marqués, tomando por el codo a su nieta y saliendo de la estancia, dejando a su hijo con la joven entre sus brazos, ya afuera dijo Sophia:

—Abuelo, pero lo dejaremos solos.

—Sophia hija esa es una nupcias inminente.

Y así fue, cuando la Señora Lucas retornó con su hija y su prometido, se encontraron con la noticia que Lord Roger Headfott, Vizconde de Laughton estaba cortejando a su hija mayor la señorita Miosoly Lucas y que la familia Clifford había viajado a Escocia para conocer la familia del general, el cual se había comprometido con la señorita Betsy Clifford.

Las parejas estaban en verdad enamoradas, pues se las pasaban en su mundo, la mayor parte estaban haciendo los planes para la boda, ya que decidieron celebrarlas juntas.

**

Lady Sophia estaba un poco callada en esos días y extrovertida, pues sus

mejores amigas ya poseían compañía, y en poco tiempo serían damas ya enlazadas, cosa que por un lado la llenaba de regocijo, mientras que por otro, sentía un poco de tristeza y nostalgia, así que ella se refugió en sus continuas cabalgatas.

Un día, antes de las nupcias de su amiga Pamela y también la de su tío, Sophia cabalgaba por los alrededores del lago, descendió de su caballo, lo amarró a un árbol y comenzó a caminar, pidiéndole a Dios que la ayudara, y que no permitiera que se sintiera sola, que sus amigas pudieran encontrar la felicidad anhelada en sus esposos, su mente de repente se marchó sin su permiso hacia el Duque de Thornwell, pero de inmediato recordó las palabras, que una vez, su amiga, la señorita Clifford expresó, sobre que él poseía una dama que estaba ligado sentimentalmente, pero que no estaban enlazados.

Cuando una voz la volvió a la realidad, caviló que era producto de sus pensamientos:

—Creo que usted nunca cambiará Lady Sophia Headfott.

Al girar se encontró con el Duque, vestido como siempre impecablemente con su traje de montar, ella formó una reverencia imperceptible, ya que de solo mirarlo, sintió un desprecio por él.

—Creo además que es inusual en usted permanecer callada.

—Juzgo su excelencia que es mejor permanecer callada, que comenzar una discusión con usted.

—Nunca he deseado discutir con una dama.

—Pues aunque no lo desee, su tendencia a regirse por las normas, hacen que siempre usted reproche mi conducta.

—Pues es muy obvio Lady Sophia Headfott, usted no se comporta como una dama.

Esa palabras hicieron que su ira saliera con ímpetu:

—Entiendo excelencia, que su conducta no es tan intachable como para que ande señalando a los demás, por lo que entiendo, la mía es de falta de modales, pero la suya es impropia, por no decir bochornosa.

El sorprendido esta vez, fue el Duque, que con fuerza implacable se aproximó a la joven, con su orgullo herido manifestó:

—¿De qué me acusa usted?

A Sophia sentirlo tan cerca y con su rostro, como quien es más perfecto que nadie, apuntó sin pensar:

— De que lo acusó no, usted mismo ha zanjado la habladurías, usted creyendo que estaba a salvo de las miradas acusadoras de la nobleza, trajo al campo su desvergüenza y sin saberlo ya todo el pueblo lo sabe.

El Duque aún con más furor por lo que la dama decía, la tomó por el codo y con voz fuerte indicó:

—¿Está usted fuera de sí?

—No lo creo su excelencia, tal vez es usted que está fuera de sí.

El Duque la miró interrogante mente, pero no le soltó el brazo:

—Quiero que deje de jugar y me diga que es esa tontería que está diciendo.

Sophia trató de soltarse, pero el Duque la apretó con más fuerzas, y se acercó más.

Sophia dio un paso involuntario hacia atrás, y el Duque sonrió:

—Descuide, no voy a besarla para caer rendido a sus pies.

El rubor hizo arder el rostro de ella, pero aquellas palabras le dieron fuerzas:

—Es usted un canalla de la peor calaña.

—¿Qué dice usted?

—Usted trajo al campo a su dama de compañía, creyendo que nadie se iba a dar cuenta, ahora dígame usted su excelencia, donde está el Duque honorable y digno que acusa a todos, creyendo que nadie se da cuenta de sus resbalones.

Sus palabras no causaron ningún efecto en el Duque, él la miraba desde su posición de manera imperturbable, como reprochando la osadía de ella de hablarle de su intimidad, pero Sophia no se dejaría tan fácil amedrentar, su sorpresa fue mayor, al ver que el Duque acercaba su rostro al de ella, como quien desea besarla.

El al Duque le habló, con voz mimosa:

—Qué sabe usted Lady Sophia Headfott, de las damas de compañía de un caballero.

La boca se le abrió de la sorpresa, en seguida ella la volvió a cerrar, mientras el Duque la miraba con toda naturalidad, con inocencia incluso.

Era ella quien lo había acusado, debería ser él el sorprendido, quien no supiera qué decir:

—¡Suélteme!

—No usted Lady Sophia Headfott, se introdujo en mi vida privada y ahora ya es muy tarde para echarse hacia atrás.

—Suéltame, calaveras, caballero sin moral.

El Duque no la soltó, sino que con más fuerza le indicó un sendero, por donde caminar, ella con rabia retenida le preguntó:

—¿Qué está haciendo?

El Duque no le respondió, fue ella quien vio al caballo de él pastando:

—Déjeme en paz.

—Creo que no lo deseo....

—Busque a esa damas que está acostumbrado a que cumpla sus deseos y déjeme, sino se lo diré a mi abuelo.

—Muy bien Lady Sophia Headfott, dígale lo que desee a su abuelo y nosotros seremos los próximos en contraer nupcias.

—Eso nunca, usted es el último caballero que desearía compartir mi vida.

El silencio derrumbó las palabras. Sophia únicamente deseaba que el Duque la soltara, pero él no escuchó sus rabietas, tomó su caballo y la subió a ella primero, como si fuera una muñeca de trapo, acto seguido, él con suma facilidad se montó, y cabalgó con ella en silencio, hasta su propiedad.

Al llegar el Duque desmontó, ayudándola a ella sin mucha cortesía y sin más la arrastró dentro de su propiedad, sin ninguna consideración:

—¿Qué cree que está haciendo? ¡Soy una dama!

—¿Ahora lo es?

Su voz sonó áspera, exigente, reflejó cada sentimiento que había contenido desde que escuchó todas las acusaciones a la dama. No podía contenerse, estaba enfadado, furioso, caminaron por el pasillo, y se encontraron con el mayordomo, el anciano puso cara de asombro, pero el Duque ni siquiera lo vio, y continuó hasta entrar en la biblioteca, fue allí que Sophia expresó:

—Suéltame, pervertido descarado.

Al girar el rostro, vio el semblante de una dama, el mismo que había visto en la pintura que el Duque poseía, cuando entró a su despacho, sin avisar, la dama la miraba confundida, a la sazón el Duque expresó:

—Lady Sophia Headfott, permítame presentarle a mi madre.

El rostro de Sophia se le desencajó, al escuchar que la dama ahí presente, era la madre del Duque.

Cuando pudo articular palabra, formó una reverencia y comentó:

—Duquesa un placer.

La dama echó un vistazo a su hijo, como buscando respuesta, fue que el

Duque le informó:

—Mi madre no escucha, se quedó sin esa facultad, por estar mucho tiempo encerrada.

—¿Encerrada?

—Sí, ella duró más de tres años prisionera de mi tío, pues él deseaba quitarla del medio, para poder tener control sobre mi persona.

—¿Pero eso es crueldad?

—Mi madre ha sufrido mucho, por esa razón la protejo de todos, así que Lady Sophia Headfott, si es la dama a la que usted se refirió hace un instante, entonces, es ella mi dama de compañía.

La dama enfrente de ella estaba mirándolos con alegría, pero la tristeza en sus ojos era infinita.

—Mi tío fue el causante de la muerte de mi padre, ahora que sé lo ocurrido, deseo cuidar de ella, y no permitiré que nadie le haga daño.

La vergüenza cubrió el alma de Sophia, no se cubrió el rostro con las manos, pues no podía.

—Perdóneme, su excelencia.

El Duque no respondió, sino que con una sonrisa miró a su madre, la tomó por el codo y la sacó de la biblioteca, dejando a Lady Sophia Headfott a solas, en lo que el pecho se encogió ante el gran error cometido.

Después de un instante, tocaron a la puerta de la biblioteca y el mayordomo le expresó:

—Lady Sophia Headfott su caballo está al frente.

Sophia asintió con la cabeza, y en seguida con toda tranquilidad salió hacia la parte frontal, donde encontró su caballo, ella subió y antes de marcharse vio que en uno de los ventanales del segundo nivel, se podía vislumbrar una figura, ella sin más activó su caballo y salió de aquellas tierras.

Mientras cabalgaba Sophia sintió vergüenza y dolor, pues por estar especulando, había dicho cosas inadecuadas, también había puesto entretela de juicio el comportamiento de un Duque, eso era una falta grave, que diría su abuelo de sus actos, y más que diría Dios de su proceder, sin más, le pidió que la perdonara y que la ayudara a no juzgar a los demás por lo que escuchaba de ellos, y si sus ojos no eran testigo del evento, que sus labios no inventaran lo que cavilaba.

Llegó a la mansión de su abuelo, y distinguió que ya los carruajes de la

familia del Conde habían llegado, así que, se escurrió por las escaleras de servicio a su recámara y allí lloró.

Capítulo V

Las nupcias se celebraron, todos en el pueblo festejaron la ocasión, al medio día, se le sirvió unos bocadillos a los del pueblo en el jardín de la mansión, esa tarde, se preparó un gran banquete, para los invitados más allegados de la familia, la cual culminaría con un baile.

Sophia estaba distante, ya que el Duque estaba presente en las nupcias, y no deseaba por ningún motivo encontrarse con él, así que, felicitó a sus dos amigas y con alegría fingida se refugió en un rincón, pues en esa ocasión nadie la echaría de menos, ya que las novias eran el centro de atención.

—Sophia se encuentra bien.

—Sí, abuelo.

—No lo parece, hace días que ya no sonrío y su semblante está taciturno y distante.

—Creo abuelo que eso se me pasará.

—Sí, creo que usted debería visitar a su institutriz la señora Gontiner en Londres.

—Oh no abuelo, en verdad no deseo hacer un viaje tan largo.

En ese instante llamaron al Marqués y le expresó:

—Esta conversación estará pendiente.

Sophia le sonrió y el anciano Marqués se alejó de ella.

Más tarde, escuchó que llamaban para el banquete, así que se apresuró a colocarse en el lugar donde habían dispuesto para ella, en la gran mesa montada para la ocasión, observó que la estancia la habían transformado con muchos espejos y que las velas se reflejaban en ellos, iluminando el lugar, dándole un toque de romanticismo diferente y sorprendente.

Se quedó allí parada, respirando profundo, pues lo que menos deseaba era llamar la atención, y sonrió al darse cuenta que era la primera vez que deseaba eso.

La sonrisa de Sophia se le congeló en su cara. Allí al frente de ella estaba parado el Duque, éste formó una reverencia imperceptible con la

cabeza, ella se la devolvió y trató de ignorarlo.

Los nombres de los invitados estaban escritos, en un costoso papel, al frente de sus respectivos asientos, así que aquello debía de ser obra de su amiga Pamela.

Ella trató de poner su atención en los candelabros de plata, colocados estratégicamente, que iluminaba a la larga mesa, de más de cincuenta comensales.

Todos los presentes tomaron sus posiciones, cada uno situándose donde le correspondía, y fue en ese momento que el Duque tomó asiento al frente, pero antes ayudó a la hermana del Conde de Stewart.

Un caballero que estaba a su lado, le retiró la silla amablemente y acto seguido, hizo lo propio con la dama, a su derecha.

La hermana del Conde que estaba sentada casi al frente de ella, y por la manera que miraba al Duque, la muchacha estaba fascinada con él, como todas las damas solteras de la mesa.

Sophia sintió la mirada del Duque, cuando la observaba, ella se sintió incómoda, y deseó salir del salón, o mejor aún fingir un desmayo, pero les estropeará las nupcias a sus amigas.

Escuchó que Lady Stewart le hablaba del clima, pero ella preferiblemente estar callada que hablar del buen clima de ese día.

Desvió la mirada de inmediato al darse cuenta que los estaba observando a los dos con fijeza, por primera vez divisó el color de los ojos del Duque tan grisáceos, como el cielo, cuando se prepara para la tormenta, un gris oscuro enigmático e inquietante.

Sus mejillas se tiñeron de color rosado, quizás por la vergüenza que le causaba darse cuenta que ella también formaba parte de las damas que le fascinaba el caballero.

Todas las damas de alrededor del Duque se esforzaban para llamar su atención, pero ella no podía competir, pues ¿Qué podría decirle que fuera correcto? Después de aquel embarazoso momento que trataba de olvidar.

Respiró profundo, obviando la mirada de la dama que estaba a la derecha del Duque.

La cena transcurrió sin ningún sobresalto.

Los recién enlazados fueron los primeros en salir del salón del comedor

y dirigirse a la estancia continua, donde la música de fondo de una orquesta, tocaba desde una pequeña sala continua...

Sophia fue escoltada por el caballero que estaba a su lado, el cual, no poseía ojos para ella, sino para la hermosa hermana del Conde.

Al ingresar al elegante salón, que habían habilitado para la celebración, a causa del elevado número de comensales, abrieron las puertas que daban a las terrazas y de ahí al hermoso jardín postrero, para ventilar el espacio.

La música inició y las parejas de los enlazados bailaron su primer baile, como esposos, y más tarde, las demás parejas se les unieron.

Lady Sophia sintió que no debía hallarse tan desdichada, viendo tan felices a sus amigas y a su tío Roger, era como si ella conspiró en contra de su felicidad, así que, decidió cambiar de actitud y disfrutar de la celebración.

Antes de tocar el cuarto vals, antes de anunciar la partida de los nuevos enlazados y que se despidieran:

Lady Sophia suspiró.

Escuchó la voz fuerte y profunda, que la hizo estremecer, decirle:

—Lady Sophia Headfott me permite esta pieza.

Sophia se irguió al girarse y ver al Duque de Thornwell con la mano extendida hacia ella, como aquella noche en Londres, y ocurrió una vez más, que se quedó hipnotizada y tomó su mano en silencio, dejándose llevar, más llegó una punzada de decepción cuando no le dio su beso en su mano.

En medio de la pista, el Duque la tomó por la cintura con delicadeza y la música los envolvió.

A Sophia se le olvidó el pasado y al levantar la barbilla para mirarle, no reconoció lo que vio en aquellos ojos grisáceos, pues no encontró en ellos nada de resentimiento, ni acusación, al mirarlo no le importó más sus pensamientos propios, ya que quedó atrapada por la intensidad con que él la veía.

No se dio cuenta del resto de las parejas que se iban colocándose cerca de ellos, y solo percibió los acordes de la música, todos sus sentidos estaban centrados en el Duque.

Cuando apoyó la mano en la cintura de la dama y la deslizó con delicadeza hasta su taller, donde presionó con sutileza, como correspondía, el Duque sintió un escalofrío que lo recorrió por todo el cuerpo.

Su mente caprichosa, lo llevó aquella noche en Londres, donde le había pedido a ella que cerrará la velada con él y ese momento, fue mágico como era ese. ¿Se sentía así ella entre sus brazos? Recordó con dolor todas las palabras que la dama le había expresado y deseó en ese momento castigarla con un beso.

Sophia se sentía como si el Duque la estuviera acariciando con su mirada, con el toque suave de sus manos, pero solo estaba imaginándose aquello, él con ese baile sólo le ofrecía una tregua.

El Duque con voz no del todo firme le expresó:

—Es usted una encantadora bailarina.

Sophia le sonrió por primera vez de manera deslumbrante, cosa que hizo que todas sus fortalezas se derrumbaran y al escuchar la voz de ella suave y melodiosa, supo que debía huir de ella:

—Gracias su excelencia.

—Es usted muy diestra bailando el vals.

—En su fiesta, fue la primera vez que baile un vals —. Susurró contenida.

Y aquella declaración llenó de alegría lo más profundo de su ser. La tomó de la cintura, la hizo girar un par de veces y cuando la acercó a él, lo hizo más de lo debido.

—Con su declaración Lady Sophia Headfott, puedo sentirme orgulloso de ser el primer caballero en tener el honor de ser el primero en bailar con usted tan atrevida danza.

Las palabras del Duque la hicieron ruborizar.

Le vio sonreír y la paz de su mirada le dio tranquilidad y la calmó.

—Espero Mi Lady que el primero como el último vals lo baile usted conmigo, y está atrevida danza, sea exclusivamente bailada entre mis brazos.

Sophia erró el paso.

El Duque fue en su ayuda, fue tan sutil que dudaba que nadie más lo hubiera notado.

—¿Qué está insinuando excelencia?

—Lo que escuchó Lady Sophia Headfott, que los vals suyos me pertenecen, desde este momento.

Una vez más ella, se sonrojó, veló su mirada y bajó la cabeza levemente, temiendo que aquellos penetrantes ojos, pudieran leer la satisfacción que le produjeron sus palabras.

—Excelencia, un caballero no puede acudir a un salón, y bailar únicamente con una dama.

—Pues al parecer Lady Sophia Headfott de que eso es precisamente lo que he hecho desde que la conocí, esperar hasta sólo bailar con usted.

Antes de que la joven se quedara paralizada con su comentario, la meció más de prisa, enmudecieron mientras giraban y callaron después durante el resto del Vals.

Se escucharon los acordes finales, la melodía se suavizó advirtiendo que el final estaba cerca, pero el Duque se negó a separar a Sophia de su lado, ya que no sabía cuándo podría volver a tenerla entre sus brazos. Y justo en aquel instante, los músicos dejaron de tocar.

Cuando la música llegó a su fin, el Duque le ofreció el brazo, y la dirigió a la terraza, para asombro de Sophia, no se quedaron allí, él sin más, la ayudó a descender los escalones de mármol.

El jardín y sus olores la invadió, y la luna traviesa le iluminaba preguntándole, cuál de las dos brillaba más, fue en ese momento que el Duque comentó:

—Pronto nos marcharemos de Durham, y quería decirle Lady Sophia Headfott, que se cuide, que no cabalgue sola, y que lleve siempre con usted carabina.

En ese instante, el Duque le pasó la mano por la cintura y la puso al frente de él, entonces expresó:

—Cree usted Lady Sophia Headfott que sería prudente de su parte, escribir a un Duque.

Sophia tragó saliva, pues la voz de él era grave y casi susurrada.

—Creó su excelencia que no sería un problema.

El Duque estaba enloqueciendo, pues deseaba con todo su ser poder tocarla, en ese momento, deseó escuchar la música de vals, para poder abrazarla, ese deseo no quiso negárselo, acortó la distancia, la rodeó, una mano en la cintura y otra en su nuca y le pegó a él todo lo que pudo, olvidándose del decoro.

Cuando la sintió relajada entre sus brazos y al descender la barbilla, vio la hermosa cabellera blancuzca, apoyó la barbilla con suavidad sobre su coronilla y deseó con todas sus fuerzas, que el tiempo se detuviera para siempre.

Sophia se quedó quieta al sentir que los brazos del Duque la rodeaban, y disfrutó del momento, cerrando los ojos y sintiendo la calidez de su cuerpo, ella respiró hondo, y le llegó el aroma de su colonia, ella trató de unir las manos por la espalda del Duque.

Él sintió de pronto el calor de ella y su ternura a tratar de abrazarlo, en aquel momento, se dio cuenta de lo que estaba haciendo, y sin decir nada, le dio un suave beso en la cabeza y la apartó de su cuerpo, con mucha delicadeza, la tomó por sus finos hombros.

Se miraron fijamente y el Duque se inclinó y le beso la mejilla en una suave caricia, que casi hubo ella de imaginar y expresó con voz profunda:

—Lady Sophia Headfott —. Formó una reverencia y comenzó a caminar por el sendero del jardín, marchándose sin girarse a mirarla ni una sola vez.

Al retornar a la celebración, estaba un poco ida y sonámbula, se despidió de su amiga Pamela y su esposo, a continuación de su tío y su nueva esposa, y dijo a dios desde el pie de los escalones, a las parejas que se marchaban en distintos carruajes, prontamente despidió a los invitados, al junto de su abuelo.

Fue en su recámara, que Sophia recordar lo que había sentido en los brazos del Duque, esa era la noche más larga de su vida, pero la más feliz, ya que se permitió soñar en los brazos del Duque de Thornwell.

El Duque de Thornwell caminó todo el trayecto desde la mansión del Marqués hasta su villa, con las manos en los bolsillo y analizando todas las emociones que había sentido al lado de la sobrina de su mejor amigo. Él aún no estaba preparado para el paso de contraer nupcias, y la dama no era una de las que se podían jugar con ella, era en verdad pura y casta, más poseía un carácter que era indomable, ya con sus veinte años se comportaba como una fierecilla, eso le hizo que sonriera, pero ese no era el carácter que deseaba para su Duquesa, necesitaba una dama que el manipulara a su antojo, que fuera callada, sumisa y sobre todo que no poseyera ideas propias, para su desgracia Lady Sophia Headfott no cumplía con ninguno de sus requisitos, así que era mejor alejarse de Durham lo ante posible, se dijo que con el tiempo, esa obsesión por la joven se le pasaría, tal vez cuando fuera a Londres y conociera una dama de las que deseaban cobrar por sus atenciones.

Con el convencimiento de que hacía lo correcto, y con la sensación de

que no había otra alternativa, entró a la villa y de inmediato dio órdenes de poner todo en orden, pues al día siguiente, partiría hacia Londres.

**

El día posterior de las nupcias, Sophia estaba inquieta, se preguntaba si el Duque se presentaría en la mansión o mejor aún, la esperaría en el camino donde ella siempre cabalgaba, y se dijo que ese día lo haría esperar por ella, así lo hizo, pero al día siguiente impaciente por verlo, se despertó temprano, y fue a la caballerizas:

—Mesar, ensíllenme mi caballo.

—Sí, Mi Lady

El mozo de la cuadra, la ayudó a montar y con toda prontitud se dirigió al lugar donde la última vez se había encontrado con el Duque, a poca distancia de su villa. Se desmontó, caminó por los alrededores del estanque, tomó piedra y la tiró en el agua y él no aparecía, después de pasar un par de horas, decidió cabalgar próximo a la villa, pero no advirtió movimiento, así que desilusionada se encaminó a la mansión.

A la hora de cenar, únicamente la acompañaba su abuelo, que al verla con el rostro lleno de desilusión expresó:

—Creo que este viejo no es buena compañía para usted.

—No diga eso abuelo.

—Es que basta con mirarle el rostro, se advierte que está usted triste.

—Se me pasará.

—Ayer estaba usted de buen humor, más hoy se puede decir que está usted triste y melancólica.

—Usted abuelo es especial.

—Sophia está usted así, por las nupcias de sus amigas, o porque el Duque de Thornwell se marchó.

Sophia no escuchó mucho, solo la última frase de su abuelo.

—¿Se marchó el Duque?

—Sí hija, su excelencia vino ayer muy temprano y se despidió, se marchó con su madre a Londres.

—¿Abuelo usted sabía que la dama que lo acompaña es su madre?

—Sí Sophia, Roger me lo comentó.

A Sophia el rostro se le desencajó, y su mirada se puso aún más melancólica y con voz débil dijo:

—Así que se marchó...

Fue en ese momento que su abuelo comprendió todo, y con voz apacible

expresó:

—Mi pequeña niña, siempre hay que sufrir por amor, eso nos hace ser más fuerte.

Diciendo eso, el Marqués le dio un beso a su nieta, y la dejó sola en la mesa.

Lady Sophia no escuchaba mucho, pues cuando su abuelo se marchó, arrastró el plato que aún estaba al frente de ella, y lo puso a un lado, subió las dos manos en la mesa, y dejó caer su cabeza en ellas, cubriéndose el rostro, y se dijo, qué ingenua había sido, se había pasado esos dos días soñando con el Duque, cavilando que él deseaba su cercanía, que uno de esos días se iba a presentar delante de ella, y como habían hecho los enamorados de sus dos amigas, la tomaría entre sus brazos y la besaría con avidez, pero en cambio, él se había marchado, y no para sus tierras, sino para Londres, para la temporada que de seguro estaba en su auge.

Después de esa noche, Sophia cambió de manera drástica, ya no sonreía, sus continuas cabalgatas cesaron, no deseaba ayudar a las personas, la joven se encerró en sí misma, con tanta fuerza cayó en los brazos de su dolor, que casi no salía de la mansión, así la encontraron su tío y su esposa, cuando retornaron de su tiempo de dulzura, tres meses después:

—Padre Sophia ha cambiado mucho.

—Sí Roger, ella no es la misma, se la pasa en sus aposentos, muy pocas veces comparte la mesa, y hasta no ha vuelto a montar su caballo.

—Cree usted que ella extraña mucho a Pamela.

—Lo que creo Roger que nuestra Sophia ya no es una niña.

—¿Cómo así padre?

—Como usted y sus amigas encontraron compañía, Sophia de igual manera, debe encontrar un caballero.

—Pero padre, si ella nunca ha puesto sus ojos en ningún caballero.

—Creo Roger que ella puso sus ojos en un caballero Inaccesible.

—Oh padre usted está diciendo que Sophia puso sus ojos en Nicholas.

—Creo que sí Roger, pues advertí algo extraño, como en su nupcias, los dos bailaron aquel Vals.

—Si Nicholas le dio motivos para que Sophia se confunda, voy a darle un buen puñetazo.

—No creo al Duque capaz de algo así, aunque los dos se veían muy ensimismado, cuando estuvieron bailando.

—Sí, ahora que usted menciona eso, recuerdo que Natha me comentó, que era la primera vez que veía a Nicholas de esa forma.

Y en ese instante recordó cómo su amigo y sobrina se veían, y caviló que tal vez entre ellos había cierta posibilidad que fueran pareja, pero la idea se desapareció, pues sabía a ciencia cierta, que su amigo no buscaría una dama como su sobrina para esposa.

—Creo padre que usted posee toda la razón, Sophia ha puesto sus esperanzas en un caballero inaccesible.

—Le he pedido tanto a Dios por ella, para que le haga entender, cuál es la voluntad de Él.

—Sí el caso es ese, creo que solo el tiempo y nuestras plegarias pueden ayudar a Sophia.

Y fue así, que casi un año transcurrió, para que Lady Sophia volviera hacer la misma.

A mediado del verano, cuando las temperaturas se ponen un poco caliente y el sol toma más fuerza, para abrazar con sus rayos escarnecerte toda esa área, así mismo el ánimo de Sophia cambió, se le veía más alegre, aunque de vez en cuando se quedaba taciturna, pronto volvía a cobrar su forma, y aunque su carácter era más ecuánime y circunspecto que antes, volvió hacer aquellas cosas que tanto le gustaban, como cabalgar por las mañanas.

**

Una noche estaba a la mesa Sophia, su abuelo, Lady Mia y su tío, este después de dar gracias por los alimentos, sonrió deslumbrantemente y comentó:

—Nosotros deseamos compartir con ustedes una bendición —. Roger tomó la mano de su esposa entre las de él —. Nosotros estamos en espera.

La alegría que se reflejó en el rostro del Marqués, fue indescriptible, y así mismo, en el rostro de Sophia, los dos los felicitaron y disfrutaron con alegría la cena.

El caballero expresó con alegría:

—Si es una niña deseamos llamarla Abril.

—¿Abril como su madre? —. Expresó el Marqués con tal emoción en su voz que casi se le apaga.

—Sí padre, como madre, pero si es caballerito lo llamaremos Nicholas, como el padre de Mia.

Cuando Sophia escuchó ese nombre por un instante se puso nostálgica, pero después al ver la alegría que reinaba en la mesa, se compuso.

—Creo que la señora Lucas estará muy alegre con la noticia —. Indicó el Marqués.

—Sí, madre llegará pronto de su visita a mi hermana, y se llevará la noticia.

—Será una noticia Doble —. Exclamó Sophia y de inmediato cerró los labios, pues esa mañana había recibido noticias de Pamela y ella le informaba en su carta que estaba en espera, pero que ella le escribiría a su madre, que en esos momentos estaba de camino hacia Durham y también a su hermana aparte, para darles las buenas nuevas.

—¿Doble? —. Preguntó Lady Mia asombrada.

Sophia no sabía qué decir, pues no quería ser imprudente y ser ella que diera la noticia, pero tampoco quería mentir, así que solo dijo:

—Sí doble, pues usted se lo dirá y de seguro tío Roger también.

Todos en la mesa estallaron en carcajadas, y Sophia se contagió con ellos.

Esa noche fue memorable para todos, ya que sonrieron y disfrutaron en gran manera con alegría.

**

A Principio de Otoño el Vizconde recibió la visita de un amigo Americano, el cual estaba interesado en la manera como él había amaestrado a los caballos de pura sangre, y era el cuñado del capitán, él caballero se hospedaba en una posada:

—Padre le presento al señor Carther.

—Un placer Marqués.

—Mi esposa, Lady Miosoly Headfott y mi sobrina Lady Sophia Headfott.

—Vizcondesa, Lady Sophia Headfott.

El caballero Americanos poseía un educación bastante perfecta, que se podría decir que pocos nobles la tenían, él muy galantemente besó las manos de las dama y este no dejó de mirar a Sophia en todo el tiempo.

—Me informó Roger que ustedes poseen tierras en Northumberland.

—Sí Marqués, hemos comprado un área muy fructífera.

—Es extraño, que caballeros de otra nacionalidad, deseen adquirir terrenos aquí en Inglaterra —. Expresó Sophia con su habitual naturalidad.

Su abuelo y tío con el comentario, percibieron que la joven ya se había repuesto, y para sorpresa de todos, el caballo americano no fue tan imprudente

como se comportaría un Inglés, al comentario de la dama.

—Usted posee toda la razón Lady Sophia Headfott, aunque nosotros no somos sólo de nacionalidad americanos, ya que nuestra madre era Inglesa y si puedo mencionar, de la misma región donde adquirimos los terrenos.

—En tal caso señor Carther, creo que ustedes poseen todo el derecho como el que más a comprar toda Inglaterra.

Todos sonrieron al comentario de la dama, y en ese instante, el Marqués expresó:

—Tengo entendido señor Carther que usted se hospedó en el pueblo.

—Así es Mi Lord, en una posada.

—Deseo que mañana usted se traslade a la mansión, ya que al hospedarse con nosotros, usted poseerá más tiempo de aprender de las habilidades de mi hijo con los caballos, pues el trayecto del pueblo hasta donde están los caballos es un poco largo.

—Muchas gracias Márquez por su gentil invitación, y en verdad se lo agradezco, ya que no es lo mismo una mullida cama, que una con mucho hierro.

Una vez más todos sonrieron.

**

Dos días después, llegaron de Escocia unos cuarenta caballos de pura sangre, los cuales fueron acomodados en las espaciosas caballerizas que se habían construido en la villa del Duque, y así mismo, llegaron el General acompañado de su ahora esposa, la señora Betsy Elphinstone, y el capitán con su esposa la señora Swinton, hermana del señor Carther.

El capitán su esposa, se hospedó en la villa del Duque.

La mansión una vez más se llenó de risas y movimientos, de un lado a otro los nuevos lacayos, contratados para el cuidado de los caballos, iban de la villa a la mansión.

La sala amarilla se vistió de gala a la hora del té:

—Oh cuánto extrañaba una buena taza de té.

—Betsy no hable muy alto, ya que si su esposo la escucha, puede entristecerse.

—Si usted supiera Mía que hasta a él mismo, le he expresado mi añoranza a las cosas de Inglaterra.

—¿Y que le ha dicho él?

—Que cuando retornemos, me asegure de comprar suficiente para todo el

año.

—Jajajaja. Sí William fuera así de seguro estaríamos con muchas cosas de américa —. Expresó la esposa del capitán.

—Señora Swinton, como fue que conoció al capitán, aunque entendemos que su hermano es amigo de él —. Pidió saber Sophia.

—En verdad fue un malentendido.

—¿Cómo así? —. Preguntaron las otras tres damas, casi al unísono.

—Lo que ocurrió fue un poco embarazoso, pero como ya somos amigas, puedo contarles.

Sophia abrió los ojos expectante, en tanto, Lady Mia y la señora Elphinstone se miraron de forma cómplices:

—Estaba en Escocia visitando a una amiga, que por cierto es hermana de mi esposo, cuando él retornó de estas tierras, coincidieron nuestras llegadas.

—¿Quiere decir que llegaron el mismo día? —. Preguntó Sophia.

—Sí, el mismo día, mi amiga esa mañana me mostró mi recámara, coloqué todas mis cosas, y esa noche me despedí para dormir, a medianoche, escuché entre sueños, que alguien entraba a mis aposentos, pero no le puse mucho asunto, ya que estaba tan cansada que en verdad cavilé que soñaba, cuando al amanecer ,sentí unos brazos alrededor de mi cintura —, la dama parpadeó nerviosa —, cuando giré me encontré a un caballero acostado a mi lado, y por el espanto y el asombro, grité tan fuerte que desperté a todos, y en menos de un segundo, todos los de la residencia estaban en mi recámara, incluyendo a mi amiga y sus padres.

—¿Eso quiere decir que el caballero era...?

—Sí, era el capitán que al llegar tan tarde, fue a su recámara y se durmió, y esa era la misma que esa mañana me asignaron a mí.

—Pero era un malentendido, no la debieron hacer que se enlazaran —. Indicó Sophia indignada.

—Lo que ocurrió fue que el capitán duerme como vienen los niños al mundo los.

—¡Qué!

—Sí, y de igual forma no me gusta sentirme ninguna tela en mi cuerpo, cuando hace calor....

—¡Qué! —. Esta vez, las tres damas restante hicieron la misma pregunta, y después rompieron a reír de forma tal, que sus risas se escuchaban en el jardín.

Cuando se compusieron fue Lady Mía que expresó:

—Con razón querida, que ustedes pronunciaron los votos.

Pero Sophia aun no comprendía, cómo obligaban a una pareja a contraer nupcias sin ni siquiera haberse conocido o gustado:

—¡Eso no es correcto!

—Sophia por que usted señala que no es correcto.

—Mía, como es posible, que obliguen a enlazarse dos personas, cuando fue un error.

—Bueno Sophia, usted aún no entiende lo que ocurre entre un caballero y una dama cuando, bueno están solos y —. Lady Mia no encontraba palabras para explicarle a su amiga, lo que implicaba despertarse en los brazos de un caballero —. Creo que la mejor manera de que usted comprenda es cuando le llegue su tiempo, pero mientras tanto, vamos a preguntarle a Judith si es feliz con el capitán.

Sophia giró el rostro como esperando que la joven americana se desahoga, y expresara toda sus desgracias, en cambio esta sonrió:

—Puedo decir que soy muy feliz, ya que ese mismo día dijimos los votos por nupcias por consentimiento, y esa noche, conscientemente compartimos recámara.

Sophia se ruborizó, y aunque la señora Judith Swinton no fue explícita, ella comprendió lo que la dama deseaba decir.

Esa semana Sophia la pasaba muy contenta acompañada de sus amigas, pero en las noches, ellas se aproximaban a sus esposos y aunque ella se sentía a gusto en compañía del señor Carther, incluso a su lado se sentía sola.

—Es muy agotador entrenar a los caballos de paso finos, no creí que fuera tanto trabajo.

—Sí, tío Roger es muy bueno en eso, pero he visto que pasa mucho tiempo en las caballerizas.

—Sí, en verdad Lady Sophia, no sabía que se tomarían tanto tiempo.

—Domar un caballo y entrenarlo puede llevarse más de un año.

—Sí, eso hemos advertido nosotros.

—Entonces usted cambiará de idea.

—No, pero la forma que lo adiestra su tío, toma mucho tiempo, aunque es efectiva, ya he pasado dos meses aquí en la mansión de su abuelo, y creo que es suficiente tiempo, no debo abusar de la amabilidad de él, así que a finales de la semana, retornaré a Northumberland.

—¿Se marcha usted?

—Sí, mi hermana y su esposo retornarán, cuando se cierre el negocio con los compradores, pero recuerde que si va por mis tierras, prométeme que aunque sea me visitara, para que vea los establos que he construido y lo que he aprendido de su tío.

—Está bien señor Carther, se lo prometo.

Sophia sonrió al caballero, pero se dijo para sí, que eso sería muy dudable, pues por su mente no pasaba la idea de visitar las tierras del Duque de Thornwell, y una vez más, la nostalgia llegó a su mente.

**

Después que se marchara el señor Carther y de que transcurriese un mes, las demás damas estaban ocupadas con sus esposos preparando los equipajes, Sophia tuvo una vez más tiempo para pensar, y se dijo, que pronto la mansión se iba a quedar sola, ya que todos retornarán a sus tierras para la navidad, y su abuelo la sacó de su ensimismamiento:

—Sophia Hija, deseo entregarle algo que trajeron para usted.

—Algo para mí.

—Sí, puede acompañarme al despacho.

La joven dama se puso de pie y caminó con el anciano hacia su despacho, al ingresar, vio que él tomaba una carta y se la pasaba a ella:

—Es de Lady Pamela Lifford, Sophia.

Sophia la tomó y de inmediato su abuelo salió del despacho, dejando a su nieta sola.

Querida Amiga:

Le escribo con deseo de verla, aunque usted sabe que en mi estado no puedo hacer viaje, quería solo decirle que la extraño mucho, después que madre se marchara, me he quedado sola, aunque no puedo ser malagradecida con mi esposo, él me a cuidado sobre manera, pero lo que voy a pedirle es que venga a pasar las navidades a mi lado, sé que su abuelo estará con su tío, Mía y madre, y que usted desearía estar con ellos, pero ya ha pasado dos años y no le he visto y con mi estado me he puesto sentimental, cosa que me hace que la pase casi todo el día lamentándose de mi soledad y de su falta, cuánto añoro su risa, y sus travesuras, creí que nunca diría eso.

¡Oh Sophia! Le he pedido a Dios, para que usted acepte esta invitación.

No se preocupe si no puede usted viajar, entonces le pediré a madre que retorne.

Nota: Ya tengo seis meses de gestación y he cambiado mucho.

Sophia miró la carta varias veces, pues no había podido ir a visitar a su amiga, ya que temía encontrarse al Duque, porque la casa campestre del esposo de Pamela estaba muy próxima a las tierras del Duque, como lo había mencionada una vez la señora Lucas, más, el primer año no deseaba dejar Durham, ya que atesoraba una esperanza que él retornara a su villa y que la buscara, pero al transcurrir dos años, y no escuchar noticias del Duque, ni aún su tío lo mencionaba, poco a poco esa esperanza se convirtió en apatía y después no deseaba encontrarse con él, por esa razón, no había aceptado las invitaciones que su amiga Pamela le había hecho en reiteradas ocasiones.

Esa noche cuando todos disfrutaban de una taza de té, después de cena, Sophia se aproximó al Marqués y le comentó:

—Abuelo, Pamela desea que pase con ella las navidades.

El Marqués vio de reojo a su nieta, pues sabía el motivo de que ella no viajará a Northumberland a visitar a su amiga, entonces sólo preguntó:

—¿Aceptaré usted la invitación?

—Sí abuelo, aunque eso no me permitirá estar con usted para Navidad.

—Está bien Sophia, la pasaré rodeado de personas, aunque en verdad la echaré de menos, pero sabiendo de que usted por fin saldrá de estas paredes, recompensaré en gran manera su falta.

—¿De verdad abuelo?

—Desde luego mi nieta hermosa, ya usted debe conocer nuevas personas y disfrutar de todas las bendiciones que Dios le ha dado, y así mismo, disfrutar de su juventud.

—Abuelo ya no soy tan joven, pues ya poseo mis veintidós años.

—Tonterías, esa son estupideces, sabe, conocí a su abuela a la edad de veintitrés, y aunque solo duramos de cortejo un mes, se que ella en verdad deseaba nuestras nupcias, pues no éramos unos jóvenes, sabíamos los dos lo que queríamos y eso era formar una familia.

—Entonces abuela se enlazó a los veintitrés.

—Sí, ella según la nobleza estaba para cuidar a sus padre, pero cuando la conocí, decidí que me cuidara a mí

—Jajajaja. Eso es poco romántico.

—Bueno Sophia lo romántico llegó después, cuando convinimos y nos acoplamos, nos dimos cuenta que era una bendición de Dios nuestra unión, cuando su padre llegó a nosotros, fue un hermoso regalo de Dios.

—Sí, en mi memoria está el vals que ustedes siempre bailaban.

—Pues déjame decirte que ese Vals fue lo que hizo que nosotros contrajimos nupcias.

—¡De verdad!

—Sí, para esa época, sólo permitían que personas enlazadas pudieran bailar esa danza, y su abuela estaba bailando una cuadrilla, con un caballero que la pretendía, pero que no se decidía a cortejarla, esa información llegó a mis oídos, por un cotilleo de una dama de lengua afilada que estaba a mi lado, conversando con mi madre, cuando escuché el comentario, al terminar ese baile sin pensar, me aproximé a ellos y le extendí el brazo hacia ella, Abril para no hacerme quedar en ridículo en medio de la pista, lo bailó conmigo y al final de ese baile, su padre me esperaba para que habláramos a solas.

—Jajajaja. Abuelo no sabía que usted y abuela se enlazaron por un vals.

—Así fue Sophia, el vals que duró toda mi vida, al lado de una dama maravillosa, que llenó de alegría mi vida.

Sophia inspiró para dentro y dejó salir el aire poco a poco, el anciano le echó un vistazo y comentó:

—Disfrute Sophia su estancia en Tyner y sonría siempre, recuerda que Dios es el motivo de nuestra alegría.

—Sí, abuelo.

Este fin de semana, Sophia al junto de su doncella, arreglaba su equipaje para viajar con el capitán y su esposa a Tyner, a visitar a su amiga Pamela, ellos la llevarían a la villa del Conde Stewart y posteriormente, continuarían su viaje a Escocia.

Sophia no le escribió a su amiga Pamela, pues deseaba darle una sorpresa a su llegada y tampoco permitió que su tío le informará al Conde de su arribo, en la carta que este le enviará.

Mientras transitaban el largo camino hasta las tierras del Norte, Sophia iba prometiéndose en su corazón que disfrutaría ese tiempo con su amiga, y que nada e inclusive la misma presencia del Duque no le quitaría más su sueño, aunque dudaba que él estuviera en sus tierras, pero por casualidad o designio de Dios si se volvieran a encontrar, lo trataría como a un amigo distante.

La sorpresa se la llevó ella, pues al llegar a Tyner a la villa del Conde, la madre de él, les informó:

—Mi hijo y su esposa están viviendo en la residencia señorial que está

en los límites de Tyner Wear y Northumberland, pues era mucho mejor que Nathaniel estuviera administrando sus tierras, por otra parte, mi sobrino el Duque está de viaje para Irlanda y mi hijo se encarga de viajar al castillo una vez a la semana.

—Entonces los Condes viven allí.

—Sí querida, fue una decisión muy sabia de mi hijo, dejarme la villa y él vivir en sus tierras.

Más cuando llegaron a la mansión Beuther House, el mayordomo les informó, que los Condes estaban en el Castillo del Duque.

Así fue que el capitán y su esposa se ofrecieron para llevarla al castillo del Duque de Thornwell en Northumberland.

Capítulo VI

Las tierras de Northumberland, eran muy amplias desde la parte donde limita con Durham hasta las fronteras con Escocia. Este era un condado muy próspero, aunque poseía muchas partes montañosas y sierras.

Lady Sophia veía asombrada el valle desnudo, cubierto de escasas hierba, salpicado de altos pinos y abedules, las altas y hermosas montañas del alrededor, le sonreía a la alpestre comarca.

Todo fue muy rápido, pues el carruaje hizo su entrada a un camino empedrado que al lado derecho estaba un largo estanque con fuentes que hacían que el agua emergiera por los aires, y al lado izquierdo un impresionante jardín de cestos, al finalizar dieron la vuelta en una rotonda y el carruaje se detuvo en una plazoleta techada.

De inmediato, las puertas principales se abrieron, saliendo de ellas, cuatros lacayos vestidos de color rojo y verde y con la librea Ducal.

—¡Oh pero si es asombroso! —. Exclamó Judith.

Sophia no deseaba impresionarse por la majestuosidad del lugar, pero al ingresar y ver la fastuosa decoración, no pudo más y abrió la boca, cerrándola de nuevo, pero a cada paso que daba, volvía a repetir la misma acción, pues la fastuosidad del lugar, lo ameritaba:

Todo dentro hasta los pasillos poseían el techo abovedado, con pinturas de colores llamativos, los pisos en madera nueva y pulida, las paredes empapeladas en tono sobrio y el sus bordes superiores una cornisa de color dorado que bordeaba casi todo el techo.

Los condujeron a un salón de estar y este poseía el tamaño del salón principal de la mansión de su abuelo, con amueblados franceses y una alfombra Persa.

Se escucharon los pasos en la madera y cuando la puerta una vez más se abrió, se encontraron de frente con el Conde:

—¡Sophia! Cavile que Axis se había equivocado.

La joven sonrió al Conde, él no le tomó la mano como correspondía en esas ocasiones, sino que le estampó un beso en la mejilla, con alegría.

—Mi Lord se recuerda usted del Capitán.

—Oh mi buen amigo, como olvidarlo.

Este formó una reverencia y después indicó:

—Mi esposa, la señora Swinton.

—Un placer señora Swinton.

A continuación el Conde se volvió al mayordomo y le indicó:

—Axil prepare dos recámaras para nuestros huéspedes.

—Sí Mi Lord.

Consecutivamente el Conde les informó:

—Mi esposa está descansando, pero sé que estará feliz de tener visita.

—Nosotros pasamos por la villa Tyner y su madre nos informó que estaban en la mansión señorial en Tyner Wear, y fue el mayordomo que nos indicó que estaban aquí en Northumberland, así que después de estar unos días con su familia, y uno en su mansión, Lady Sophia decidió que la acompañáramos hasta aquí.

—Comprendo, es que como mi esposa está un poco retraída, le pedí que me acompañara a ver el castillo, ella con alegría me acompañó, pero al llegar no se ha sentido bien, y decidimos quedarnos, para estar la semana.

En ese momento Sophia intervino:

—La culpa ha sido mía, pues no le envié a Pamela una carta explicándole que aceptaba su invitación.

—Sophia usted es como una hermana para nosotros, usted no necesita anunciarse, además estamos solos en el Castillo de Nuthedert, pues mi primo se marchó a Irlanda hace algunos meses y no hemos tenido noticia de su regreso, por otro lado, en unos días, retornaremos a Tyne Wear.

Esas palabras tranquilizaron a Sophia, pero una parte de ella sintió desilusión.

Ulteriormente de una taza caliente de té y sentir el calor en la chimenea, el mayordomo retornó:

—Las recámaras están listas, Mi Lord.

—Creo que los dejaré para que descansen, y si no es molestia Sophia, desearía decirle a Pamela de su inminente llegada, aunque no le diré que está usted con nosotros.

—Sí Milord, creo que sería lo más prudente.

Como Sophia iba a ver a su amiga y viajaba en compañía de los esposos Swinton, su abuelo no vio necesario enviarle una dama de compañía, ya que además, su nieta ya no formaba parte de las jóvenes inmaduras, pues había cumplido su mayoría de edad, y esa decisión agradó sobremanera a Sophia, al

viajar de un lugar a otro detrás de su amiga.

La ama de llaves del castillo, la señora Bonner, una señora con mirada glacial, la conducía a la planta superior y hacia el ala Norte no le dirigió palabra, sino cuando llegaron a una puerta en forma de caracol, indicó:

—Su recámara Mi Lady.

Sophia asintió, ingresó a la estancia, y se quedó suspendida, pues era la habitación de una Princesa, todo blanco y verde, con una pequeña sala de estar y otra puerta, ella se movió cuando la señora Bonner dijo a sus espaldas:

—La cena estará servida a las siete, el desayuno a las ocho, y la comida a la una, su doncella la espera dentro, y ahora permiso.

La ama de llaves cerró la puerta detrás de ella, y Sophia respiró profundo, pues hasta la servidumbre del Duque eran arrogante como su amo.

Al entrar a la segunda puerta, distinguió a su doncella Caolín arreglando sus baúles:

—¿Mi Lady desea algo?

—No Caolín, continúa con los vestidos.

—Sí, Mi Lady.

**

El Conde penetró a sus aposentos, y vio a su amada Pamela, arreglándose para la cena, él con suma cautela se le aproximó, le dio un beso en la frente, ella lo miró por el reflejo del espejo:

—¿Qué ocurre Natha?

—Bueno Pame, creo que Sophia ha decidido venir a visitarnos.

A la Condesa se le iluminó el rostro, y hacía muchos días que el Conde no la veía tan radiante.

—Oh Natha, usted no lo dice para que me alegre.

—No mi amada, cuando usted meno le espere la tendremos —. Hizo una pausa antes de decir —, con nosotros.

—Oh Natha, entonces debemos retornar lo antes posible a la residencia señorial.

El Conde no respondió, pues su esposa continuó:

—¿Usted sabe si se quedará mucho tiempo?

—Sí, y estará un tiempo largo con nosotros.

La Condesa se puso y se apretó a su esposo, de inmediato el Conde la atrajo a su pecho y la besó.

Los Condes caminaban en dirección al salón del comedor, ya que estaban hospedados en una de las recámaras del primer nivel, pues la Condesa al ser el castillo tan grande, decía que se perdía con tantas habitaciones, al llegar al salón de comedor, se encontraron con el capitán y su esposa, fue el Conde que dijo en tono casual:

—Pamela ¿Se recuerda del capitán?

—Desde luego querido —. Le sonrió al capitán y a la dama que lo acompañaba.

—Condesa que agradable es volver a verla —. El caballero hizo una reverencia —. Le presento a mi esposa, la señora Judith Swinton.

—Condesa un gran placer.

—El placer es todo mío señora Swinton, ya que con su presencia tendré compañía femenina.

La dama sonrió al comentario de la Condesa y esta continuó diciendo:

—¿Se quedarán mucho con nosotros?

—En verdad estamos de paso, pues solo acompañamos a.

Y el capitán se quedó con la oración sin concluir, pues le iba a decir que acompañaban a Lady Sophia, pero en ese momento, la puerta se abrió y entró la dama, entonces el capitán concluyó:

—Con esa dama.

La Condesa al girarse se encontró con Sophia que en ese momento entraba al salón de comedor, el rostro se le iluminó a la dama y las dos corrieron y se fundieron en un fuerte abrazo, dejando todas las normas a un lado.

—¿Sophia es usted?

—Sí Pamela.

—Oh pero Natha me informó esta tarde de su visita, pero no me dijo que estaba aquí.

—Deseaba darle una sorpresa, pero los sorprendidos fuimos nosotros, al no encontrarlos a ustedes en Tyne y Wear.

—Jajaja me lo imagino, gracias a Dios que decidió venir hasta aquí.

Los cinco tomaron asiento en la amplia mesa, y antes de ingerir los alimentos el Conde indicó:

—Demos gracias por los alimentos —. Gracias Dios por proveernos estos frutos y por permitir que lo colaboramos con estos nuestros amigos, permite que disfrutemos de ellos, en nombre de Jesús las gracias.

La cena fue deliciosa y amena, Pamela le hacía pregunta a su amiga sobre

el estado de su hermana Mía y de cómo estaban todos por Durham, ella le habló de todos y comentó que su tío estaba otra vez comprando los caballos de pura sangre, y de que el hermano de la señora Swinton había estado aprendiendo el oficio, después de terminada la cena, las tres damas se quedaron solas, pues los dos caballeros se marcharon a otro salón a conversar:

—Entonces señora Swinton es usted de nacionalidad americana.

—No del todo Condesa, mi madre era Inglesa.

—Oh es decir que es usted en parte Inglesa.

—Así es, aunque fuimos educados en América.

—¿Fuimos?

—Sí mi hermano Luken, él es el caballero que le comentó Sophia que estaba aprendiendo el oficio de Lord Roger Headfott.

—Entonces él caballero es su hermano.

—Sí, por cierto, él posee unas tierras en esta regiones, y nos quedaremos con él, a pasar las navidades.

—¿Su hermano vive en Northumberland?

—Sí, próximo al río Humber, en verdad mañana partimos hacia allí.

—! Tan pronto!

—Sí Condesa, es que nos hospedamos en su mansión casi dos día y otro en la villa de su madre, eso demoró nuestro viaje.

—Entiendo, ya que no desean que las temperaturas cambian.

—Así es, como usted sabrá, debemos continuar antes que el frío nos arrope por completo.

—Sí, la comprendo.

Las damas terminaron la conversación, cuando los caballeros retornaron, después de poco tiempo el Conde indicó:

—Querida vamos a retirarnos, pues nuestros invitados deben estar cansados del viaje.

—Oh sí que falta la mía, se me olvidó por completo de que llegaron hoy.

Los Conde se despidieron de Sophia y los esposo Swinton, ellos se despidieron de los Condes y de Sophia, ya que al día siguiente, continuarían su viaje a las tierras del hermano de la señora Swinton, pues no quedaba lejos de allí.

La semana se pasó rápida, ya que Sophia le contaba todos los

pormenores a su amiga, de lo que había ocurrido en Durham en esos dos años, y la Condesa la ponía al tanto de lo que ocurrió con el enlace de la hermana menor del Conde:

—No sé Sophia, lo que en verdad ocurrió, pues mi suegra no se callaba con que su hija menor sería la Duquesa de Thornwell, hasta envió a la pobre Carthier a Londres a su primera temporada con tres damas de compañía, la pobre muchacha retornó antes de tiempo, pues las matronas que la acompañaban, no la dejaban socializar con ningún caballero, y ellas se encargaron de extender el cotilleo de que Carthier estaba comprometida con Nicholas.

Cada vez que Sophia escuchaba la mención del nombre del Duque, el corazón le daba un vuelco, y se dijo que eso debía ser porque todo aquello le recordaba mucho a su dueño, y continuó escuchando a su amiga.

—Para no entrar en detalle, llegó a oídos del Duque los rumores y sin más se marchó de Londres, acto seguido de que la hermana de Nathan retornara de su debut, él se marchó a Yorkshire a una propiedad que posee, y hace seis meses que se marchó a Irlanda, cosa que hizo que mi suegra perdiera toda esperanza, pues aunque no han comentado nada, según me dijo Natha que su primo le habló muy claro a su tía de que él no iba a contraer nupcias con la joven.

—Pero Pame, eso fue una crueldad para Cathier.

—Oh no Sophia, al escuchar la noticia mi cuñada se marchó con el hijo mayor del párroco y contrajeron nupcias aquí.

—¿Aquí?

—Bueno no aquí, pero si en la frontera de Northumberland y Escocia, ya que las alianzas se pueden hacer por consentimiento.

—¿Pero que hizo la Condesa viuda?

—No pudo hacer nada, pues Nicholas le dio la vacante de la parroquia al esposo de Cathier y ellos viven en el pueblo.

—Eso debió ser una deshonra para su esposo.

—No lo creo, Natha a sido muy amigo de su primo y él está al tanto de que Nicholas no desea enlazarse por ahora, el Duque desea vivir su vida primero, y creo que no se enlazaría ni que se lo impusiera el mismo Rey y mucho menos la hermana de su madre, así que, mi esposo, le dio gracias a Dios que su hermana menor es feliz con el caballero que eligió.

—Creo que eso fue lo mejor.

Expresó Sophia con cierto resentimiento y dolor, pues escuchó que el

Duque no desea enlazarse por todo ese tiempo, y mucho menos hace dos años atrás, como ella soñó, que ilusa había sido.

—Sí Sophia, pues al parecer Nicholas posee una de esa dama especiales en Irlanda, pues ha viajado dos veces en estos dos años.

Sophia se apretó el labio inferior con el superior, pues no podía negar que aquel comentario le dolía.

—Los caballeros son así, no se puede esperar mucho de ellos.

—Pero y usted Sophia no posee ningún pretendiente.

—No, creo que he decidido, quedarme sola.

—Oh no amiga, eso si que no, usted es muy linda y es hermoso estar en compañía del caballero que uno ama.

—Ese es el problema amiga, que creo que no estoy hecha para amar.

—Tonterías, cuando el amor toque a su puerta no habrá barrera que lo detenga, ese caballero formará parte de su vida, y sus pensamientos será ocupado por él, sus deseos únicamente será preguntarse cuando lo volverá a ver y sus anhelos se verán reducido a un solo caballero, y mejor dicho a su nombre.

Sophia sonrió con amargura, pues su amiga no sabía que todas aquellas emociones ya la habían experimentado, pero que él caballero en cuestión, no les correspondió a sus afectos.

El mes de octubre transcurrió, los Condes retornaron a su mansión, en Tyne y Wear al junto de Sophia, está disfrutaba mucho los viajes desde la Beuther House al castillo, ya que el viaje en carruaje simplemente era de algunas horas, desde un lugar a otro.

**

El Duque miraba por la ventanilla de su carruaje cuando se aproximaban a sus tierras, después de haber estado más de seis meses en Irlanda, acompañando a su madre a visitar un caballero que la ayudaría a articular otra vez palabras, este lo había logrado, pero también se había quedado con ella, pues surgió entre los dos, una atracción que con el paso de los días se hizo evidente para él, y antes de él retornar, su madre, se había convertido en la señora Fortherter.

Nicholas sonreía al recordar, cómo su madre con ese espíritu indomable

y aventurero, se había ganado el corazón de el señor Fortherter, ella siempre le recordaba a la sobrina de su amigo Roger a Sophia, aquella joven que lo había hecho comportarse de manera diferente, y que ese hecho lo había aterrado de manera tal, que huyó de ella, pero en esos dos años, la sonrisa del rostro de la dama, no se le había borrado de su mente, y cada vez que veía una dama con su mismo color de pelo, la imagen que llegaba a su mente era Sophia.

Posteriormente de esa noche en el jardín, no volvió a saber de ella, y aunque mantenía comunicación con su amigo Roger, él nunca comentó nada al respecto de la dama, de seguro que para ese tiempo, ya estaba enlazada, con un caballero que la controlaba y no le permitía que fuera ella, si no por lo menos estaría comprometida, y por temor a lo que la joven le hizo sentir, la perdió, y cada día de su vida se arrepentiría de ello.

Levantó el rostro una vez más y supo que ya había llegado a su castillo.

Sophia estaba cabalgando, cuando decidió retornar al castillo, pues había decidido salir esa tarde a montar, mientras, la familia del Conde había llegado para pasar unos días en el castillo, así que dejó a la familia a solas, tomando el té y sin pensar tomó un caballo y se dirigió a esa colina, donde se podía ver aquella hermosa vista.

Habían llegado esa tarde, ella sentía un poco de nostalgia al ver que las damas estaban acompañadas, menos ella y la condesa viuda.

Cuando esa noche, descendió a cenar con la familia del Conde, la mesa estaba dispuesta de manera distinta, los Conde de Stewart se colocaban a la mano izquierda, mientras que la madre de él, se colocaba a mano derecha, el lugar principal estaba desocupado, y las dos hermanas del Conde con sus parejas estaban de cada lado.

Cuando escuchó los pasos de alguien entrando por la puerta, el corazón de Sophia deseó salirse por la boca, y al ver la figura que hacía su entrada, su asombro fue tal, que quedó hipnotizada y sin más parpadeó sobre parpadeo, pues sus pestañas estaban sin control, su cuerpo de pronto comenzó a temblar, cuando alzó la vista y lo vio, toda la piel del cuerpo se le erizó y un escalofrío la recorrió de pie a cabeza, y se dijo, que no iba a dejar que él notara su turbación, alzó la vista y afrontó los ojos de él.

Cuando el Duque ingresó al salón del comedor, quedó pasmado al ver a la joven que estaba parada al frente de la mesa, al principio no pudo ocultar su asombro, pues no esperaba encontrarla a ella allí, en su castillo, pero pronto tomó el control de sus emociones, y se aproximó a su tía, después a su primo y Condesa, primas y esposos por último dijo en tono casual:

—Lady Sophia Headfott —. Moviendo su cabeza en señal de saludo y con toda calma, tomó asiento en el lugar principal de la mesa.

Sophia le devolvió la reverencia al Duque.

Él de forma imperceptible le sonrió, y en seguida de dar gracias, todos comenzaron a cenar.

Sophia trataba de controlar su nerviosismo, pues sentía una intranquilidad mental, ya que el Duque la miraba desde su asiento de forma sutil, pero insistente, ella se dio cuenta y eso la hacía poner más nerviosa que antes.

Ella suspiró al escuchar por fin una voz en la mesa:

Fue la Condesa viuda que preguntó:

—Nicholas ¿Y Alice como está?

—Muy bien, ya que se ha convertido en la señora Fortherter.

—¡Qué! —. Solo pudo hacer esa exclamación la Condesa viuda, pues el Duque continuó saboreando los alimentos, sin poner mucha atención a la irreverencia de la dama, los demás de la mesa sonrieron entre dientes.

Inmediatamente de cenar, los caballeros se retiraron a compartir a solas, Sophia en ese momento dio gracias a Dios, pues en toda la noche no había subido mucho su cabeza, y el cuello le dolía un poco, lo movió desestresándolo un momento.

La Condesa viuda hablaba sin parar de lo que su sobrino había dicho en la mesa:

—Es inaudito que Alice contrajera nupcias una vez más.

—¿Por qué madre?

—Porque después de ser una Duquesa se ha rebajado a ser una simple señora.

—No lo creo suegra, al contrario, continúa siendo una Duquesa viuda, pero una señora viva, ese ejemplo debería tomarlo usted.

—Ja. Eso nunca, he sacrificado mi vida a mis hijos, y ningún caballero sea quien sea se merece el mínimo cuidado de mi parte.

—Creo Mi Lady que su tiempo como madre ya pasó, debería disfrutar un poco de la vida, ya sea viajando o visitando a sus amigas, y porqué no a su

hermana.

Sophia en ese instante comprendió, que su amiga Pamela no era la misma de antes, esta enfrentaba a las personas y no a todas las personas, sino a su suegra, con una determinación que vio admiración en los ojos de las hijas de ellas, hacia su cuñada.

La Condesa no expresó palabras, sino que cambió de tema, hasta que los caballeros retornaron y la tensión en el cuello de Sophia retornó.

Los caballeros fueron de inmediato hacerles compañía a sus esposas, las únicas a solas eran la Condesa viuda y ella, y la dama a poco tiempo se despidió, alegando que estaba cansada.

Sophia no sabía hacia donde mirar, pues todas las parejas estaban ensimismadas en sus conversaciones, cuando escuchó unos pasos aproximándose a su sillón y al sentir el aroma del Duque, todos los recuerdos que pensaba olvidados, retornaron a su memoria, como una avalancha de emociones, las cuales trajeron consigo lo que sentía aun por él.

Escuchó su voz profunda y ronca:

—Lady Sophia Headfott que sorpresa encontrarla aquí.

Sophia se llenó de valor y expresó con un poco de molestia:

—Si le molesta mi presencia en su castillo su excelencia, mañana podría retornar con la Condesa viuda a Tyne.

—Oh no, Lady Sophia Headfott, al contrario su presencia en verdad es lo más placentero que he encontrado a mi regreso.

—Pues, no creo sus palabras, excelencia.

—Desde que nos conocemos, creo que no le he faltado con mis palabras.

Sophia se mordió el labio superior con el inferior, dándose cuenta que él decía la verdad, aunque esa noche en el jardín demostró cierta debilidad hacia su persona, si debía llamarse así, él nunca le indicó nada que la hiciera creer que estaba interesado en ella.

—Buscó en su memoria, y se ha dado cuenta que es verdad.

Sophia no expresó palabras, sino que en ese momento se puso de pie y sin más dijo:

—Buenas noches excelencia.

Él se le quedó mirando, pero ella de inmediato se despidió de los presentes y cuando fue a donde Pamela esta le dijo:

—Sophia es temprano, para retirarse.

—Pamela es que deseo terminar la carta al abuelo.

—Pues no la detendré más, hasta mañana amiga.

Sophia salió del salón a pasos agigantados, pues la perturbación de su corazón era sin lugar a dudas, ensordecedora.

¿Qué me está ocurriendo? Se preguntaba mientras ascendía las escaleras, y cuando entró a su recámara, estaba temblando, fue a su cama y deseó llorar, a causa de él siempre la miró como una dama más, ella fue una ingenua al creer que un caballero como aquel, pudiera poner su vista en ella, y se dejó enredar en esa telaraña del corazón, que así mismo, una vez ella le dijo a él, era engañoso más que todas las cosas.

El Duque esa noche no podía dormir, pues su sorpresa fue grande al ver a la dama de sus pensamientos esa noche en su castillo, Sophia estaba allí, a unas poca distancia y esa noche había tenido el placer de hablarle, y aunque ella estaba a la defensiva, sintió que él no le era indiferente. ¿Estaría comprometida?, se preguntó por enésima vez. ¿Acaso estaría soltera? Eso sería imposible, pues ella era la dama más hermosa de toda la tierra, y si los caballero no advertían eso, era porque estaban ciegos.

El cansancio abatió al Duque quedándose por fin dormido, cuando se despertó al día siguiente, ya su tía y sus primas al junto de sus esposos, se habían marchado a Tyne.

—Nicholas estás un poco perezoso, es la primera vez que se despiertas tan tarde.

—Natha es que el viaje fue agotador.

—Y sin embargo, se quedó casi toda la noche en el salón, si cierta dama no se retira, creo que usted se hubiese quedado toda la noche.

—¿Por qué no me dijiste que ella estaba aquí?

—Porque cuando le escribí, no sabía de su llegada, ella deseo darle una sorpresa a Pamela y fue a Tyne, pero el capitán y su esposa la convencieron de que los acompañara a Northumberland, después nos acompañaba hacer las visita a su propiedad.

—¿El capitán contrajo nupcias?

—Sí y con una americana.

—Eso sí es novedoso.

—Lo novedoso es que la señora Swinton tiene un hermano que por lo que me comentó Pame, está interesado en Sophia.

—Y ella, le interesa el caballero.

—Por la forma que me lo contó mi esposa, al parecer el caballero no es indiferente a Sophia.

—¿Eso quiere decir que no están comprometidos?

—Aún no lo están.

El Duque caviló un instante y sin roseo preguntó:

—¿Cómo la puede ver a solas?

—Sophia cabalga todas las tardes, creo que es el único tiempo que no se lo pasa en compañía de Pame.

El Duque no expresó palabras, y se pasó todo el día en su despacho poniendo las cosas en orden, mientras, Sophia estaba un poco nerviosa, y cada vez que escuchaba pasos por el piso de madera, creía que era él, pero el Duque no se presentó a desayunar, ni a la hora del almuerzo.

En la tarde, Sophia fue a la caballeriza y el mozo le había ensillado un caballo, como cada visita de ella a esa propiedad, ella suspiró, pues aunque las temperaturas se estaban poniendo fresca, cabalgar le haría bien, pues en el castillo se sentía como si todos la observaban.

Comenzó a cabalgar por el mismo sendero, cuando escuchó los casco de otro caballo, que sin mucho esfuerzo la alcanzó, y era él, con su traje marrón oscuro de montar, como siempre impecable:

—Buenas tardes Lady Sophia Headfott.

—Su excelencia....

—Venga conmigo, voy a mostrarle algo.

El Duque sin más atizó su caballo de pura sangre y Sophia lo persiguió, subieron una pequeña hondonada y se detuvieron, en aquel tiempo, ella se maravilló de lo que veía.

El sol declinaba, dorando con sus últimos rayos a las extensas campiñas y las crestas lejanas de las montañas, cuando Sophia veía desde esa parte su vista se extasiaba en todos los colores del terreno, todos los matices de los árboles daban los más variados toques al paisaje, destacándose más cerca y más distantes los caprichosos pueblos, con techos de heno. Sonrió al ver como el sol con majestuosidad se inclinaba hacia la luna y aunque se quedó un fulgor de su resplandor se advertía su despedida:

—Es hermoso.

—No más que usted Sophia.

Ella al escuchar las palabras del Duque, giró su rostro y él la observaba con una mezcla de ardor y travesura.

—Su excelencia debo retornar.

El Duque la miró con ternura y le preguntó:

—¿A bailado vals con otro caballero?

La joven dama asombrada por la pregunta, lo miró inquieta, pero pronto se recobró y respondió:

—No he asistido a ningún baile.

—Eso quiere decir que si hubiera asistido, hubiese bailado el vals con cualquier caballero.

—Su excelencia, es usted un caballero pretencioso al cavilar que todas las damas que usted conoce y a las que les ha dicho lo mismo, se quedarían siempre esperando por usted.

—¿Usted lo ha hecho?

—¿Hacer qué?

—Esperar por mí.

Sophia no esperaba que la conversación se fuera en ese camino, más bien, no esperó conversar con él, así que resopló y indicó:

—Es usted un presumido, egoísta y caprichoso, usted piensa que el mundo solo gira a su alrededor, pero se equivoca usted su excelencia.

Y sin esperar respuesta, la joven atizó su caballo y él presenció como se alejaba a toda velocidad y sonrió.

A la hora del té, ella le preguntó a su amiga de forma casual:

—Pamela ¿Cuándo retornaremos a su residencia?

—Se lo preguntaré a Natha, ya que él estaba poniendo al tanto de sus asuntos al Duque.

—Pues si no es molestia desearía ir a visitar a Judith y a su hermano.

La Condesa sin más quiso satisfacer su curiosidad y preguntó:

—Sophia ¿Es muy elegante el caballero?

—Es diferente a los ingleses, posee más fortaleza física que los caballeros normales.

La Condesa estaba buscando las palabras adecuadas para preguntarle a su amiga, y con sutileza preguntó:

—¿El caballero está interesado en usted?

—Pamela no le podría contestar esa pregunta, pero de mi parte lo veo como un excelente amigo, es fácil conversar con él.

Esa noche la Condesa dijo a su esposo:

—Natha usted cree que podemos retornar a Tyne.

—Retornar a Tyne ¿Se encuentra bien?

La Condesa dudó un instante de decirle a su esposo:

—Es que Sophia desea ir a visitar a la señora Swinton, aunque creo que a quién desea ver mi amiga es a su hermano.

El Conde deseo indagar más sobre el asunto:

—Se lo ha dicho Sophia.

—Oh no de esa manera, es que me he fijado que ella está muy distraída, algunas veces siento que su cuerpo está conmigo, pero que su mente viaja en otro lugar, creo que mi amiga está enamorada.

El Conde no expresó palabras, sino que a la mañana siguiente, cuando se reunió con su amigo sin más le señaló:

—Nicholas creo que nosotros nos marcharemos a Beuther House.

—¿Pero por qué?

El Conde conociendo a su primo, se dijo que iba a darle un pequeño empujoncito hacia su felicidad, así que respondió de manera casual:

—Es que mi esposa me ha comunicado que Sophia desea visitar al señor Carther.

—¿Quién es ese señor Carther?

—Es el caballero que le informé, que es el cuñado del capitán y que posee una tierras aquí en Northumberland.

El Duque se quedó un instante meditando, y el Conde le echo un vistazo por el rabillo del ojo, sin más se pasaba la mano por su pelo, como buscando una solución a su problema, en aquel momento el Duque comentó:

—Natha deseo que me hagas un favor.

—Sí, Nicholas.

—Esta noche deseo cenar a solas con Lady Sophia.

El Conde se hizo el sorprendido y dijo:

—¡Cenar solos!

—Sí, sí después de esta noche ella desea ir a ver al caballero, o marcharse a House Beuther lo puede hacer.

El Conde con voz ronca le expresó a su primo:

—Nicholas no puedes hacerle daño a Sophia, ella es una dama de gran estima, igualmente, soy responsable ante su abuelo.

—No se preocupe Natha que no le haré daño, simplemente deseo un momento a solas con ella, para así saber los sentimientos que ella alberga hacia mi persona.

—¿Qué me desea decir con eso?

—Seré claro con usted, si Lady Sophia corresponde a mis sentimientos, entonces la cortejare.

—¿Usted cortejar a una dama? Eso no me lo esperaba.

El Duque no respondió a la pregunta de su primo, sino que le apuntó:

—Entonces puedo cenar a solas con ella.

—Pero, qué le diré a Pamela.

—Creo que una cena romántica en la cabaña del lago, haría que su esposa no preguntara.

—Mi pregunta sería en tal caso, cuál cena será más romántica, la mía con mi esposa o la suya con Sophia.

El Duque miró a su primo de manera asesina, pero a la vez con malicia.

**

Esa noche, Sophia se vistió con un vestido azul oscuro, y al descender las escaleras, se encontró al Duque al pie esperándola:

—Lady Sophia Headfott me permite escoltarla.

Sophia no deseaba ser imprudente con su anfitrión, así que, con tranquilidad aparente, tomó su codo, al llegar al salón del comedor, observó que únicamente dos lugares estaban dispuestos.

Él dijo en forma casual:

—Los Condes esta noche cenarán en la cabaña del lago.

—¿Por qué? ¿No desean compartir con nosotros?

—No, es eso es que desean tener una cena íntima.

Ella se enrojeció, pues quienes estaban solos eran ellos dos, él separó la silla a su derecha y ella tomó asiento, en seguida él dio gracias a Dios y en silencio comenzaron a cenar, hasta que él señaló:

—¿Está usted nerviosa?

Sophia levantó la vista y él le sonreía, era la primera vez que lo hacía, y ella reaccionó de inmediato, deteniendo su mano a medio camino de la boca, el Duque no expresó palabras.

Al recuperarse ella le indicó:

—Sí estoy nerviosa su excelencia, pues usted con sus insinuaciones, no me deja disfrutar la cena.

—De acuerdo, intentemos disfrutar entonces de la cena y de la noche como dos desconocidos, así usted estará más calmada y más cómoda.

Sophia asintió, pero no levantó el rostro, acto seguido las cosas se dieron con más calma, posteriormente de cenar los dos se dirigieron al salón verde,

el más pequeño que los demás, cuando caminaban dentro del salón, Sophia explicó:

—Creo que no es correcto que estemos solo en esta estancia.

—No será por mucho tiempo, solo tomaremos una taza de té y la dejaré marchar.

Sophia se sentía inquieta, que estaban haciendo ellos dos, solos en ese salón, y por tanto cavilar en todo lo que ocurría, esa noche se sentía mentalmente exhausta.

—¿Se encuentra bien?

Ella escuchó, pero en vez de responder, fragmentó la aspiración más de lo debido y él repitió la pregunta, más preocupado:

—Lady Sophia Headfott ¿Está bien?

—No lo sé —. Se respondió a así misma, en voz alta.

—¿Desea salir a tomar un poco de aire al jardín?

—No, no...

El Duque con toda gentileza la giró hacia ella y dijo confuso:

—No se ve bien.

Sophia lo miró de frente y sin tapujos le preguntó:

—¿Qué nos pasa?

—No lo sé —. Repitió él con voz controlada.

—También estoy buscando una explicación a lo que siento.

—¿Qué es lo que sientes Sophia?

Ella levantó su vista hacia él, al escuchar cómo la había llamado, tan íntimamente y se quedó perdida en su mirada.

Nervioso, como pocas veces en su vida, Nicholas tomó su mano con suavidad, sabiendo que la suya no era del todo firme y con mucha delicadeza se la llevó a sus labios, sin dejar de mirarla.

—Eres muy hermosa Sophia, con su pelo tan claro que hace que la luz del sol se rinda ante su esplendor, sus labios son tan hermosos.

Su voz la traspasó tanto o más que sus palabras.

Quedó hipnotizada por aquellos ojos grises, tan puro como un cielo en tormenta.

El Duque tenía su vista fija en la boca de ella, aquella boca, que lo habían hecho que su sueños tomará otro color.

Nicholas temió besarla allí mismo, pues como ella lo miraba lo tenía fascinado:

—¿Qué nos ocurre Sophia?

—No lo sé excelencia.

—Deseo besarla.

—No sería correcto.

—Entonces déjeme abrazarla.

Ella no se hizo rogar, por el contrario se aproximó más a él y se dejó envolver por sus brazos y disfrutó de verse rodeada por él, una vez más.

El Duque le levantó el rostro con la mano y le besó la mejilla, justo al lado de la comisura de los labios.

Una corriente cruzó sus cuerpos.

Se mantuvieron en silencio, él pasó la mano izquierda por su cuello y la derecha por la cintura, la apegó más a él y en voz suave indicó:

—No puedo más.

En el momento que tocó sus labios, se perdió en su sabor, él abrió la boca para acariciar la suya con mesura y pasó suavemente sus labios del superior al inferior. Sintió a penas su gemido y ella le permitió el paso, recibéndolo con inocencia, y él deseó profundizar el beso, pues la había soñado entre sus brazos desde que la vio en la terraza la primera vez, y luego que bailó aquel Vals lo esperaba con desesperación.

El Duque la dejó de besar con sutileza, la apartó un instante y Sophia volvió a la realidad, y recordó después de lo que sucedió en el jardín que él se marchó, en aquel momento, ella se alejó de él unos pasos, los suficientes para soltarse de sus brazos:

—¡Sophia!

Y aunque escuchó su nombre, varias veces en los labios del Duque, salió del salón verde, subió a toda prisa las escaleras y se encerró en su recámara.

Él cuando la vio salir con aquella prontitud se dijo, que ella estaba asustada, ya que los sentimiento de él, eran correspondidos y sonrió.

Capítulo VII

Esa mañana, Caolín la doncella de Sophia, cruzó la pequeña sala de recibidor de su señora, cuando entró en la recámara de su ama vio los baúles encima de la cama y el armario abierto, y ella vestida con un traje de viaje:

—¡Mi Lady!

—Caolín, debe arreglarse, nos marchamos a Tyne y de ahí a Durham.

La doncella asombrada por la actitud de la joven no dijo palabras.

—Dígale a Pamela que la deseo ver.

—Si Mi Lady.

Cuando su amiga tocó a la puerta de su recámara, Sophia solo indicó:

—Entre —. Y continuó poniendo sus cosas en orden, cuando escuchó en su espalda:

—Sophia ¿Y ese baúl?

—Oh Pamela, creí que era Caolín.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué empacas sus cosas?

—Pamela debo marcharme.

La Condesa abrió los ojos como plato y preguntó:

—¿A pasado algo en Durham?

—No.

—Entonces.

Sophia respiró hondo, sabía que su amiga no la dejaría marchar sin darle una muy buena explicación así que la condujo a la pequeña salita que estaba al frente y le señaló un sofá:

—Pamela lo que ocurre, bueno, lo que ocurrió fue que en su boda, el Duque se me aproximó a mí a pedirme un vals.

—Sí lo recuerdo, en ese momento Natha le comentó algo a su tío Roger, él giró el rostro hacia la pista y de igual forma lo hice y usted y Nicholas estaban bailando, como si estuvieran solos en la pista.

Sophia se sonrojó al escuchar que todos los que los vieron se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo:

—Después del vals salimos al jardín y —. Respiró profundo pues recordarlo aún la hacía estremecer...

—Nicholas se comportó impropriamente.

—No, él bueno, él...

—Sophia termina la frase.

—Él me abrazó.

—¿Qué?

—El Duque me abrazó en el jardín y me dio un beso en mi pelo, pero después se alejó y al día siguiente, se marchó de Durham.

—Eso es increíble, pero que tiene que ver con que usted se marche ahora.

—Pamela anoche cenamos solos.

—¿Qué? Pero Natha me dijo que tal vez él no descendía a cenar, por eso accedí a tener una cena romántica en la cabaña del lago —. La Condesa se ruborizó, al decir las últimas palabras.

—Pues no fue así, cenamos juntos, y luego nos marchamos al salón verde a tomar un té.

—¿Solos?

Esta vez la que se ruborizó de manera fuerte y contundente fue Sophia:

—Sí.

—¿Qué más ocurrió?

—Bueno, él me pidió permiso para besarme.

—¿Y se lo diste?

—No.

La desilusión llegó al rostro de la Condesa, entonces preguntó:

—¿Y por eso se marchas?

—Las cosa no se quedaron allí, él me pidió un abrazo y me dejé abrazar, pero después él me dijo que no podía más y me besó.

—Entonces Sophia, no lo puedo creer, Nicholas y usted, oh qué gran sorpresa...

—No Pamela, nosotros no tenemos nada, por eso es que debo irme.

—Pero no entiendo Sophia.

—Usted hace un mes me explicó que el Duque no desea enlazarse por ahora, y sé que así es, de seguro volverá a marcharse, y no deseo sentirme una vez más como una tonta, esperando por él, y viéndolo llegar a cada momento, sin saber que él nunca volvería.

Pamela comprendió muy bien a su amiga, pues eso le había ocurrido a ella, cuando estuvo en Londres, después de llegar a Durham veía al Nathaniel por todas partes, y soñaba que él iba a viajar a buscar, pero eso no ocurrió, así que si el Duque le interesaba su amiga esta vez sería él que tendría que correr por ella.

—Está bien Sophia, la ayudaré, pero no puede ir a la villa del hermano de Judith, pues Natha sabe de que usted desea visitarla, y algo me dice que él fue quien ayudó a su primo con lo de anoche, así que usted se marchará a Beuther House.

—Pero allí será el primer lugar donde buscarán.

—No amiga, si ello le buscan, será en la villa de la Condesa viuda o en las tierras de su amigo, pero me encargaré de que en mi residencia no la busquen, y vamos a ver qué dirá mi esposo y el Duque cuando no la encuentren.

—¿Usted cree que él me buscará?

—Desde luego que sí, pero esta vez, no le pondremos las cosas fáciles, o declara sus sentimientos o se aparta de una buena vez.

Sophia no sonrió al comentario de su amiga, aunque las dos se abrazaron y se despidieron:

—La voy a enviar en mi carruaje, con suma discreción, ni Nathaniel se dará cuenta.

—Pero usted tendrá problemas.

—No Sophia quien tendrá problemas es otro.

Así ocurrió, Sophia y su doncella se marcharon esta mañana a la mansión de la Condesa con sumo sigilo, llegado el momento, ella se haría que no sabía nada, cuando descendió a desayunar a las ocho con su esposo.

El Duque una vez más se despertó más tarde que de costumbre, casi era el medio día, pues la noche anterior sus cavilaciones no lo dejaban conciliar el sueño, pensar en la forma como su Sophia estaba entre sus brazos la noche anterior se le disipó el sueño.

Cuando descendió al despacho, su primo lo vio, con una cara de felicidad:

—Por su semblante Nicholas, puedo decir que le fue muy bien.

—Oh Natha, no creo poder esperar para verla de nuevo.

—Al parecer que esta vez sí lo atraparon Duque de Thornwell.

—Voy a enviar a cortar unas flores para ella.

—Creo que en el invernadero están las rosas que su madre envió a cultivar.

El Duque no esperó más y envió a llamar al mayordomo, cuando el anciano entró al despacho indicó:

—Señor Axis, envíen a cortar algunas rosas, en el invernadero, las más

bellas y después tráigamela.

El Conde esperó a que el mayordomo saliera y sin poder esperar soltó una estruendosa carcajada.

—Jjajaja. A llegado el día en que cayó el Duque de Thornwell a los pies de una dama, Jajajaja, no lo puedo creer.

—Natha no puedes reír mucho, ya que usted hasta gastó una fortuna para estar junto a su amada.

—Sí, pero usted luego me compró la propiedad —. En ese momento el Conde se quedó pensativo y la sonrisa del rostro se le desapareció cuando dijo —. A usted desde ese tiempo le gusta Sophia, por eso me compró la villa.

El Duque se encogió de hombros y su primo de inmediato le preguntó:

—¿Por qué esperó tanto para declararse?, Si ella le agradaba desde —. Y le surgió la pregunta —. ¿Desde cuando le agrada Sophia?

El Duque miró a su primo, después se puso de pie y caminó hacia la ventana y mirando hacia fuera respondió:

—Desde Londres.

—¿Qué! Usted le gusta la dama desde Londres, ¿Pero porque no hizo nada?

—Porque cavilé que era pasajero, después en su boda, cuando la tuve entre mis brazos, me asusté.

—Quiere decir cuando bailo con ella aquel Vals.

—Sí, pero después la invité a salir al jardín y la abracé.

—No lo puedo creer, por eso usted me preguntaba por ella, sospeché que le agradaba, pero cuando se marchó a Irlanda esas dos veces, creí que era algo pasajero.

—Me marché, pues estaba luchando conmigo mismo, y luché mucho por arrancarla de mi mente y corazón más lo que siento por ella no puedo ganarle.

—¿Y si ella se hubiera enlazado?

—Fuera el caballero más desdichado de todos.

—Pero Nicholas usted alguna vez le dijo de sus sentimientos.

—No, simplemente aquella vez la abracé, le di un pequeño beso en la cabeza y la solté, después me marché de Durham, pero ayer, ayer cuando una vez más la tuve entre mis brazos, comprendí que es allí donde la quiero, no deseo nunca más soltarla y la voy a cortejar...

—Pues primo en hora buena, creo que cualquier dama estaría muy

complacida en ser su Duquesa, pero creo que Sophia es diferente, tendrá que esforzarse para mostrarle sus sentimientos.

—Por eso pedí las rosas, se la daré y después la invitaré a cabalgar, a continuación le pediré que me permita cortejar, y posteriormente cuando me diga que sí, la volveré a tener entre mis brazos.

—Nicholas en verdad está usted desvariando.

—Jajaja. Desvariando por amor.

—Jajaja —, y los dos bromearon.

A la hora del almuerzo, los dos se dirigieron al salón del comedor, y el Duque con su ramo de rosas en la mano, cuando entraron a la estancia estaba vacía.

Fue el Conde que le preguntó al mayordomo:

—Señor Axil y mi esposa.

—Mi Lord la Condesa envió por una bandeja, pues se quedará en su recámara.

—Y Sophia, es decir Lady Sophia Headfott.

—Su excelencia Lady Sophia Headfott se marchó muy temprano.

La sorpresa fue grande para el Duque:

—¿Qué se marchó? —. Preguntó espantado —. ¿Para donde? ¿Con quién?

El anciano mayordomo no sabía, cuál pregunta contestar así que dijo:

—No lo sé, su excelencia.

—Como que no lo sabe, es usted el mayordomo debe saberlo todo.

El Duque en ese momento se sintió frustrado, dolido, extrañado, pues por su mente nunca esperó que ella se marchara.

—Axis envié a ensillar mi caballo.

El Duque no encontraba paz, caminaba de un lugar al otro, mientras, el Conde lo observaba y también se preguntaba, por qué la dama se había comportado así, en aquel momento con cautela señaló:

—Nicholas es posible que Lady Sophia fuese a visitar a su amiga la señora Swinton.

—Si es así, debe ir directamente a los brazos de ese tal Carther.

—No creo que Lady Sophia sea de las damas, que visiten a sus pretendientes.

El Duque le echó una mirada que, casi el pensó que lo hería.

—Voy a preguntarle a Pamela por ella.

—Sí, pues deseo que ella retorne rápido.

El Conde dejó a su amigo, caminando de un lugar a otro, como si fuese una fiera salvaje enjaulada, al entrar en sus aposentos, vio a su esposa mirando por los ventanales y la bandeja de comestible a un lado sin ser tocada.

Él carraspeó para que ella se diera cuenta de su llegada.

Pamela se dijo que poseía dos alternativas, decir que no sabía donde estaba Sophia y mentir, o ponerse enfadada por lo que él hizo, la noche anterior y ofenderse de tal forma, que no le saliera ninguna información, fue en ese instante que escuchó que su esposo se limpiaba la garganta, ella ni se inmuta:

—Buenas tardes Pame.

Ella no respondió al saludo, se quedó estática.

—¿Le ocurre algo Pame?

Ella respiró profundo, puso su cara más horrible de enfado y dijo con voz dolida:

—¿Cómo pudiste Nathaniel Follie?

El Conde se sobresaltó, ya que su esposa exclusivamente lo llamaba de esa forma, cuando estaba muy enojada y una sola vez lo había hecho y fue por culpa de una ex amante que se encontraron en Bath.

—Pame ¿Qué he hecho?

—Y se atreve a preguntar, ¿Qué ha hecho? Le parece poco, hacerme creer que deseaba estar conmigo en la cabaña del lago, para que compartiéramos una cena romántica, y la verdad es que lo que deseaba era que su primo estuviera a solas con Sophia, usted no sabe cómo se siente mi amiga, ella que es como una hermana, usted de seguro que no sabía que su querido primo el día de nuestra boda la abrazó y la muy ingenua creyó que el Duque sentía algo por ella, y él sin más se marchó, salió de su vida por dos años, dejándola destrozada y sola, por causa de él mi amiga no deseaba venir a visitarnos, y usted se compagina con él para hacerle lo mismo, aunque con una variante, Sophia no está dispuesta a que él le rompa de nuevo el corazón.

—Pame, pero Nicholas está vez desea cortejarla.

La sorprendida esta vez fue ella, así que le dio la espalda a su esposo para que no viera la mirada de triunfo, cuando se repuso señaló:

—Ya ella se ha marchado.

—¿A dónde se marchó? Nicholas está desesperado, dime donde está para que él vaya por ella y subsanen sus diferencias.

La Condesa se dijo para sí, esta vez él tendrá que hacer más que eso:

—No lo sé, ella no me dijo hacia dónde se marchaba, pues sabía que no podría ocultarlo, por eso no le insistí mucho.

—Pame, perdóneme por no decirle, pero Nicholas me suplicó que los dejara solos, él deseaba saber, si ella aun sentía algo hacia él.

—Pero Natha usted no sabía que Sophia esperó por él todo este tiempo, y su primo en ningún momento hizo algo por buscarla.

—Pame es que nosotros los caballeros somos unos idiotas, usted no se recuerda todo lo que sufrí por no aproximarme a usted desde el principio.

—Sí, pero usted al final hizo lo que debía, usted se arriesgó por mí.

—Pobre Nicholas, no sé qué podrá hacer.

—Oh Natha ayúdelo para que la encuentre.

—Pero y usted.

—No se preocupe, retornaré a nuestra mansión y allí lo esperaré.

—¿Estás segura?

—Sí Natha, vaya y encuentre a Sophia.

—Está bien Pame —. Él le dio un beso en los labios a su esposa y salió de la recámara.

Ella de inmediato llamó a su doncella:

—Nixte ya arregló sus cosas.

—Sí Condesa.

—Pues en un momento nos marchamos a Beuther House.

El Conde retornó al salón del comedor, pero el Duque no estaba, el mayordomo le indicó que el caballero lo esperaba en las caballerizas, así que se dirigió hacia allí, al llegar su primo estaba con su látigo en la mano y vestido con su traje de montar:

—¿Y bien?

—Pame no sabe donde pueda estar.

—¿Qué ella no sabe?

—No, al parecer Lady Sophia está huyendo, pues cavila que usted solo estaba jugando con ella, como lo hizo en el jardín el día de nuestra boda, especula que usted la enredaría y acto seguido, se marcharía de nuevo, eso ella no lo podía soportar, así que decidió mejor ella marcharse.

—¡Que dices! ¿No entiendo?

—Es muy simple Nicholas, ella poseía sentimientos hacia su persona, y de alguna forma ella caviló que usted iba a reaccionar diferente, en cambio se

marchó y no volvió a saber de usted, esta vez es ella quien decidió marcharse para no sufrir.

—Pero anoche la ceñí contra mi pecho y la cubrí con mis brazos y la besé de manera tal, que ella sintiera lo que estaba experimentando.

—Al parecer Nicholas que eso no fue suficiente.

—Voy por ella.

—Le acompaño.

—Entonces, vamos.

Los dos se dirigieron a las tierras del señor Carther, al llegar se encontraron con el capitán:

—Amigos que grata sorpresa.

—William recuerdas al Duque.

—Desde luego, su excelencia —. El capitán formó una reverencia, él se la devolvió un poco inquieto.

—¿Qué los traen por estos lares?

Fue el Conde que respondió:

—Pasábamos y como mi esposa me comentó que Lady Sophia deseaba visitarlos, franqueamos a ver si la distancia era muy lejana.

—Pues dígle a Lady Sophia, que mi esposa y su hermano se marcharon de manera rápida a Cumbria, pues una hermana de su madre falleció, y mañana parto también hacia allí, pues no puede partir con ellos, ya que diez caballos de Roger pasaron esta semana por aquí y hoy se marcharon con destino a Escocia.

—Por eso se detuvo usted.

—Así es, pero dígle que cuando retornemos pasaremos por su mansión a saludarla.

—Pues lo estaremos esperando, ahora William nosotros continuaremos nuestro camino.

—Mi buen amigo fue un gran placer volverlo a ver y a usted excelencia.

Los caballeros se despidieron y cuando estaban sobre sus monturas, el Duque le expresó:

—Si ella no está aquí, dónde se marchó.

El Conde no dijo nada, se quedó pensando un rato, hasta que su primo dijo:

—De seguro retorno a Durham.

—Es probable, ya que Lady Sophia no se lleva muy bien con mi madre y no sé si conoce a más personas.

—Pues retornemos al castillo, me prepararé para viajar a Durham.

—Le hubiera acompañado, pero no puedo dejar a Pame sola por tantos días, ella está en espera y no deseo dejarla.

—No se preocupe usted, ya mucho me ha ayudado, ahora debo buscarla, y cuando la encuentre me escuchará.

El Conde no dijo más, sino que acompañó a su primo devuelta al castillo, al llegar le informaron que la Condesa se había marchado a la mansión, él se encontró sospechoso eso, pero no le refirió nada al Duque, ya que él debía afrontar sus sentimientos y la única manera de hacer eso era posible, es cuando se siente que se pierde a la persona amada, lo que le ocurrió a Roger su amigo y a él, al pensar que otros caballeros pretendían a sus amadas.

Sophia estaba en la mansión de los Conde y no salió de su recámara hasta que esa noche, alguien tocó a su puerta:

—¿Pamela?

—Sí.

Ella abrió la puerta y la Condesa entró diciéndole:

—Buenas noches amiga.

—¡Qué haces aquí!

—Esta es mi residencia querida.

—Si lo sé, pero

—No se preocupes, Natha y el Duque están buscándola y mueven cielo y tierra para encontrarla.

—¿Pero qué quiere el Duque?

—¿Qué más querida? Buscarla para cortejarte.

—¿Cortejar?

—Sí eso creo, pero claro está, no se lo pondremos fácil.

—Pero Pamela, ellos de seguro que vendrán aquí.

—No lo creo, de seguro mi esposo y su primo deben estar de camino a Durham.

—¿Durham?

—Claro, pues piensan que usted corrió a refugiarse con su abuelo, pero que sorpresa se llevaran a no encontrarla allí, su tío se pondrá furioso y le dará su merecido a Nicholas, después, el muy idiota le dirá que está locamente enamorado de usted y todos vendrán una vez más donde mí, para que les diga

de su paradero, entonces les diré, Sophia siempre estuvo aquí.

—Oh Pamela usted no cambia.

—Jajajaja. La vida Sophia es una novela, unas más trágica que las otras, y otras más romántica y conmovedoras.

—Pues lo que creo es que el Duque retornará esta noche y dirá que soy una niñita haciendo rabieta y se marchará a Londres.

—Sophia es usted muy cruel, debe ser más romántica, recuerde que es usted la que sufrirá, si deja que su mente que es su peor enemiga, la llene de malos pensamientos.

—Pero no puedo dejar de pensar en las posibilidades más malas.

—Pues en tal caso, póngase a leer, haga algo y no permita que ese pájaro malo que lleva en esa parte, se salga con la suya.

El Duque esa misma noche envió a preparar su carruaje y su caballo y se marchó hacia Durham, viajó sin mucho descansar tres días en un viaje que por lo regular se hacía en cinco días, y cuando llegó a la mansión del Marqués estaba exhausto:

—Buenas Noches su excelencia.

—Deseo ver al Marqués.

—Sí su excelencia, pase por favor.

Lo hicieron pasar a la sala de estar, pero posteriormente, el mayordomo lo condujo al despacho del caballero:

El anciano Marqués estaba sentado en su silla, pero al verlo, se puso de pie, formó una reverencia y señaló:

—Su excelencia, buenas noches.

—Buenas noches Mi Lord.

—¿Ocurre algo?

—¿Por qué su pregunta?

—Es que se ve usted agotado y aparte de, su semblante está preocupado.

—Lo que ocurre Marqués es que deseo ver a Sophia, es decir a Lady Sophia Headfott.

El anciano supo de inmediato que el caballero a quien estaba buscando era a su nieta, al parecer los dos se reencontraron una vez más, pero ella se le había perdido de vista al Duque.

—Usted desea ver a mi sobrina, pero creo que mañana continuaremos con esta conversación, ya que se ve usted demasiado cansado, y se que

necesitará, fuerzas para que me escuche.

—Con todo respeto Marqués, pero exclusivamente deseo ver a su sobrina.

—No puedo complacerlo su excelencia, así que mañana será otro día, ¿Cuánto tiempo hace que usted está viajando?

—Tres días Marqués.

—Pues por primera vez en su vida, no se comporte como un Duque y escuche a este viejo anciano, mañana se sentirá usted mejor, y descansado y podremos hablar con más calma.

El Duque asintió, de inmediato el Marqués hizo que el mayordomo condujera al Duque a la recámara que había enviado a arreglar para él.

No bien el Duque se dio un baño y comió lo que le enviaron en la bandeja de comestible, subió a la cama y se quedó dormido, esa noche era tal el cansancio, que por primera vez en esos dos años, no soñó con Sophia.

La luz del sol estaba muy fuerte, cuando el Duque se despertó, más bien cuando su ayuda de cámaras entró a su recámara, le preguntó:

—Marcos ¿Qué hora es?

—Su excelencia es casi la hora del almuerzo.

—¿La hora del almuerzo?

—Sí su excelencia.

—Pero porque no me despertaste antes.

—El Marqués dio órdenes que lo dejaran descansar.

—Debo cambiarme pronto.

—Sí, su excelencia.

El Duque a la hora del almuerzo se presentó al salón de comedor, y solo encontró al Marqués, el anciano le indicó:

—Oh su excelencia, veo que se repuso un poco, venga y acompañe a este viejo a almorzar.

—Marqués ¿Donde está su familia?

—Mi hijo Roger y su esposa, están visitando a unos amigos en una hacienda vecina.

El Duque se veía impaciente, pues el anciano no dijo más, fue después de un instante que este expresó de forma directa:

—Veo que pregunta por la familia, aunque en verdad desea saber de mi nieta.

El Duque se vio descubierto, así que se sentó en el espacio que estaba

preparado y después indicó:

—Sí, usted posee toda la razón, lo que deseo saber es ¿Dónde está su nieta?

—Mi nieta creo que está en Tyne.

El Duque tragó seco, pues Sophia no estaba allí, y si ella no estaba en la mansión, donde estaría.

—Creo que está usted mal informado Marqués, he hecho este viaje porque su nieta dejó Northumberland hace aproximadamente cuatro días.

El anciano Marqués no se perturbó al escuchar que su nieta se había marchado, sin decir dónde estaba.

—¿Se da cuenta usted de que ella corre peligro?

El anciano miró al Duque y con tranquilidad expresó:

—Sophia está muy bien en Tyne su excelencia y creo que con su amiga Pamela no corre ningún peligro.

—¿Usted no entiende Marqués?

—Si no entiendo su excelencia, explíquese usted.

El Duque sabía que tenía que ser sincero con el abuelo de Sophia, pues el caballero era el único que lo podría ayudar a encontrarla y que ella entendiera sus sentimientos.

—Marqués debo ser sincero con usted, para que de esa forma pueda entender, porque su nieta dejó mi castillo sin despedirse.

El anciano miró al Duque con curiosidad, esperando que este en verdad se sinceró:

—Soy todo oídos su excelencia.

El Duque se irguió como quien se prepara para enfrentar a un oponente, demasiado robusto y grande para él:

—En Londres conocí a su nieta de manera un poco espontánea, al final de la velada, me vi buscándola a ella para que fuera mi dama del último vals, y ulteriormente de ese momento —. Se hizo un silencio —, luego no podía apartarla de mis pensamientos, pasé muchos meses luchando conmigo mismo, para no hacer la locura de buscarla, subsiguientemente recibí la invitación de su hijo a formar parte del negocio de los caballos, en verdad no me interesaba mucho, pero me vi aceptando la propuesta, y a la postre adquirí la villa próximo a su propiedad, cosas que estaban, fuera de mis planes —Hizo una pausa —. Cuando en la boda de Roger y Nathaniel bailé una vez más con ella, fue cuando me di cuenta que si no me alejaba de su lado acabaría en la misma posición que mis amigos, por esa razón me marché a Londres y allí la

veía en cada rostro de las damas, y muchas veces me quedaba mirando el techo imaginándome que podría estar haciendo ella, así que decidí poner más distancia y acompañé a mi madre a Irlanda, en esos dos años me la pasé viajando tratando de darle tiempo, para que ella encontrara su camino, pues no entendía que si ella hubiese encontrado a otro, sería el caballero más infeliz, pues al llegar al castillo en Northumberland y encontrarla a ella, la vida retornó a mi cuerpo, las cosas toman sentido y entendí Marqués que su nieta es la dama que ocupa mis pensamientos, y que completa mis sentidos.

Se formó el silencio, el Duque miraba fijamente al anciano y el caballero simplemente lo observaba sin ninguna expresión, por último él dijo:

—Marqués, amo a su nieta.

El rostro del anciano cambió de expresión, y simuló una sonrisa, en aquel momento, el Marqués comentó:

—Al parecer su excelencia que usted ha luchado mucho con usted mismo por lo que siente por Sophia.

El Duque Asintió.

—Y su lucha aunque tenaz a sido muy egoísta de su parte —. El caballero lo miró asombrado —. Ya que mi nieta mientras usted luchaba, ella de igual forma sufría.

—¿Ella sufría?

—Así fue, ella duró muchos meses abandonada en los brazos de su dolor, al usted partir sin darle una explicación, y aunque el tiempo y nuestras plegarias a Dios la ayudaron a reponerse, ella no ha vuelto hacer la misma.

El Duque comprendió lo que el anciano le decía.

El anciano continuó señalando:

—Como verá usted, es normal que ella ahora desee huir de usted, ya que en su mente cavila, que usted una vez más se alejará, y ella lo único que está haciendo, es protegiendo su corazón.

—Ahora comprendo.

—No lo creo su excelencia, y permítame un momento de su tiempo, para explicarle en verdad lo que necesita saber.

El Duque asintió una vez más con la cabeza, pues estaba perdido en sus cavilaciones.

El Marqués se puso de pie y con la mano lo invitó a que se marcharan del comedor.

Los dos en silencio fueron hacia el despacho del anciano, este muy paternalmente le indicó el asiento próximo a la chimenea, que ya estaba

encendida, y después él muy pacientemente se sentó al frente:

—¿Verdad que es bello amar a alguien?

El Duque se sorprendió por la pregunta directa del Marqués, él con franqueza respondió:

—Sí, es muy hermoso.

—Pues permítame decirle que en la vida hay que aprender amar.

—¿Aprender amar?

—Sí su excelencia, para aprender amar, tenemos que aceptar primero el amor de Dios, vivir la vida sin aprender amar a Dios y a otros es no captar el propósito mismo de nuestra existencia. Y si no lo experimentamos ese amor, eso nos hace perder de vista la razón misma de la vida por ende. nunca aprenderemos amar.

—No comprendo.

—Pues es muy sencillo su excelencia, así como usted luchó por los sentimientos hacia mi nieta, usted y cada uno de los seres humanos creado por Dios, estamos luchando por no comprender su amor, le ponemos excusas y cada día lo que hacemos es alejarnos de él, porque no aceptamos que nos ame de manera total e incondicional. Dios nos ama y ese amor es el único verdadero amor, nosotros como seres imperfectos, no podemos comprenderlo, no deseamos aceptarlo, y mucho menos tenemos la capacidad de amar de esa forma.

—Me está usted diciendo que lo que siento por su nieta es una falsa.

—Bueno su excelencia, no lo categorizan en falsa, pero si usted no es capaz de aceptar el verdadero amor de Dios, y tomar a su Espíritu para que le enseñe amar de verdad, dudo mucho que sus sentimientos sean verdaderos.

—¿Usted me está acusando Marqués? —. El rostro del Duque se tornó áspero y grotesco.

—No su excelencia, acusándolo no, afirmo lo que le digo, si usted no posee el Espíritu de amor, que es dado por Dios, pues él es el único que puede enseñarle a amar de verdad, a demostrar sin falsedad y asentir sin temor a equivocarse, pues según el Libro Sagrado dice en Jeremías 17: 9 y **Engañoso** es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras.

El Duque recordó que Sophia le había dicho una vez que el corazón era engañoso y esa palabras retumbaban en su mente, en seguida se relajó su facción, ya que entendió lo que el anciano le decía:

—Usted me dice que lo que siento por su nieta puede ser un engaño de mi corazón.

—Una cosa deseo que comprenda y es que el amor genuino exclusivamente proviene de Dios, la fuente de ese amor es únicamente Él, nosotros sin su ayuda, no podemos sentir ese amor.

—¿Cómo puede pedirle a él que me ayude amarla de verdad?

—En primer lugar, su excelencia, debe reconocer que es usted pecador. “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Y después tiene que reconocer que Dios nos amó de tal manera que nos envió a su hijo para morir en nuestro lugar, Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Juan 3:16

—Sí, he escuchado mucho de Jesús en la parroquia, pero que tiene él que ver en que Dios me enseñe amar.

—Mucho, por cuanto es usted pecador, está condenado a la separación eterna de Dios. “Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6.23). Esta muerte incluye una separación eterna de Dios en el infierno. “. . . está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27).

Sin embargo, Dios le amó de tal manera que dio a su Hijo unigénito, Jesucristo, como su sustituto. El pagó por su pecado en la cruz y murió en su lugar. “. . . por nosotros Dios lo hizo pecado [A Jesús, quien no conoció pecado] para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

El amor de Dios es tan basto que Él envió a Su Hijo a morir en una cruz por todas y cada una de las personas que han vivido, viven y vivirán en el mundo.

—¿Cómo su amor puede ser tan grande?

—Jajajaja si mi buen Duque, el mundo es grande, por esa razón hace falta mucho amor para arroparlo, o mejor dicho el mundo está lleno de caballeros y damas de mucha maldad que le hace falta el verdadero amor, y ese es solo uno, el amor de Dios. “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). —Nuestra mente no alcanza a comprender cómo Jesús fue juzgado por todos nuestros pecados, pero Dios así lo afirma en su Palabra. Así que Jesús pagó por su pecado y murió por usted. Esto es verdad, Dios no puede mentir.

—¿Cómo puede recibir ese amor, Marqués?

—En el Libro Sagrado en Hechos 16:30-31 el carcelero de Filipos les preguntó a Pablo y Silas: ¿qué debo hacer para ser salvo? “. . . Señores, Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo . . . —Simplemente cree que él pagó por sus pecados su excelencia, murió en su lugar, fue sepultado, y resucitó. Luego invocarlo. “Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Romanos 10:13).

—¿Usted cree Marqués que él escuchará mi voz?

—Desde luego Mi Lord, Dios está esperando para que usted le diga y le hable, Él es un Dios de amor y le enseñará a usted amar por su Espíritu. Ahora debe recordar, con quién está usted hablando, es con el dueño de todo y de todos, debe con respeto presentarse a él, inclina su rostro y cierre sus ojos, para que de esa forma pueda imaginarlo al frente suyo y dígame lo que su corazón se niega a sentir.

El Duque miró al anciano Marqués por un instante y con el rostro cabizbajo, se arrodilló sobre sus rodillas y posteriormente se quedó un instante taciturno, después expresó con voz ronca:

—“Dios, sé que soy un pecador. Creo que Jesús fue mi sustituto cuando murió en la cruz. Creo que su sangre derramada, su muerte, sepultura, y su resurrección fueron para mí. Lo recibo ahora como mi Salvador. Le agradezco el perdón de mis pecados, el regalo de la salvación y la vida eterna, por su gracia misericordiosa, y gracias porque su amor me enseñará amar a otros.”

Se formó el silencio y se escuchó la voz del Marqués decir:

—En nombre de Jesús se lo pido, gracias.

El Duque repitió las palabras del anciano y después de un instante tomó, una vez más asiento.

Sophia estaba en la biblioteca de Beuther House, cuando escuchó los cascos de caballo, con cautela se aproximó a la ventana y pudo ver desde esa posición, el carruaje con el emblema del Conde, estaba entrando a la amplia emplazada, sin perder tiempo caminó apresurada a su recámara y allí se quedó hasta que su amiga Pamela tocó a su puerta.

—Sophia ¡Natha está aquí!

—Sí Pamela lo vi llegar, y me apresure a esconderme aquí.

—Dice que Nicholas se marchó a Durham detrás de usted.

—¿El Duque está buscándome?

—Así es Sophia, según mi esposo que su primo a perdido la compostura por usted.

—Oh Pamela debe estar furioso, por mi falta de modales.

—Sophia no creo que sea eso, creo que Nicholas está buscándola desesperadamente porque la ama.

Sophia escuchó las palabras de su amiga, pero no le creyó, sino que en ese momento, le llegaron a su memoria los rostros de muchas jóvenes más bella y educadas que ella que suspiraban solo por escuchar el nombre de él y se recordó que entre ellas se podía contar ella.

—No lo creo Pamela, usted bien sabe que él no desea enlazarse y si hubiese sentido algo hacia mi persona, no hubiese durado dos años y más en Irlanda, o por lo menos se hubiese hecho sentir, pero ahora retorna y porque solo nos vimos tres o cuatro veces, ¿Usted cree que de pronto haya surgido tal sentimiento?

Su amiga escuchó las palabras de su amiga y aunque era muy romántica, eso no quitaba que Sophia poseyera toda la verdad, pero el deseo de ver a su amiga feliz deseó preguntar:

—Entonces Sophia ¿Por qué cree usted que él la está buscando?

—Muy sencillo amiga, porque era una huésped en su castillo y salí de allí sin decirle a nadie aparentemente, por eso fue a Durham a informarle a mi abuelo de mi torpeza, y de seguro a estrujarle los malos modales que hace gala su nieta.

Pamela se encogió de hombros, pues su amiga conocía mejor que ella al Duque, así que dijo:

—Sí es así, debes marcharse sin que Natha se de cuenta.

—Sí, mañana me marcharé, Caolín será mi dama de compañía y saldremos hacia Durham.

—Pero hay un problema, únicamente poseemos un carruaje.

—Es muy sencillo, mañana sales hacer algo y nos dejas en la diligencia del correo.

—Sophia, no.

—Mañana es jueves y temprano sale uno, lo recuerdo porque eso nos dijo la señora Lucas, recuerda cuando llegaba de Irlanda Mia.

—Sí pero es muy peligroso.

—Desde aquí a Durham el viaje es de cinco días.

—No, no permitiré que viajes con semejante peligro.

De camino a Durham Sophia miraba que a su lado iba una señora muy mayor vestida de negro y que al frente, dos ancianos y uno de ellos con una bata negra que le cubría las piernas, en todo el trayecto de dos días nadie le hablaba y únicamente Caolín compartía alguna palabras con ellos.

**

—Pamela ¿Dónde estabas?

La Condesa no deseaba decirle a su esposo, ya que no le perdonaría que esa mañana había dejado a Sophia en la diligencia, pero la angustia le mataba:

—Natha deseo que sepas algo, pero no deseo reproches, al igual que usted, solo deseaba cuidar de mi amiga.

El Conde abrió los ojos y preguntó:

—¿Pamela?

—Estoy en un estado muy frágil por la espera, así que debe prometerme que no se enojara por lo que le voy a decir:

—¿Qué fue lo que hizo?

—Si no promete, no le cuento —. La Condesa puso el rostro como de orgullo, y su esposo respiró profundo y solo dijo:

—Se lo prometo.

—Pues Sophia todo el tiempo estuvo aquí.

—¿Qué?

—Sí, pero esta mañana insistió que debía marcharse, y la llevé a la diligencia del correo.

—¿Qué?

—Sí, Oh Natha estoy hecha un manojito de nervios, pensando si le ocurre algo.

—Pamela es que usted no se puso a pensar.

La Condesa al escuchar las palabras de su esposo se puso a llorar, él no sabía que hacer así que la consoló y después de dejarla descansando se dijo que debía alcanzar la diligencia, pero no podía salir tan tarde, así que al alba saldría detrás de Sophia.

Capítulo VIII

El Duque ulteriormente de hablar con el Marqués, estaba más tranquilo, y los dos esa mañana se marcharon hacia Tyne y Wear en busca de Sophia, con dos carruajes y suficientes lacayos y caballos.

Se pararon en una de sus villas, próximo al pueblito de Shincliffe, propiedad del Duque, él estaba nervioso por no haber sabido nada de Sophia, y decidió caminar al pueblo, en compañía de un perro, que se le había aproximado no bien había llegado:

—Su excelencia Billbo lo traerá de regreso.

El Duque miró al perro de orejas largas, le ladró como afirmando lo que el mayordomo decía.

Hacía mucho que no pasaba por la villa y decidió hacer una parada, al ver que el anciano Marqués, después de un día de camino, se veía agotado, posteriormente de asearse y ponerse un atuendo sencillo, para no llamar la atención, se encaminó al junto del perro al pueblito que estaba a poca distancia.

Cuando llegó, divisó la diligencia del correo llegar a una polvorienta posada, que estaba próximo al camino, cuando una doncella al descender le llamó la atención, pero su boca formó una perfecta o, al ver descender detrás de ella a Sophia.

—Mi Lady.

—Caolín, cuantas veces le he dicho que no me llames Mi Lady.

—Oh señorita, perdone.

—Debemos pedir una habitación para las dos.

—Oh señorita, pero recuerde que ayer no pegamos los ojos en la otra posada y eso que se veía mejor que esta.

Sophia miró el exterior de esta y suspiró profundamente, pues su doncella poseía toda la razón, en esos tres días de camino se habían parado en los peores lugares para pasar la noche, y este por la apariencia, era el peor de todos.

—Debemos pedir una habitación.

Fue un anciano que se le aproximó:

—Señoritas ese no es buen sitio de pasar la noche, en ese camino hay una

villa que es confortable y aunque es más costosa, es más tranquila.

Sophia miró el camino que el anciano le indicaba, y se dio cuenta que se estaba poniendo más oscuro así que dijo:

—Caolín vamos a esa villa, tal vez encontremos una habitación mejor.

La doncella asintió con alegría, comenzaron a caminar y cuando escucharon a un perro ladrando, las dos se giraron, la sorpresa fue absoluta, cuando Sophia se dio cuenta que el animal no estaba solo:

—¡Su... Excelencia!

—Buenas tarde Lady Sophia Headfott, o mejor dicho Buenas noches.

El Duque miró al cielo que en ese momento se tornaba más oscuro.

Sophia no sabía como reaccionar, si correr o quedarse allí quieta, y optó por lo último, pues estaba exhausta del viaje.

El Duque miró a la doncella que estaba a su lado y le dijo en tono autoritario:

—Continúe por ese camino y encontrará una villa, dígame al mayordomo que la envió y comente que preparen una habitación para su señora.

La doncella de inmediato, asintió con la cabeza y se marchó antes de que Sophia dijera algo.

Ella respiró profundo, la ira que sentía le dio fuerzas y comentó:

—Fue usted qué le dijo al anciano que nos hablará de la villa.

El Duque asintió sonriente con la cabeza y con voz dulce señaló:

—Y también he pagado a los de la diligencia para que lleven su baúl a la villa.

—Es usted un.... Un....

—Un caballero compasivo y generoso, no me da las gracias.

A Sophia la furia le nubló los sentidos, pues en ese momento recordó lo arrogante, petulante y orgulloso que era ese caballero, como pudo durar dos años, soñando con él, cuando este solo estaba disfrutando en otra parte sin ni siquiera acordarse de que ella existía.

—No gracias, no necesito su compasión y generosidad.

—Creo Lady Sophia Headfott que ya es tarde para eso, pues aunque usted no me da las gracias, se que esta muy complacida de encontrarme en este lugar.

Sophia lo contempló con los ojos entornados por la frustración, él muy cínicamente la miraba.

El canino de color blanco y negro estaba sentado al lado de su amo,

como esperando a que él diera la orden de atacar, en aquel momento, ella se dijo que mejor prefería dormir en una cama de hierro, que estar en compañía de él, así que se giró y comenzó a caminar de regreso.

El Duque no esperó a que Sophia se girara, y comenzó a caminar otra vez hacia el pueblo, en aquel momento respiró hondo y dijo con voz fuerte:

—Espere, ¿Para donde va?

Ella continuó caminando y simplemente dijo:

—Su excelencia, déjeme en paz.

—Es que no se ha dado cuenta que es de noche.

—Creo que estaría más cuidada con otro caballero que no sea usted.

Nicholas no esperaba esas palabras, ni tampoco que le dolieran, así que con mucha cautela se le aproximó.

Ella se detuvo de repente y él sin más se agachó, la tomó por sus rodillas y se la puso en el hombro.

Sophia de un momento a otro lo vio enfrente de ella después no supo que él iba ...de repente se agachó con elegancia y la depositó en su hombro, como si fuera un saco de comestible. Al Principio se quedó asombrada, pero después al ver que el perro brincaba de alegría, como aprobando lo que su amo hacía, comenzó a reclamar:

—¿Qué hace? ¡Su excelencia! ¡Esto es impropio!

Pero él parecía que no la escuchaba, caminaba con ella como si fuese una muñeca de trapo:

—¿Qué quiere de mí? ¿Para dónde me lleva?

Pero el Duque continuaba su camino, hasta que ella trató de ponerse recta y lo que consiguió fue que él, le aprisionara con más fuerzas sus piernas, Sophia respiró profundo, entonces, con voz cansada expresó:

—Usted es un insensible, solo con la capacidad de verse a usted mismo y sin un ápice de sentir nada por nadie.

Nicholas se detuvo al frente de la villa, al escuchar las palabras que ella, entonces, con sumo cuidado la bajó y la miró de frente, sus ojos se encontraron, en los de ella había frustración y dolor, en tanto, él la miraba con amor, en aquel momento Nicholas puso la mano en la mejilla de ella, y aunque escucharon la voz del Marqués en la puerta de la villa, ellos no le pusieron atención, pues el Duque dijo en voz ronca antes de descender más a los labios de ella:

—Lo que he sentido desde que le conocí no lo puedo catalogar de nada.

Y sin más, descendió hacia los labios de ella, mientras los dos cerraban sus ojos, uniendo sus labios como se unía sus vidas, él la asió por la cintura y la aferraba como nunca lo había hecho, pues deseaba que ella nunca más se separará de él.

Sophia sin poder contenerse, pasó sus brazos por el cuello del Duque y se aferró como si eso fuera la única forma de sobrevivir a lo que en ese momento sentía.

Los dos volvieron a la realidad cuando escucharon muy cerca de ellos una voz:

—Creo que volveremos a Durham, ya que habrá un enlace....

Sophia se irguió al escuchar la voz de su abuelo y aunque le soltó rápidamente el cuello al Duque, él no hizo lo mismo con su cintura, sino que esperó a tomar un poco más de aliento e indicó:

—Marqués delo por hecho que en su mansión habrá casorio.

Sophia escuchó las palabras del Duque pero no las creía, así que con la sorpresa reflejada en su rostro dijo:

—¡Enlace!

El Duque le sonrió, con una sonrisa encantadora, y después le soltó la cintura y postrando una rodilla al suelo expresó:

—Lady Sophia Headfott, deseo que usted se materialice a mi lado, pues hasta ahora ha estado siempre en mis pensamientos como una dama imaginaria, usted se adueñó de mi vida cuando la vi en la terraza de Londres y hizo suyo mi corazón cuando la abracé en el jardín, y en ese momento, tuve miedo de lo que sentía y desaparecí esperando liberarme de ese amor, pero entre más lejos corría, más junto de mí estaba, y esta herida que sangra de amor, únicamente usted puede curarla, siendo la dama que esté a mi lado días y noche. Que dice, ¿Desea ser mi Duquesa, mi amada, mi esposa?

Sophia no podía creer lo que escuchaba, así que se quedó mirándolo como traspuesta, hasta que escuchó el ladrido del perro, que estaba a su lado y simplemente se agachó, aproximó a Nicholas y con timidez tocó sus labios con los de él.

Eso fue lo que el Duque esperó, con rapidez se puso de pie, atrapándola entre sus brazos, la besó.

Ellos se dieron cuenta al escuchar los aplausos que no estaban solos, al dejarla de besar y al girar el rostro, todos los sirvientes de la villa aplaudían,

uno desde la puerta principal, otros en los diferentes ventanales.

Sophia se puso roja de la vergüenza y aun más cuando escuchó:

—Hija todavía no ha respondido.

Ella miró a su abuelo y en seguida a el mayordomo, giró el rostro ruborizado hacia Nicholas y contestó:

—Sí.

Solo se escuchó, una fuerte carcajada, salida de lo más profundo del corazón del Duque, después de un instante él expresó:

—En verdad soy el caballero más afortunado de todo el mundo.

Y sin más la atrajo hacia él y con mucha avidez la besó de nuevo delante de todos.

El Marqués se giró al mayordomo y dijo en voz alta, para que todos escucharan:

—Creo que no podemos hacer más, así que debemos arreglar todo para el enlace.

Más tarde, cuando todos los espectadores se marcharon, y que ellos quedaran solos al frente de la villa, Sophia indicó:

—Abuelo debe estar molesto.

—No lo creo, él me está acompañando, pues le informé que no podía vivir sin usted.

—Le dijo eso a mi abuelo.

—Sí, y él me enseñó a amar de verdad, para que de esa forma la ame a usted.

—¿Qué le enseñó amar?

—Sí, me presentó a un caballero que es amor, que es fiel, que me amó de tal forma que entregó lo que más amaba por mí, y al recibir ese regalo de amor, he recibido un maestro que me enseñará a amarla como él me amó.

—Pues en tal caso su excelencia, me gusta que posea un maestro del amor.

—Jajajaja. Y usted Sophia será mi devoción.

—¿De verdad?

—Sí.

El viaje de retorno a Durham, fue el más rápido para el Duque y Sophia, pues se la pasaron hablando de Irlanda, mientras, que el Marqués escuchaba y

observaba lo bello que es cuando dos personas se aman.

Una semana después, estaban en Durham en la mansión en el salón del comedor, los Vizconde estaban en la mesa ya habían retornado de su visita a sus amigos:

—¿Y cuando será la nupcias? —. Preguntó Lady Miosoly.

El Duque miró a Sophia y después al Marqués, ya que él deseaba que fuera lo antes posible:

—Todavía no hemos hablado de la fecha.

—Pero es lo primero que se planifica —. Dijo Roger.

Sophia en ese momento miró a su prometido que en ese instante estaba al frente de ella y sin apartar la vista de él apuntó:

—Me gustaría que pudieran asistir Pamela y Nataniel, así como el Capitán y Judith, el General y Betsy, así como la tía Gertrudis y el Baronet, como también la Duquesa viuda o mejor dicho la señora Shincliffe.

El Duque miró asombrado a su prometida, pues él no estaba pensando en esperar mucho para el enlace, deseaba que fuera lo más pronto posible, pero si ella deseaba a tantas personas, iba a ser imposible de que fuera en ese mes.

—Entonces Sophia para cuando deseas su enlace.

Ella antes de responderle a su tío Roger, miró al Duque, el cual aun la miraba con intensidad y eso aunque no le agradó mucho, la divertía:

—Creo que seria para Julio.

—¡Qué! —. El Duque hizo una fuerte exclamación y a la vez se puso de pie, mirándola en forma furiosa, y sin más dijo con voz ronca pareciendo ser amable —. Creo Sophia que la fecha la debemos discutir nosotros más tarde en privado.

A Sophia le agradó que él contestara de ese modo, así que dijo:

—Nicholas es bueno que lo podamos aclarar en la mesa, es un buen tema de conversación, aparte de, es una bendición que todos nuestros familiares y amigos compartan ese día con nosotros.

El Duque no le respondió sino que así mismo como estaba quieto, la miró a los ojos y delante de todos dijo:

—No deseo compartir ese día con más nadie solo con usted, y Dios es testigo que he esperado demasiado para continuar haciéndolo, así que mañana partimos a Northumberland para que usted Lady Sophia Headfott se convierta en la Duquesa de Thornwell.

Todos se quedaron callado a la disposición, mirando como iba a reaccionar Sophia a la orden de su prometido:

—Entonces si me disculpan debo retirarme, pues debo de preparar mi equipaje.

Ella se puso de pie y formó una reverencia, y cuando salía el Duque se disculpó y la siguió.

Antes de que ella ascendiera las escaleras, él le asió por la cintura.

—¡Su excelencia!

—¡Mi Lady!

Cuando sus miradas se encontraron, él no pudo más, descendió sus labios a los de ella y la besó con avidez, ya que desde su viaje no había podido hacerlo, pues se dijo que se comportaría como un caballero hasta su nupcias, pero al ella insinuar que fuera en Julio reaccionó de forma involuntaria y ahí estaba su reacción, dejando a un lado toda las normas, estaba en el pie de las escaleras besándola, en aquel momento, le llegó la cordura y la soltó.

Cuando hubo cobrado la respiración indicó:

—Es que no deseas estar a mi lado.

Sophia sonrió y con voz apagada dijo:

—Es que cavilé que ya no lo deseaba, pues no me había vuelto a besar —. Y se sonrojó.

—Esa era la razón, por eso que deseabas que nos enlazamos en Julio.

—Sí —. Ella bajó de inmediato la cabeza, pues no deseaba que él mirara su tristeza.

—¡Ha! —. Se formó el silencio, entonces él con su mano derecha le levantó el rostro por la barbilla y cuando ella lo miró él comentó:

—Pues si ese es el motivo, le demostraré mi Sophia, cuanto deseo nuestra unión.

La atrajo hacia él y con avidez reprimida buscó sus labios y en ese beso le demostró cuánto deseaba que fuera su esposa.

Así los encontraron su tío, esposa y después su abuelo, pero el Duque no la dejó de besar, hasta que el anciano apuntó:

—Creo que la nupcias serán en Durham y después la celebraremos en Northumberland.

Y así fue, por tanto, el Duque esa mañana le demostró a su novia cuanto deseaba estar a su lado de forma tal, que después del beso, el Marqués habló con el párroco del pueblo acompañado por el Duque, ya que él caballero poseía una licencia que trajo con él esa misma tarde, pronunciaron los votos.

—Mientras no celebremos la nupcias continuaremos siendo Novios.

Lady Sophia expresó al Duque esa noche, cuando ella se retiraba a su recámara, él sorprendido miró al Marqués, el cual estaba de igual forma sorprendido por las palabras de su nieta.

Lady Sophia muy tranquila salió del salón azul y se marchó a su recámara, de inmediato Lady Miosoly la siguió y de camino le preguntó:

—¿Sophia qué haces?

—Tengo que descansar Mía.

—Descansar acabas de enlazarte y dejó a su esposo solo.

—Mía deseo que celebremos primero nuestra unión para poder comenzar una nueva vida.

—Oh Sophia, si usted supiera que las cosas más mágicas entre las parejas se hacen cuando están solos.

Sophia no entendió a su amiga, así que esta le dio un beso en la frente y la dejó subir las escaleras.

El Duque se quedó pasmado, al ver que su ahora esposa lo dejaba solo y se marchaba como si nada hubiese pasado:

—Creo Nicholas que debes darle tiempo.

—¿Tiempo Roger?

Su amigo se encogió de hombros y fue el Marqués que dijo:

—Creo que es hora que le muestre a mi nieta el amor —. El anciano salió a pasos lentos de la estancia.

El Duque no esperó más, dejó a Roger en el salón, y fue en busca de su esposa, de camino, encontró a Lady Miosoly, y la saludo con un movimiento de cabeza, en seguida, subió de dos en dos las escaleras, y al ascender el último peldaño, vio a la doncella de su esposa que se dirigió a su recámara, cuando la vio abrir la puerta, le comunicó:

—No se preocupe, me encargaré.

—Sí, su excelencia.

La doncella formó una reverencia y se alejó de la puerta de su señora.

El Duque muy tranquilamente entró a la recámara de Sophia.

Estaba aún en penumbra, pues al parecer era la doncella que iluminaba el lugar encendiendo los demás candelabros, y todo se le fue de su mente, cuando escuchó la voz de ella decir:

—Oh Caolín he sido una estúpida....

Ella estaba con las dos manos en la coqueta y su cabeza encima de ella,

tapada por sus brazos, sin mirar.

—No sé cómo comportarme, muchas veces me llegan esa duda de creer que él no me ama lo suficiente, de pensar que tal vez es un sentimiento pasajero, es que me acostumbré tanto a tenerlo en mi mente, que no sé como tratarlo de frente.

—Le enseñaré.

Ella se puso rígida, al escuchar aquella voz ronca, de inmediato levantó el rostro rojo y los ojos llenos de lágrimas y se giró aún sentada, él no esperó a que ella lo mirara bien, se arrodilló a sus pies, y con un movimiento rápido pero fuerte, la tomó por la cintura y en ese momento le enseñó una de las maneras en que un caballero demuestra sus sentimientos, entregando de esa forma, con avidez, todo lo que llevaba dentro.

—Oh Nicholas, no sabía que esto fuera así.

Expresó Sophia una hora después, en los brazos de su amado:

—Desea una nueva lección.

—¡Oh Nicholas!

—Es que usted me ha hecho esperar mucho.

—Por su culpa, por esa obsesión de no quererse enlazar, usted esperó mucho.

—Creo que fue mejor así, ya que ahora tengo a un maestro que me enseñará amarla con un verdadero amor, no basado en las emociones que son pasajeras, sino en el trato y la convivencia.

—Nicholas, ¿Por qué lo llaman el Duque inaccesible?

—Al parecer mi amada que no soy tan inaccesible, pues usted en verdad me alcanzó, y no únicamente eso, me atrapó en su mirada.

—¿De verdad?

—Sí, en Londres cuando la vi por primera vez, hablando con la Condesa, fue como si su presencia se apoderara de mi ser, y después cuando la seguí a la terraza, su belleza me encarceló.

—¿Usted me siguió a la terraza?

—Sí, la seguí, y desde siempre no me preocupó los modales, sino el hecho de que usted era tan libre, que cualquier caballero podía hacerle daño.

—Oh Nicholas, siempre cavilé, que era por mi comportamiento.

—Jajajaja. Su comportamiento me fascinaba, me gustaba demasiado su soltura, pero a la vez, no me quería hacer a la idea de que por su forma, otros caballeros se le aproximaba.

—¿Estaba celoso?

—Creo que sí, hasta creo que llegué a sentir celos de Menfis.

—¿De Menfis?

—Si, usted le sonreía y le hablaba a mi lacayo con más felicidad que a mí.

—Nicholas ¿Por qué se marchó después de lo del jardín?

—Me marché mi amada, porque sabía que si al día siguiente la veía, terminaría enlazado, como mis amigos, por eso hui de usted, y en ese momento especulé que si la alejaba de mí, la olvidaría, pero en verdad, esos dos años fueron los más dolorosos de mi existencia, cada día deliberaba que un caballero la conquistará y que otro disfrutará de su sonrisa, mi lucha fue tan fuerte, que en ese tiempo no hubieron más damas en mi compañía, pues exclusivamente había una que llenaba todas mis expectativas.

—¡Oh Nicholas, ahora sí que deseo otra lección de amor!

—Jojana. Con gusto se la daré....

En navidad se reunieron todos en Northumberland, en el castillo, para celebrar la navidad y las nupcias de los Duques, cuando estaban en plena celebración se escuchó:

—Salud por los nuevos Duques.

—¡Salud!

Sophia miraba a su alrededor, a sus amigos, y familiares, en forma de secreto le expresó a su esposo:

—Deseo que esto termine, para que me de una lección.

—Jjajajaja. Jjajajaja.

La carcajada del Duque llamó la atención de los presentes y al verlo Sophia se ruborizó.

Epílogo

Los Duques disfrutaron de un segundo enlace, después de haber cumplido sus veinticinco años, a esté si asistieron sus mejores amigos:

Los Condes al junto de sus cuatro hijos, todo muy parecidos a su padre, dos de ellos ya enlazados.

El Marqués esa vez, no pudo estar presente, ya que su espíritu estaba en la presencia de su creador, pero él antes de marcharse a su verdadera tierra, vio nacer a una muy grande generación de Headfott, pues su hijo y su nuera tuvieron seis hijos, dos caballeritos y cuatro damitas, los cuales trajeron mucha alegría a la vida del anciano.

Los Marqueses por su parte estaban muy ocupados buscando a sus hijas parejas, aunque Lord Roger era muy exigente con los caballeros que se les aproximaban a sus hermosas princesas, como así las llamaba.

El capitán y Judith Swinton solo tuvieron un caballerito el cual, se enamoró de una de las hijas de Roger y Mía, y los dos se habían enlazado.

El General en el tiempo se tornó el canciller de Escocia y Betsy no le pudo dar hijos, pero al quedarse viudo, después de diez años de su enlace, él contrajo nupcias nuevamente con una dama Escocesa y fueron bendecidos con dos gemelos que en esos momentos, poseían doce años, y estaban correteando por el salón.

El Baronet y la baronesa aún vivían, pero estaban tan mayores que no podían viajar, los que sí asistieron, fueron su hijo y la esposa, una dama americana, que era prima de la señorita Howell, la cual, no fue tan generosa con el caballero al expresar sus sentimientos, haciendo que este besara el lugar por donde ella pisaba, y así fue que el caballero le pidió que fuera su esposa.

Mientras que la señorita Howell se enlazó con un Conde muy anciano, pero al fallecer estaba arruinado y ella se quedó únicamente con el título, ya que el caballero poseía descendiente de su primer enlace, ella tuvo que

retornar a América.

El señor Carther por su parte, duró muchos años sin enlazarse, y fue uno de los solteros más codiciados de Londres, en sus tres temporadas que asistió hasta que una hija de un Vizconde Escocés, le atrapó el corazón y no se lo devolvió.

La Duquesa miraba impaciente a todos los asistentes a su segunda nupcias, entre ellos divisó a su amiga Pamela, escoltada por unos fuertes caballeros que la rodeaban, entre ellos estaba su hija Emily que con mucho disimulo tomaba la mano del hijo menor de su amiga, ella descendió el rostro, al ver que otras manos le tomaban las de ella:

—Esos dos, deberían declarar su amor.

—Nicholas pero Emely es una niña aun.

—Una niña, objetiva cómo ve a Luck, parece que los ojos se le van detrás de él.

—Nunca cavilé que dos de nuestras hijas, se fijaran en los hijos de Pame.

—Desde luego que nuestras hijas, son como su madre, le gusta la calidad.

—Nicholas, no estoy jugando.

—Tampoco estoy jugando, que Rosemary se convirtiera en la futura Condesa no es coincidencia y que Emely amé al hijo menor de nuestro amigo, tampoco lo es.

—¿Usted cree?

—Desde luego mi bella Duquesa, cuantas veces no le digo que todos nuestros pasos están delante de nuestro Dios.

—Es verdad Nicholas, para Dios no hay coincidencias, pues deposité mis ojos sobre usted, en el Duque inaccesible, y ha estado a mi lado por veinte y cinco años.

—Lo ve mi Duquesa, para Dios no hay nada imposible.

Y así era, pues ellos habían tenido la bendición de ser padre de dos bellas damas, y después les llegó el pequeño Robert, le nombraron de esa forma, pues nació unos días después, de que el abuelo de Sophia, se marchara a la presencia de su creador, y en memoria a él, le pusieron su nombre, este vino a reconfortar el corazón de los Duques, después de la dolorosa pérdida del anciano. Aunque su hija mayor ya se había enlazado, con el mayor de los hijos de los Condes de Stewart, en tanto que la menor, sólo poseía vista para el menor, y su hijo el futuro Duque estaba hablando con los caballeritos de su

edad.

—Claro que pronto seremos abuelos y ya no podremos sentirnos jóvenes.

—Será usted Duque, pues hasta que Roberto no se enlace y nos dé nietos, no me consideraré una anciana.

—Joajana. Para mí usted es la dama con la fuente de la eterna juventud.

—¿De verdad?

—Sí, cuando se termine la fiesta deseo un poco de su elíxir.

—¡Nicholas!

—Joajana.

Salmos 128:1-4

“Bienaventurado todo aquel que teme a Jehová, Que anda en sus caminos.
Cuando comieres el trabajo de tus manos, Bienaventurado serás, y te irá bien.

Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa;

Tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa.

He aquí que así será bendecido el hombre

Que teme a Jehová.”

¡Que esa hermosa bendición caiga sobre usted y los suyos amable lector!

L.C

FIN